

**INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIÓN**

LVIII JORNADAS DE HISTORIA MARÍTIMA



V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE D. PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS

**CICLO DE CONFERENCIAS - MARZO 2019
CUADERNO MONOGRÁFICO N.º 79
MADRID, 2019**



MINISTERIO DE DEFENSA

**INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIÓN**

**LVIII JORNADAS
DE HISTORIA MARÍTIMA**

**V CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DE D. PEDRO
MENÉNDEZ DE AVILÉS**



**CICLO DE CONFERENCIAS - MARZO 2019
CUADERNO MONOGRÁFICO NÚM. 79
AVILÉS, 2019**

CUBIERTA: *Logotipo de homenaje a Pedro Menéndez de Avilés.*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Instituto de Historia y Cultura Naval.
Juan de Mena, 1, 1.ª planta.
28071 Madrid (España).
Teléfono: 91 379 50 50 / 91 312 44 27
C/e: ihcn@fn.mde.es/msanes4@fn.mde.es

CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES

<https://cpage.mpr.gob.es>

EDITA:



© Autores y editor, 2019
NIPO: 083-19-228-7 (edición en papel)
NIPO: 083-19-229-2 (edición en línea)
ISBN: 978-84-9091-443-4 (edición en papel)
Depósito legal: M-31186-2019
Fecha de edición: octubre 2019
Imprime: Ministerio de Defensa

<https://publicaciones.defensa.gob.es/>

Las opiniones emitidas en esta publicación son de la exclusiva responsabilidad de sus autores. Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de la Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del © *Copyright*.

En esta edición se ha utilizado papel 100% libre de cloro procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

SUMARIO

	Págs.
<i>Pedro Menéndez de Avilés, marino y corsario</i> , por don Marcelino González Fernández	9
<i>El mundo de Pedro Menéndez de Avilés: San Agustín de la Florida a través de la cartografía (1519-1769)</i> , por don José María Moreno Martín	27
<i>La Carrera de Indias</i> , por don José Ramón Vallespín Gómez	49
<i>Conflictos religiosos en Europa. Los hugonotes y Pedro Menéndez de Avilés</i> , por doña Magdalena de Pazzis Pi Corrales	65
<i>Adelantado de la Florida</i> , por don José María Madueño Galán	93
<i>La importancia del hermanamiento con Saint Augustine de la Florida</i> , por don Román Antonio Álvarez González	105

V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE D. PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS

A lo largo de la historia, España ha contado con grandes personajes capaces de llevar a cabo importantes empresas. Muchos de ellos han servido en las filas de la Armada, escribiendo sobre las cubiertas de nuestros buques páginas gloriosas de nuestra historia.

Uno de estos personajes es Pedro Menéndez de Avilés, nacido el 15 de febrero de 1519, hace 500 años, en Avilés (Asturias), uno de los marinos más sobresalientes del siglo XVI.

A una larga y sólida preparación como marino y militar, se unen su fidelidad al rey, así como su decisión, energía, perseverancia, dotes de mando y espíritu emprendedor, además de otras cualidades castrenses como la constante preocupación por sus hombres y por el cumplimiento de la misión encomendada, interpretando y adaptando las órdenes recibidas a las circunstancias cambiantes.

Corsario del rey; comandante de escuadras y flotas en Europa y en la Carrera de Indias, cuya organización supo mejorar; adelantado y conquistador de la Florida, en lucha contra los hugonotes; gobernador de Cuba y fundador de la ciudad de San Agustín de la Florida, son algunas de las credenciales con las que se ha ganado por derecho propio un puesto de honor en la historia de España.

Este CUADERNO MONOGRÁFICO, fruto de las Jornadas de Historia Marítima celebradas en Avilés entre los días 14 y 16 de marzo de 2019, con la colaboración del Ayuntamiento, no es más que un tributo de la Armada dedicado al recuerdo de Pedro Menéndez de Avilés y a su gran legado, cinco siglos después de haber venido a este mundo para mayor gloria de España y de sus gentes de mar.

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIÓN
INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

INTERVIENEN EN ESTAS JORNADAS

Marcelino GONZÁLEZ FERNÁNDEZ es capitán de navío de la Armada retirado, especialista en Armas Submarinas, y diplomado en Guerra Naval y en el Colegio de Defensa OTAN de Roma. Pasó por diferentes destinos a flote y en tierra, en España y en el extranjero: Estados Unidos, Holanda e Italia. Su último destino fue el de subdirector del Museo Naval de Madrid. Es vicepresidente de la Real Liga Naval Española, miembro de número de la Real Academia de la Mar, miembro del grupo coordinador del Foro de Pensamiento Naval de la Armada, directivo de la Asociación de Amigos del Museo Naval, de la Asamblea Amistosa Literaria y de la Sociedad Filatélica de Madrid, así como de la Asociación Española de Militares Escritores, el Foro para el Estudio de la Historia Militar de España y la Sociedad Artística Ferrolana. En la actualidad es consejero colaborador del IHCN. Articulista de temas navales, arte, filatelia y actualidad, ha colaborado en diferentes revistas y pronunciado numerosas conferencias sobre temas variados en diversos lugares de España y el extranjero. Ha realizado más de veinte exposiciones individuales de pintura y participado en numerosas muestras colectivas, conjuntas y certámenes. Actualmente es ilustrador y miembro del jurado de los Premios de Pintura Virgen del Carmen de la Armada. Obtuvo la Primera Medalla en Dibujo en el 37.º Salón de Otoño de Palma, Baleares (1978). Ha recibido el Diploma Acreditativo de la *Revista General de Marina* (2013) y ganado el premio Boca de la Ría, concedido por la Sociedad Artística Ferrolana (2015), de la que recibió asimismo, en 2016, el galardón Paleta de Plata. Además de su participación en la redacción de obras conjuntas, es autor de doce libros, el último de ellos, *El buque acorazado, su historia y su presencia en la Armada*, editado y publicado por Navantia, en 2017, dentro de su colección Bazán. Actualmente tiene en avanzado proceso de edición *La nao Victoria y su vuelta al mundo*, escrito con motivo del quinto centenario de la primera vuelta al mundo.

José María MORENO MARTÍN es el jefe de la sección de cartografía y de la Colección de Instrumentos Náuticos y Científicos del Museo Naval. Licenciado en Filosofía y Letras, especialidad Geografía e Historia, por la Universidad Autónoma de Madrid, comenzó trabajando en el fondo de prensa de los siglos XIX y XX de la Biblioteca Nacional de España. En 1999 se incorporó al Museo Naval, donde desde 2005 se encarga de la sección de cartografía, y desde 2016, también de la Colección de Instrumentos Náuticos. Fue comisario de la exposición «Dueños del mar, señores del mundo. Historia de la cartografía náutica española», celebrada en el Museo Naval entre el 17 de diciembre de 2015 y el 27 de marzo de 2016, y de la muestra fotográfica «Barcos, barcos, barcos», expuesta igualmente en el Museo Naval entre el 17 de diciembre de 2007 y el 17 de febrero de 2008, y en el presente es el artífice de la exposición que sobre el viaje de Magallanes y Elcano alrededor del mundo se presentará en el Museo Naval el próximo mes de septiembre. Director de la colección de libros de cartografía, viajes y exploraciones *Pictura Mundi*, y miembro de la junta directiva del Grupo de Trabajo de Cartotecas Públicas Hispano-Lusas, IBERCARTO, y del grupo temático de trabajo sobre la evolución de la imagen cartográfica de España en el *Atlas Nacional de España del Siglo XXI*, en representación del Museo Naval de Madrid, es autor de numerosas publicaciones y ha pronunciado abundantes conferencias sobre historia de la cartografía náutica. También son reseñables sus trabajos sobre la tarjeta postal y la fotografía antigua de la Armada española. Moreno Martín ha sido condecorado en dos ocasiones (2006 y 2011) con la Cruz al Mérito Naval con distintivo blanco.

José Ramón VALLESPÍN GÓMEZ es capitán de navío especialista en Electrónica. Ha desempeñado su carrera a flote en buques y agrupaciones de superficie tanto nacionales como internacionales. Ha sido comandante de las fragatas *Reina Sofía* y *Extremadura*, agregado naval en Oslo, profesor en la escuela de la OTAN de Oberammergau (Alemania), oficial de inteligencia en el Grupo de Apoyo al Adiestramiento de Guerra Electrónica de la OTAN de Yeovilton (Reino Unido) y comandante naval de Alicante. A día de hoy, este aficionado a la navegación, la historia y la música es director de la *Revista de Historia Naval*, en el Instituto de Historia y Cultura Naval.

Magdalena de Pazzis PI CORRALES es profesora titular de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid, con acreditación a cátedra. Ha sido secretaria y vicedecana de Rela-

ciones Internacionales, Institucionales y de Estudiantes de la Facultad de Geografía e Historia, así como profesora invitada en universidades extranjeras (Suecia, Italia, Venezuela) y autora de más de un centenar de publicaciones relacionadas con sus principales líneas de investigación: el ejército y la marina de los Austrias en los siglos XVI y XVII, las relaciones históricas hispano-suecas y las órdenes religiosas en la edad moderna, y el Ejército en el siglo XVIII. Sus principales obras en relación con la historia naval son «*La Otra Invencible*» 1574. *España y las potencias nórdicas* –donde analiza la armada de Pedro Menéndez de Avilés y que fue Premio Virgen del Carmen 1982–, *Felipe II y la lucha por el dominio del mar*, *Las Guardas de Castilla* –con Enrique Martínez Ruiz–, *Protección y seguridad en los Sitios Reales desde la Ilustración al Liberalismo* y *Tercios del mar*, recién llegada a las librerías. Ha sido distinguida con la Real Orden de la Estrella Polar del Reino de Suecia, por su contribución al fomento de las relaciones hispano-suecas, y en el año 2009 consiguió el Diploma de Honor dentro de los Premios Virgen del Carmen, en atención a los méritos contraídos por su labor investigadora sobre la historia naval de la España moderna.

José María MADUEÑO GALÁN es capitán de navío en situación de retiro. Ha sido subdirector del Instituto de Historia y Cultura Naval de la Armada española, comandante-director de las Escuelas y Estación Naval de La Graña, y jefe de estudios de la Escuela de Suboficiales. Colaborador de la *Revista General de Marina* y de la *Revista Historia Naval*, así como de la Real Academia de la Historia en la elaboración del *Diccionario biográfico español*, que incluye más de 76 entradas sobre personajes de la Armada, es autor de *Los marinos en la Orden de San Fernando* y de *Desvelando horizontes: la circunnavegación de Magallanes y Elcano* (3 tomos). Académico correspondiente de la Real de la Historia, Madueño Galán está en posesión de cinco Cruces del Mérito Naval y de la Cruz, Encomienda y Placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo (mención honorífica sencilla).

Román Antonio ÁLVAREZ GONZÁLEZ es maestro, diplomado universitario en Ciencias Humanas, licenciado en Historia, especialista universitario en Gestión Cultural y experto universitario en Gestión y Conservación de Bienes Arqueológicos. Está en posesión del diploma universitario de Estudios Avanzados y de la acreditación universitaria de Suficiencia Investigadora, todo ello por la Universidad de Oviedo. Fue secretario, jefe de estudios y director del Colegio Público Mateu de Ros, así como director del Centro de Profesores y de Recursos de Avilés. También fue profesor titular de Historia con destino definitivo en el IES de Corvera de Asturias, desde el curso académico 1997-1998 hasta el año 2012, en que alcanza la jubilación. Asimismo desempeñó el cargo de concejal de Educación, Cultura y Deporte en la ciudad desde 1999 hasta 2015. Es autor, entre otras publicaciones, de *S! Augustine-Avilés. A 90 year History of two Sister Cities*, de *Avilés. Las huellas de Sefarad* y de *El Lignum Crucis y Avilés*. Comisario, junto con el periodista de *Abc* Manuel Trillo, de la exposición «San Agustín, la huella española en la primera ciudad de Estados Unidos», promovida por Casa América con motivo del 450.º aniversario de la fundación de San Agustín, es titular de una sección semanal en el periódico *La Nueva España*, que denomina «Diario de a bordo» y donde se dedica a la investigación de la historia de Avilés y su comarca. También dirige, en la Cadena Ser, un programa semanal denominado *El Ser de las Calles*, donde explica los pormenores, historia y anécdotas de las calles avilesinas y de los personajes que les dan nombre.

PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS, MARINO Y CORSARIO

Marcelino GONZÁLEZ FERNÁNDEZ
Capitán de Navío (Retirado)

Pedro Menéndez de Avilés

El 15 de febrero de 1519 venía a este mundo en Avilés, Asturias, Pedro Menéndez, brillante militar, marino, almirante, general de la Carrera de Indias, explorador, conquistador, adelantado de Florida, su reconquistador, gobernador de Cuba y fundador de la ciudad de San Agustín de la Florida.

Fue uno de los más sobresalientes marinos españoles del siglo XVI, aunque hoy es muy desconocido ya que, salvo haber fundado la ciudad de San Agustín en Florida, la gente sabe muy poco de él. Muchos conocen las andanzas de Colón, Magallanes, Elcano, Cortés, Pizarro y otros, sobre todo porque con sus descubrimientos cambiaron la imagen del mudo, estuvieron en tierras extrañas en las que realizaron grandes cosas a veces en el ámbito de imperios indígenas o en zonas de una gran riqueza en oro, plata, especias, perlas y otros productos: Nuevo Mundo, islas de las Especias, México o Perú, pero lo de Menéndez de Avilés para muchos fue algo anecdótico en Florida, una zona de escasos recursos y con una población muy pobre, dispersa y díscola que vivía en la edad de piedra. Y lo que hizo en la mar también es muy desconocido. Cosa lógica en aquellos tiempos ya que, en cuanto un barco o una flota salían a la mar y se perdían en el horizonte, normalmente su historia quedaba en el desván de los recuerdos, aunque durante sus navegaciones hubiesen sido protagonistas de grandes enfrentamientos con corsarios, piratas o temporales. Y eso fue lo que le pasó a Pedro Menéndez de Avilés durante muchos años de su existencia.

El presente artículo hablará solo de la primera parte de la vida de Menéndez, con referencia a sus orígenes y juventud, para continuar con sus andanzas como corsario y finalizar con sus actividades como comandante de escuadras por aguas europeas. Es la parte menos conocida de su vida y de la que hay menos documentación, a veces confusa y en ocasiones contradictoria. No tiene el brillo ni el esplendor de sus épocas en la Carrera Indias, Florida o Cuba, pero es la época en la que forjó su carácter, se formó como marino y labró una fuerte personalidad que iba a hacer de él uno de los hombres de mar más destacados de la época.



Retrato de Pedro Menéndez de Avilés. (Dibujo de Marcelino González tomado de un grabado de época)



Retrato de Pedro Menéndez de Avilés, en un sello español de correos emitido en 2015, en el 450.º aniversario de la fundación de San Agustín de la Florida. (Colección Marcelino González)

Orígenes

Nació en el seno de una familia de cierta estirpe, descendiente del distrito y la casa de Santa Paya o Pelaya, que era una de las más antiguas de Asturias, donde se alojaban los reyes de aquellos tiempos, motivo por el cual el lugar se llamaba Monte del Rey, donde se localizaba su palacio, a unos cinco kilómetros de Pravia y a diez kilómetros de Avilés.

Sus padres, miembros de una familia hidalga más o menos acomodada pero de pocos recursos, fueron Juan Alfonso Álvarez (o Sánchez) (1) de Avilés, natural de dicha ciudad, señor del citado distrito y casa de Santa Paya, que al servicio de los Reyes Católicos había intervenido como combatiente en la conquista de Granada, y M.^a Alonso de Arango, natural de Pravia. De este matrimonio, además de Pedro, nacieron otros cuatro hijos: Álvaro, Bartolomé, Diego y Juan. Álvaro y Bartolomé también fueron destacados marinos y en ocasiones compartieron aventuras con Pedro. En cuanto a Diego y Juan, fallecieron en Flandes.

(1) En algunos lugares aparece con el apellido Álvarez y en otros con Sánchez.



Casa en Avilés en la que, según la tradición, nació Pedro Menéndez de Avilés. (Apunte de Marcelino González a partir de una fotografía)

Según la tradición, la casa donde nació Pedro se encuentra en la plaza de Camposagrado de Avilés, muy cerca del palacio del mismo nombre y al final de la calle de la Fruta (2).

Cuando Pedro solo tenía ocho o nueve años falleció su padre. Su madre se volvió a casar en segunda nupcias con Juan Martínez de Sabugo, con el que según varios autores tuvo otros quince hijos, de los que solo se conocen los nombres de cuatro: Catalina González Arango, M.^a Alfonso de Arango, Juan Martínez y M.^a de Arango, con lo que, entre los dos matrimonios, M.^a Alonso de Arango tuvo un total de veinte hijos. Como eran tantos hermanos, cuando hubo que repartir la herencia, esta quedó atomizada entre todos, por lo que no pudieron mejorar su limitada situación económica, aunque alguno de ellos, como Pedro, ya habían elegido la carrera de las armas y la mar para salir adelante.

(2) Es una casa pequeña y sencilla que, según algunos estudios, es posterior a Pedro Menéndez, ya que apuntan al siglo XVII como el de su construcción.

Primeros años

Por diferentes circunstancias, de las que debían de sobresalir las relacionadas con la precaria situación económica, Pedro quedó al cuidado de unos familiares a los que su madre dio en custodia.

Desde muy joven, por la influencia del ambiente marinero de su Avilés natal, Pedro se debió de sentir atraído por las cosas de la mar. Gracias a su carácter y dotes de mando, desde la más tierna infancia, en sus juegos con otros niños siempre era el jefe, el cabecilla o el líder, algo que se iba a reflejar en su vida de mayor. Y seguramente las conversaciones que escuchaba de otros marinos sobre historias, casos y sucesos acaecidos durante sus navegaciones, entre ellos encuentros con corsarios y piratas sobre todo franceses, debieron de tener una influencia decisiva en su vocación marinera.

Por otra parte, la vida casera no debía de ser muy atractiva para Menéndez, que con catorce años (3) se escapó de la casa del familiar que lo había acogido y empezó a vivir por su cuenta, realizando trabajos en los que, a pesar de su corta edad, debía de desenvolverse bien. Tuvieron que pasar unos seis meses hasta que fue localizado en Valladolid y regresó a la casa de su familia. Pero la estancia en la casa familiar seguía sin atractivos para el inquieto Menéndez, que con dieciséis años se volvió a marchar. Fue a Santander y se enroló en un barco de guerra como grumete (4) con nombre supuesto, con lo que dio inicio a su vida de perseguir corsarios franceses, que por aquellos tiempos abundaban por el Cantábrico y zonas de Finisterre, atacando a los barcos españoles al estar España y Francia en guerra. Y dio también inicio a su vida de marino, que iba a estar plagada de éxitos.

Guerras con Francia

Los primeros años de la vida de Menéndez y sus actividades coincidieron con los grandes conflictos religiosos en Europa y con las cuatro guerras entre la España de Carlos I de España y V de Alemania (5) y la Francia de Francisco I (6), sostenidas entre 1521 y 1544. De ellas destacaron la terce-

(3) Según las fuentes consultadas, la edad a la que se escapó de casa varía de los ocho a los catorce años.

(4) Grumete era un niño de dieciséis a veinte años aprendiz de marinero, con sus mismas obligaciones a bordo, acotadas a su corta edad y falta de fuerza física.

(5) Carlos I de España y V de Alemania nació en Gante el 24 de febrero de 1500 y falleció en el monasterio de Yuste, Cuacos de Yuste, el 21 de septiembre de 1558. Fue rey de España como Carlos I de 1516 a 1556, y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico como Carlos V de 1520 a 1558.

(6) Francisco I de Francia nació en Cognac el 12 de septiembre de 1494 y falleció en Rambouillet el 31 de marzo de 1547. Tomó el trono de Francia en la catedral de Reims el 25 de enero de 1515, y reinó hasta su fallecimiento, en 1547.



Retrato de Felipe (futuro Felipe II), príncipe de Asturias. (Fuente, Wikipedia)



Retrato de Francisco I de Francia. (Fuente, Wikipedia)

ra, que tuvo lugar de 1536 a 1538, en la cual el emperador Carlos V se apoderó de Milán, Francisco I tomó Saboya aliado con protestantes, y terminó con la tregua de Niza, y la cuarta, de 1542 a 1544, en la que Francisco I se alió con Dinamarca, Suecia y los turcos contra Carlos V, que se había aliado con Enrique VIII de Inglaterra. Finalizó con la paz de Crèpy, del 18 de septiembre de 1544. Aunque siguieron los enfrentamientos entre Enrique II, hijo y sucesor de Francisco I, contra Carlos I y más adelante contra su hijo Felipe II.

Fueron estas guerras las que propiciaron las actividades de los corsarios franceses en las costas de Flandes, el canal de la Mancha, el Cantábrico y otras zonas del Atlántico, atacando al tráfico español tanto europeo como del Nuevo Mundo, en un intento de quebrantar la economía española. Y fue este corso francés el que empujó a Pedro Menéndez a ser a su vez corsario.

Primeras actividades como corsario

Dos años después de navegar, luchar y aprender el arte de marear, Menéndez regresó a su casa, donde, a la vista de su espíritu inquieto y rebelde, para tratar de retenerlo y evitar que se volviera a marchar su familia, contando con la correspondiente licencia papal, por medio de unas capitulaciones matrimoniales lo comprometió con María Solís Cascos, pariente en cuarto grado de diez años de edad (7).

Pero la nueva situación de compromiso no supuso un freno para Pedro Menéndez, que había regresado con una idea muy clara: vender la parte de la herencia que le había correspondido a la muerte de su padre y, junto con las ganancias obtenidas en sus correrías, comprar un barco. De modo que cuando tenía alrededor de diecinueve años compró y armó un modesto patache (8), y con una tripulación de 50 hombres entre parientes, amigos y conocidos, comenzó a trabajar por cuenta propia contra los enemigos de los intereses de España, en operaciones de corso aventurero y sin patente.

En 1539, con solo veinte años corrió una de sus primeras grandes aventuras, en aguas de la ría de Vigo, cuando navegaba en compañía de dos pataches de armada. Una pequeña escuadra francesa de cuatro barcos, una nao (9) y tres zabras (10) había apresado tres barcos españoles con un cortejo nupcial en el que estaba la novia con 60 parientes y amigos, que se dirigían a la ciudad para celebrar la boda.

Menéndez pidió a los dos pataches de armada que acudieran al rescate de la comitiva, pero los barcos se negaron al considerar que era una misión suicida por estar en inferioridad numérica y de potencia de fuego. Entonces Menéndez decidió acudir en auxilio del cortejo con su pequeño barco y sus escasos 50 hombres, y mediante una hábil y decidida maniobra rescató a la novia y a sus acompañantes.

Las zabras, con los barcos apresados, se encontraban a más de cinco millas de la nao, y Menéndez se dirigió hacia ellas a la mayor velocidad que podía, seguramente haciendo sonar el pífano y el tambor y desplegando gallardetes, como era costumbre en aquella época. Al estar a su altura les dijo que le entregaran a la novia y a sus acompañantes, amenazándolos con atacarles, vencerlos y ahorcarlos (11) si no lo hacían. Pero las zabras, ante su

(7) Hay discrepancias entre los diferentes cronistas a la hora de citar las edades de los protagonistas de este pasaje. Algunos llegan a decir que Menéndez tenía ocho años y que María Solís era dos o tres años mayor.

(8) PATACHE: Pequeña embarcación de guerra que se utilizaba para la protección de puertos, reconocimiento de costas y en las escuadras para llevar avisos.

(9) NAO: Nave de alto bordo con castillo a proa, aparejo redondo en el trinquete y mayor, latino en el mesana, y bauprés con cebadera; algunas veces llevaba cofa en el mayor.

(10) ZABRA: Embarcación ligera muy común en la costa norte de España, normalmente con dos palos con velas cuadradas y unas 150 toneladas.

(11) La amenaza del ahorcamiento de sus enemigos si no se avenían a razones la efectuó Menéndez en varias ocasiones. Aunque normalmente recurrió a pasarlos a cuchillo, que era más rápido.

superioridad, le invitaron a que se acercara a tomar personalmente a los prisioneros.

Menéndez decidió iniciar una retirada táctica en la que se alejó a toda velocidad perseguido por dos de las zabras, mientras la tercera se quedaba con las presas. Las dos zabras perseguidoras, seguras de sí mismas ya que cualquiera de ellas era tan grande como el patache, y puede que le superara en tonelaje y capacidad de fuego, se acercaron al barco de Pedro. Y, cuando la más rápida estaba a punto de alcanzarlo, Menéndez viró de improviso y con todo su ímpetu se dirigió contra la zabra, que fue apresada. Con parte de su gente en el barco apresado, atacó inmediatamente a la segunda zabra, que también cayó en sus manos. A la vista de la situación, la tercera zabra abandonó su presa y huyó, la nao desapareció y la novia y su cortejo fueron liberados.

Continúa con su vida en la mar

Menéndez continuó operando en la mar y siguió adelante con sus navegaciones, a veces con algunas correrías en extremo peligrosas, de las que supo salir airoso, y con el tiempo adquirió una gran experiencia en la mar y en el arte de navegar. Carecía de formación militar y náutica teórica, pero aprendió a leer las nubes, los vientos, las estrellas, los cambios del tiempo, las puestas del sol, los vuelos de las aves y todo lo que un hombre de mar debe conocer, lo que, unido a su valentía, arrojo, decisión, dotes de mando y claridad de ideas, hizo de él un hombre excepcional en su oficio. Supo aprovechar las ocasiones que se le presentaron para aprender y desarrollar sus conocimientos, y por su formación eminentemente práctica muchas veces eligió la acción decidida, directa y rápida, en lugar de lo estipulado en los manuales, normas y reglamentos.

Su matrimonio

Pedro Menéndez contrajo matrimonio con María Solís Cascos, aquella niña de diez años con la que se había comprometido por capitulaciones matrimoniales tiempo atrás. No se sabe cuándo tuvo lugar la boda, ya que no aparece en ninguna de las crónicas ni en ningún documento de la época. Aunque en algún momento contrajo matrimonio, y a pesar de que por su ajetreada vida estuvo en su casa en pocas y espaciadas ocasiones, tuvo cuatro hijos legítimos, además de una hija bastarda.

De sus hijos legítimos, la primogénita fue Catalina Menéndez de Avilés, que después de haber sido desheredada por haberse casado sin permiso de su padre, tras reconciliarse con él terminó siendo su única heredera. La siguió Juan Menéndez de Avilés, que aprendió el oficio de marino de su padre y en 1563 desapareció en el canal de Bahama debido a un fuerte huracán, cuando regresaba a España al mando de una flota, y aunque Pedro lo buscó con ahín-

co por la zona, nunca lo encontró. A continuación nació Ana Menéndez de Avilés, que contrajo matrimonio en 1568 y a los dos meses fue asesinada por parientes del padre de su esposo. Su última hija legítima fue María Menéndez de Avilés, que siendo muy joven ingresó en el convento de Santa María de las Huelgas.

Fuera del matrimonio, Pedro Menéndez tuvo otra hija, María Menéndez, de cuya madre no se sabe nada. Fue cuidada por María Solís Cascos como si hubiera sido una de sus propias hijas.

Una gran hazaña



Retrato del archiduque Maximiliano. (Dibujo de Marcelino González a partir de un retrato de época)

Hacia el año 1546 (12) recibió un encargo de archiduque Maximiliano, casado con María, hija de Carlos I y regente, ya que tanto Carlos I como el príncipe Felipe no se encontraban en España. Maximiliano le pidió que persiguiera al corsario francés Jean Alphonse de Saintonge, llamado por los franceses Juan Alfonso Portugués y por los españoles Juan Alfonso Francés (13), que había capturado con su escuadra 18 barcos de Vizcaya cargados de hierro y diversos materiales de valor a la altura de Finisterre. Menéndez aceptó el encargo, aunque no llevaba anejo ningún apoyo material ni económico, y se preparó para atacar al corsario, o mejor dicho, pirata, ya que en aquel momento España y Francia estaban en paz y sin guerras de por medio tras la paz firmada en 1544.

Previendo la derrota que Jean, o Juan, iba a tomar, Menéndez lo esperó a la altura de las costas de Bretaña y lo persiguió, peleando con él desde Belle-Île, cerca de Nantes, hasta La Rochela. Recuperó cinco de los barcos que el francés había apresado, y llegó a entrar en el puerto, donde en combate directo abordó a la nave capitana francesa, *Le Marie*, e hirió de muerte al pirata. Pero,

(12) Algunas fuentes sitúan esta acción en 1549, y otras, en 1557.

(13) Jean Fontenaud (1482-1557), llamado Joan Alfonso o Jean Alfonse, era natural de la provincia de Saintonge, Francia. Fue un gran navegante, uno de los primeros exploradores franceses de América del Norte, y llevó a cabo algunas acciones como corsario. En aquellos tiempos, según unos era natural de Portugal, y según otros, francés.



Puerto de La Rochela. (Apunte de Marcelino González tomado de una tarjeta postal)

debido al estado de la marea y a los vientos contrarios, no pudo regresar a mar abierta. En el puerto, el gobernador de La Rochela le invitó a bajar a tierra y entregarse, y Menéndez bajó pero no se entregó. Lo que hizo fue mostrar al gobernador los documentos por los que Maximiliano le había autorizado a llevar a cabo las acciones que acababa de realizar contra un acto de piratería, hecho lo cual quedó libre de cargos, pero antes de salir de puerto tuvo que dejar todo lo que había cogido para devolverlo a sus dueños legítimos. De todo ello Menéndez hizo testimonio, del que dejó una copia en España y envió otra a Carlos I en Flandes.

Pasado el tiempo, Juan Antonio Alfonso, hijo del corsario anterior, decidió vengar la muerte de su padre. Al tener noticias de que Menéndez salía para América, lo esperó con tres barcos en las Canarias, lo que dio lugar a un combate en Santa Cruz de Tenerife en el que una bala de cañón mató a Alfonso y donde Menéndez hundió su barco y apresó los otros dos.

Curso por aguas de las Indias

Estas acciones le dieron gran fama, consolidando su prestigio, y el rey Carlos I le autorizó a seguir adelante en sus actividades contra los franceses



Galeones. Acuarela de Rafael Monleón. (Museo Naval de Madrid)

en el Cantábrico, pudiendo quedarse con todo lo que pudiera apresar. El rey también le encargó que lo llevara a Flandes. Participó en las actividades de la flota de don Álvaro de Bazán. Y, con el tiempo, Carlos I le concedió la primera patente oficial de corso (14), ya que hasta entonces había actuado por su cuenta, como aventurero. Y Menéndez continuó sus acciones. En 1548 armó un galeón (15), y con sus acciones en la mar puso fin a las actividades de los corsarios franceses por las costas de Asturias y Galicia, al tiempo que afianzaba sus conocimientos y métodos para convertirse en uno de los mejores marinos de la época.

En 1550, Carlos I le concedió la segunda patente de corso, con permiso para practicarlo por aguas de las rutas a las Indias, lo que le permitió ampliar su área de actuaciones. Y comenzó a viajar a América al mando de

(14) La patente de corso era un documento entregado por el rey al capitán de un barco, con el permiso para atacar a los barcos de una nación enemiga. De esta manera, el barco en cuestión pasaba en cierta forma a integrarse en la marina de guerra del país que le daba la patente.

(15) GALEÓN: Barco de alto bordo, resultado de la evolución de la galera, la nao y la carraca a un barco sin remos y con tres mástiles, con aparejo de cruz en el trinquete y mayor, y vela latina en el mesana. En el siglo XVI y parte del XVII fue el rey de los mares, empleado tanto para la guerra como para el transporte.



Pataches. Dibujo de Rafael Monleón (Museo Naval de Madrid)

diversos barcos, practicando el corso y llevando caudales, tropas y altos personajes. Su primer viaje a Tierra Firme lo realizó en el mismo año de 1550, pasando por Cartagena de Indias y Nombre de Dios, para estar de vuelta en 1551.

Al año siguiente regresó a América, pero esta vez la suerte le volvió la espalda cuando su barco se vio sorprendido por una galeaza (16) y un patache franceses que lo apresaron. Menéndez fue llevado a Santiago de Cuba. Pudo recobrar la libertad gracias a la intermediación del obispo Fernando de Uranga y tras el pago de un rescate de 1.000 pesos por su persona y 98 por su barco.

Aquellas travesías del Atlántico aumentaron considerablemente su experiencia como navegante y ampliaron sus conocimientos sobre la mar. Aprovechó la escala de alguno de los barcos de Bartolomé Carreño que recalaban en Santiago de Cuba para trasladarse a Veracruz, de donde se desplazó a México para entrevistarse con el virrey Luis de Velasco. Y entró en contacto con otros dos importantes personajes de La Habana: Juan de Rojas y Juan de Lobera, con los que más adelante iba a tener muchas relaciones, sobre todo en su época de adelantado de la Florida.

(16) GALEAZA: Tipo de galera pesada de gran porte, con remos, velas en tres mástiles y muchos cañones.

Memorial

Cuando se encontraba prisionero y negociaba su rescate y el de su barco, Menéndez se enteró de los planes que tenía Francia para atacar las Indias. Avisó a las autoridades de Nueva España, La Habana y Santo Domingo, y basándose en sus conocimientos y, sobre todo, en su gran experiencia, escribió un memorial sobre la piratería en las aguas del Caribe y los peligros que representaba, junto con un plan para hacerle frente, anular sus efectos, facilitar el desarrollo y el progreso de las colonias cercanas, y apoyar los intereses políticos y económicos de la Casa de Contratación. En el mencionado plan, entre otras cosas, proponía utilizar como puerto de refugio la isla Dominicana, que se encuentra a la entrada del Caribe, entre las islas Martinica y Guadalupe.

Se trataba de un documento claro y muy bien redactado que el virrey de Nueva España remitió a la corte, donde fue estudiado y evaluado y permitió a todos comprobar la profundidad de los conocimientos de Menéndez y su capacidad para expresarlos, lo que seguramente influyó en el hecho de que el príncipe Felipe, futuro Felipe II, lo nombrara en 1554 capitán general de la Armada y de las flotas de la Carrera de Indias.

Es de suponer que aquel nombramiento supuso una gran alegría para Pedro Menéndez, ya que era un importante ascenso en su vida profesional y social. Pero también le acarreó una profunda enemistad con los oficiales de la Casa de Contratación, ya que desde que dicha Casa había sido fundada, en 1503, los capitanes generales de la Carrera de Indias habían sido designados por dichos oficiales. Y su enemistad causó a Menéndez grandes problemas durante la mayor parte del resto de su vida.

Otras actividades

Al mismo tiempo que Felipe lo nombraba capitán general de la Armada y de las flotas de la Carrera de Indias, también lo nombraba su consejero y acompañante en su viaje de La Coruña a Inglaterra para contraer matrimonio con la reina María Tudor de Inglaterra. Por ello, antes de hacerse cargo de su nuevo destino en la Carrera de Indias, Pedro acompañó a Felipe II, zarpando el 13 de julio de 1544 del puerto de La Coruña con una flota de más de setenta barcos en los que viajaban más de 4.000 personas, muchas de ellas representantes de la nobleza de Castilla, escoltados por unos 30 barcos de guerra, que llegaron a Southampton el 20 de julio.

Realizada la boda el 25 de julio de 1554 en la catedral de Winchester, Menéndez regresó a España en septiembre, en un viaje un tanto accidentado, ya que a unas cuatro leguas de la costa española las dos zabras en que viajaba fueron atacadas por corsarios franceses que Menéndez consiguió esquivar para entrar por la noche en Laredo. A continuación se dirigió a Valladolid para

informar a Juana (17), hermana de Felipe, sobre la boda realizada, y después se dirigió a Sevilla para hacerse cargo de su puesto como capitán general de las flotas de Indias.

La situación política que siguió a la boda, con encuentros bélicos en los que se vieron implicados diversos países y territorios, entre ellos Francia y Flandes, obligó a Felipe a estar alejado de España hasta 1559. Cuando el 15 de enero de 1556 el príncipe subió al trono de España como Felipe II, al abdicar su padre, Carlos I, y retirarse al monasterio de Yuste, siguió teniendo a Menéndez a su servicio. Por cierto que en esta época se produjeron dos hechos luctuosos: el 21 de septiembre de 1558 falleció Carlos I, y el 17 de noviembre siguiente hizo lo propio María Tudor.

Pedro Menéndez efectuó algún viaje con las flotas de Indias, pero los corsarios seguían haciendo de las suyas por las costas españolas, por lo que el 26 de febrero 1557 el rey le concedió el nombramiento oficial para limpiarlas de corsarios y piratas, y el 22 de marzo le dio el mando de una armada para extender su persecución hasta las Azores, cosa que hizo desde principios de abril con tal contundencia que de nuevo las costas españolas del norte y oeste se vieron libres de las fechorías de aquellos.

Cuando en mayo de aquel año de 1557 se encontraba en Laredo descansando, el rey lo nombró capitán general de una armada de ocho barcos que iban a escoltar un convoy de 24 mercantes para transportar a Flandes lana, pertrechos, 1.500 soldados y 1,2 millones de ducados. Pero cuando el 8 de junio recibió el despacho para llevar adelante su nuevo cometido, de los ocho barcos de su armada solo contaba con cuatro, ya que los otros cuatro, al mando de su hermano Álvaro, habían ido a Galicia a cargar galleta y aún no habían regresado. Y otra escuadra al mando de Luis de Carvajal, que se tenía que unir a la suya, se encontraba retenida en La Coruña a causa de unas grandes encalmadas. En vista de la situación, Menéndez cargó los soldados y el dinero en los cuatro barcos y salió a la mar con los mercantes.

En el viaje se encontró con una escuadra de ocho barcos del famoso corsario Pata de Palo (18), al que hundió uno de ellos mientras que los restantes huyeron. Continuó viaje y a los quince días ya estaba desembarcando los soldados y el dinero en Calais, y los mercantes en Zelanda. Con estas rápidas acciones contribuyó de manera decisiva a que España lograra la victoria en San Quintín (19), al norte de Francia y cerca de la frontera con Bélgica. Y

(17) Juana era la hermana menor de Felipe, futuro rey de España, que había sido nombrada gobernadora en ausencia de su hermano y de su padre, el emperador Carlos V.

(18) El corsario Pata de Palo era François Le Clerc, apodado «Jambe de Bois». Fue un corsario protestante francés del siglo XVI, natural de Normandía. Saqueó puertos de Cuba y La Española. Se hizo famoso por el gran incendio que causó en Santa Cruz de La Palma (Canarias) en 1553. Falleció en 1563 cuando trataba de dar caza a barcos españoles.

(19) La batalla de San Quintín tuvo lugar el 10 de agosto de 1557, con el enfrentamiento de una coalición de tropas de Felipe II (españolas, alemanas, holandesas e inglesas) contra tropas francesas, y fue una gran victoria para España. La guerra había empezado con la invasión de Nápoles por los franceses en 1556, ante la que Felipe II ordenó a las fuerzas que tenía

Menéndez continuó colaborando con la armada inglesa para asegurar el paso de las tropas que acudían a Francia para apoyar a Felipe II en su enfrentamiento con Enrique II.

En el mismo año de 1557, Menéndez recibió de Felipe II la orden de colaborar con una armada española y otra inglesa en la protección de una flota española encargada de transportar a importantes personalidades a Calais, entre ellas al príncipe de Éboli. Menéndez de Avilés con su armada y Luis de Carvajal con la suya se reunieron entre las islas Scilly y la isla de Ouassant con la otra armada inglesa, para proporcionar la oportuna protección. Pero, ante la amenaza de un fuerte temporal, tanto Carvajal como el inglés se refugiaron en puertos ingleses y le propusieron a Menéndez hacer lo mismo. Pero él rehusó, ya que esperaba que en breve aparecieran en el horizonte los barcos del príncipe de Éboli, y se quedó en la mar con ocho barcos pequeños pero muy bien armados, dos galeones de 500 toneladas y seis barcos menores.

Efectivamente, al poco tiempo apareció una flota de más ochenta barcos al mando de Diego de Mendoza, que transportaban a muchos nobles y más de 6.000 soldados. Reunidos Mendoza y Menéndez a la altura de Dartmouth, al ver que la situación meteorológica empeoraba, Menéndez propuso entrar en dicho puerto o alejarse de la costa y capear el temporal en mar abierta, ya que quedarse cerca de aquella era muy peligroso porque los barcos podían ser lanzados contra los bajos o estrellarse contra los acantilados.

Surgieron discusiones debido a que los pilotos de Mendoza, menos conocedores de la zona que los de Menéndez, no consideraron necesario tomar tantas precauciones. Y al final no quedó más solución que entrar en puerto. Pero al intentarlo se encontraron con que estaba cerrado con cadenas y que el alcalde se negaba a abrirlas, lo que suponía un terrible riesgo para todos los barcos. Seguramente en aquel momento vinieron a la memoria de Menéndez los escudos de Avilés y Santander, en los que aparecía un barco rompiendo unas cadenas. Recordaba el hecho protagonizado por Ramón Bonifaz con marineros asturianos y santanderinos, el 3 de mayo de 1248, cuando con una nao rompió las cadenas que cerraban el río Guadalquivir desde la Torre del Oro hasta la orilla opuesta, y contribuyó a la toma de Sevilla por Fernando III de Castilla. De modo que Pedro Menéndez ordenó que se preparara alguno de los barcos más fuertes, para lanzarlo contra las cadenas e intentar romperlas, pero no fue necesario. El propio Menéndez pasó a tierra en una lancha con otros hombres, y con gran arrojo e interviniendo personalmente forzó los mecanismos y logró largar las cadenas, con lo que la entrada quedó abierta y permitió a los barcos guarecerse en puerto

en los Países Bajos invadir Francia. En la batalla, los franceses tuvieron una gran cantidad de bajas, lo que contrastó con las escasas bajas españolas y aliadas. En esta alianza, que aglutinaba unos 48.000 hombres, la parte española solo era del 12 por 100, igual que la inglesa; en cambio, la parte alemana era del 53 por 100, y la holandesa, del 23 por 100. En recuerdo de la victoria de San Quintín, Felipe II ordenó la construcción del monasterio de El Escorial.

en el último momento. Fue una solución providencial, aunque, desgraciadamente, en el temporal se perdieron ocho barcos, seis ingleses y dos españoles, y hubo unos 400 muertos.

Pasado el temporal, por sus acciones, valentía y buen mando todos felicitaron a Menéndez, que al poco tiempo regresó a España, para entrar en Laredo y llevar a cabo más actividades de protección, convoy y transporte de personal y caudales por el Cantábrico, el canal de la Mancha y las costas de Flandes.

En estas actividades conviene resaltar lo que decían sus cronistas, y es que muchas de las cosas que Menéndez hacía iban contra lo reglamentado y contra las instrucciones que recibía, pero confiaba plenamente en su experiencia y las hacía a su manera, exponiéndose a una fuerte reprimenda o a perder la cabeza si fallaba, cosa que nunca ocurría.

Una vez firmada la paz con Francia el 3 de abril de 1559 (tratado de Cateau-Cambrésis), Felipe II decidió regresar a España y nombró a Pedro Menéndez capitán general de la flota que debía proteger su viaje. Dicha flota, compuesta por 50 barcos de alto porte (20 españoles y 30 flamencos) y cuarenta de menor porte, salió a la mar a finales de agosto y llegó a Laredo el 12 de septiembre en medio de un gran temporal que causó estragos y produjo varios naufragios. Se hundieron barcos que cargaban propiedades y piezas de arte, entre ellas grandes obras de pintores italianos que Felipe II transportaba a España, y el barco en el que iba el rey también estuvo a punto de perderse. El hecho de haber salvado la vida en medio de aquel terrible temporal fue considerado por Felipe II un aviso del cielo, lo que acentuó su natural misticismo.

Estando en España, el rey ordenó al marino que lo esperara en Toledo para pagarle lo que le adeudaba, ya que hasta entonces no le había abonado nada. Menéndez se fue a Toledo a intentar cobrar, pero el rey lo nombró para el mando de una flota y armada que iba a salir en 1560 para dirigirse a ultramar, donde continuaban e incluso aumentaban las actividades de los corsarios, por el acceso al oficio de un montón de viejos combatientes que se habían quedado sin trabajo al haber finalizado las guerras que les daban de comer.

Fue en esta época cuando Menéndez se vio aquejado por unas fuertes cuartanas (20) que le duraron unos veinte meses. Por tal razón pidió al rey que le permitiese retirarse, ya que estaba enfermo, hacía mucho tiempo que no había ido por sus lares, llevaba años sin ver a su esposa y necesitaba reposar, descansar y recobrar la salud. Pero el rey le repuso que las cuartanas no eran peligrosas, que de ellas no se había muerto nadie y que cuando estuviese de vuelta le pagaría los servicios prestados, ya que el marino seguía sin cobrar. Y Menéndez obedeció.

Y, aunque continuó siendo un azote para los corsarios, lo hizo desde puestos más altos que una simple patente de corso. Fue como comandante de flotas

(20) CUARTANAS: Enfermedad parasitaria casi siempre palúdica, que se presentaba cada cuatro días. Solía producir fiebres altas, escalofríos, dolores de cabeza, dolores musculares, náuseas, vómitos y anemia.

de Indias, conquistador y adelantado de la Florida, gobernador de Cuba y otras actividades. Pero esto es otra historia que se sale del contexto del presente artículo.

Comentario final

Estos fueron los comienzos de aquel gran marino autodidacta, formado en la escuela práctica de la mar, los barcos y las navegaciones, sin otro tipo de formación, pero con una clara inteligencia y una gran determinación, complementadas con un valor y un tesón a prueba de desalientos. A modo de colofón, podemos recordar lo que de él dijo Leandro Tormo Sanz (21):

«En Menéndez se daban ignorancias supinas e ideas luminosas. No hizo estudios, no se doctoró en Universidad alguna, ni tan solo asistió a la de Mareantes de Sevilla. Sus maestros fueron viejos pilotos curtidos de tempestades, su inquieta escuela el cascarón de una nave y desde sus elevados pupitres, las cofas de los mástiles, fue comprobando en el encerado multicolor del cielo las observaciones y advertencias de sus profesores».

Bibliografía

- CRESPO-FRANCÉS Y VALERO, José Antonio: *Don Pedro Menéndez de Avilés. Deuda histórica con un soldado ignorado de Felipe II*. Safel Editores, Madrid, 2000.
- CUEVA, Diógenes de la: «Pedro Menéndez de Avilés», *Singladuras por la Historia Naval*, 7 de septiembre de 2014.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*. Museo Naval, Madrid, 1972.
- FERNÁNDEZ TORAÑO, Antonio: *Pedro Menéndez de Avilés. Señor del Mar Océano, adelantado de La Florida*. Edaf, 2018.
- FUENTE, Manuel de la: «Pedro Menéndez de Avilés, el español dueño del Caribe», *Abc*, sección Cultura, 17 de agosto de 2013.
- GALÁN, J. F.: «Pedro Menéndez de Avilés, la historia de un olvido injusto», *La Voz de Avilés*, 8 de abril de 2018.
- GARCÍA BLANCO, Javier: «Pedro Menéndez de Avilés», *Historia de Iberia Vieja*, junio de 2012.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Marcelino: «El gobernador de Florida Pedro Menéndez de Avilés», *Historia de Iberia Vieja*, febrero de 2019.
- : «San Agustín de la Florida», *Ristre*, junio de 2006.
- HUIDOBRO, José M.: «Pedro Menéndez de Avilés. Adelantado de la Florida; fundador de San Agustín», *Hidalgos en la Historia*, 1 de septiembre de 2015.
- HURST THOMAS, David (ed.), y LYON, Eugene (intr.): *Pedro Menéndez de Avilés*. Garland, Nueva York-Londres, 1995.
- MADUEÑO GALÁN, José M.^a: «Pedro Menéndez de Avilés y Alonso de la Campa», en *Diccionario biográfico*. Real Academia de la Historia, Madrid, 2011.
- MARTÍNEZ VALVERDE, Carlos: «Menéndez de Avilés y Márquez, Pedro», en *Enciclopedia general del mar*, t. v. Garriga, Barcelona, 1987.

(21) *Bibliotheca Indiana: Viajes y Viajeros. Viajes por Norteamérica*. Aguilar, Madrid, 1958.

- MIGUEL VIGIL, Ciriaco: *Noticias biográfico-genealógicas de Pedro Menéndez de Avilés, primer adelantado y conquistador de La Florida, continuadas con las de otros asturianos que figuraron en el descubrimiento y colonización de las Américas*. Imprenta La Unión, Avilés, 1892.
- REDACCIÓN: «Avilés regala réplica de galeón *San Pelayo* a ciudad estadounidense». *La Vanguardia*, sección Cultura, 27 de febrero de 2015.
- RUIDÍAZ Y CARAVIA, Eugenio: *Conquista y colonización de la Florida por Pedro Menéndez de Avilés*. Colegio Universitario ediciones ISTMO, D.L. Madrid, 1989.
- : *La Florida: su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*. Imp., Fund. y Fáb. de Tintas de los Hijos de J.A. García, Madrid, 1893.
- TRILLO, Manuel: «El galeón *San Pelayo*, de nuevo rumbo a Florida», *Abc*, sección Cultura, 18 de enero de 2015.
- VV.AA.: *Bibliotheca Indiana: viajes y viajeros, libros y fuentes sobre América y Filipinas*. Aguilar, Madrid, 1957-1958.

EL MUNDO DE PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS: SAN AGUSTÍN DE LA FLORIDA A TRAVÉS DE LA CARTOGRAFÍA (1519-1769)

José María MORENO MARTÍN
Jefe de la Sección de Cartografía
Museo Naval de Madrid

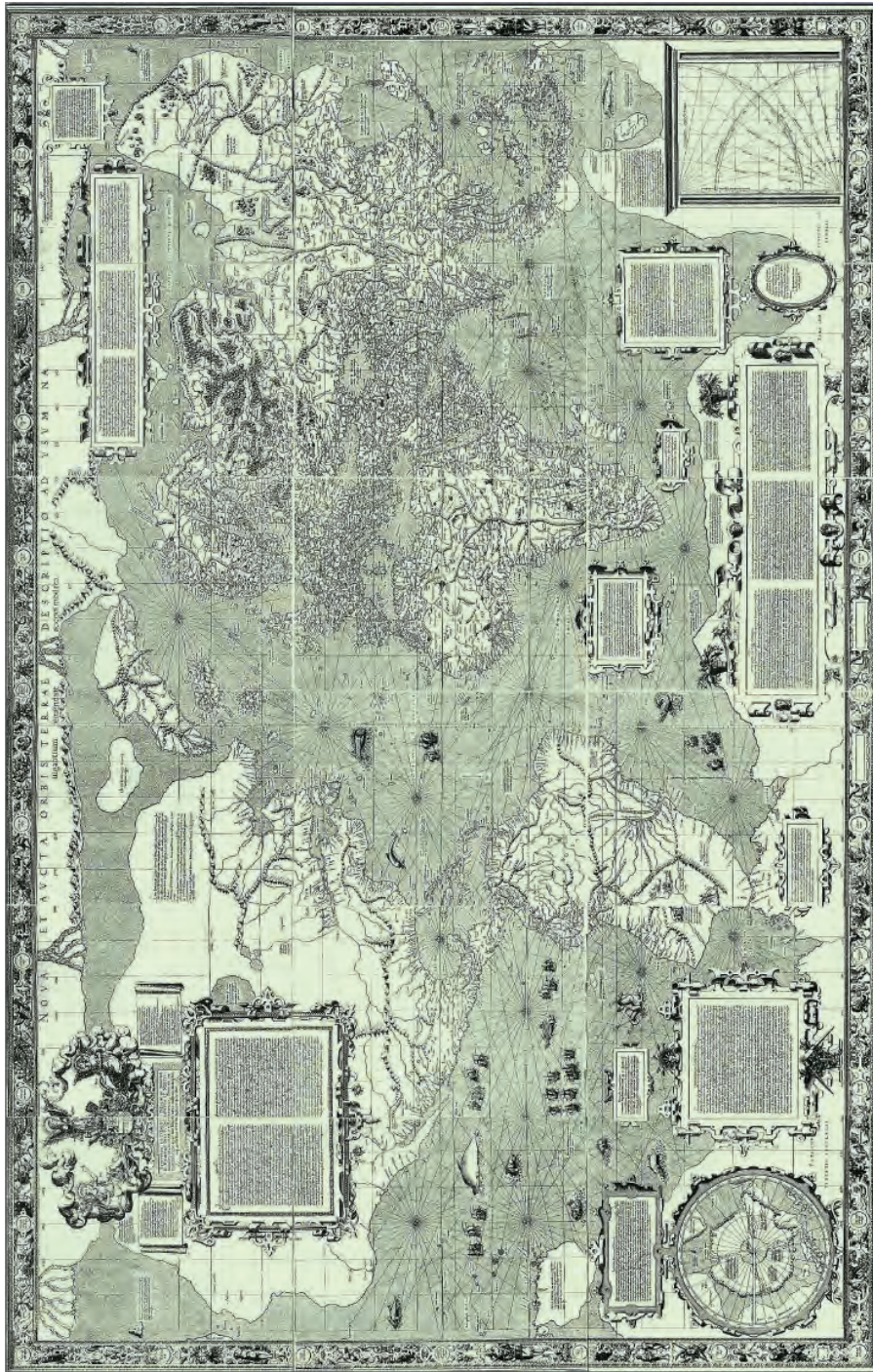
Se cumplen quinientos años del nacimiento de uno de los primeros protagonistas de la historia de Florida: Pedro Menéndez de Avilés. Un personaje cuya vida y personalidad hacen que pueda ser abordado desde muy distintos prismas y puntos de vista. En este sentido, nuestra aportación para la conmemoración de esta fecha pretende centrarse en la imagen más que en los actos, en el espacio, más que en la persona, y en el escenario más que en el protagonista, porque lo que pretendemos es presentar el decorado y los espacios en los que tenemos que situar al hombre de la primera mitad del siglo XVI, y más concretamente aquel decorado y aquellos espacios en los que se movió la figura y se desarrolló la vida de Menéndez de Avilés (1).

Y lo haremos mediante la siempre silenciosa, certera e imprescindible cartografía, porque es la que nos va a permitir conocer la evolución y transformación de la imagen del mundo en continuo crecimiento en el que le tocó vivir a Pedro Menéndez de Avilés (2). Y él mismo se convirtió, sin pretenderlo, en protagonista activo de esa transformación, de esa ampliación del mundo, con su presencia en aquella región de la Florida, en la que creó la ciudad de San Agustín, la primera en aquel territorio y que hoy sigue viva y activa.

La vida de Menéndez de Avilés, nacido en el imperio más poderoso del momento, epicentro absoluto de todo lo que ocurría en el mundo, se extiende

(1) Conferencia impartida el 14 de marzo de 2019 en las LVIII Jornadas de Historia Marítima, celebradas en Avilés entre el 14 y el 17 de marzo de 2019 con motivo de la conmemoración del quinto centenario del nacimiento de Pedro Menéndez de Avilés.

(2) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española*, t. II, pp. 214-220.



Nova et aucta orbis terrae descriptio ad usum navigantium emendata et accommodata, de Gerard Mercator (1569). Biblioteca Nacional de Francia, Paris

entre dos hitos que marcaron un antes y un después en la geografía y la cartografía mundial. El primero, en 1519, año de su nacimiento, fue el viaje a las islas de las Especias comenzado por Magallanes y convertido posteriormente por Juan Sebastián Elcano en la primera vuelta al mundo. El segundo, la aparición en 1569, pocos años antes de su muerte, de la *proyección Mercator*, sistema que ha dado soporte a los mapas durante más de cuatro siglos y que sigue perdurando, como lo hace la ciudad de San Agustín en la Florida.

Gráficamente, para establecer la diferencia entre el mundo en el que nació y aquel en el que murió nuestro protagonista, podemos valernos de dos mapas: 1) el conocido como *Kunstman IV*, de 1519, que aún nos presenta un mundo sin definir, con perfiles dudosos de este a oeste, en el que comenzarían su navegación Magallanes y Elcano. En este documento se reivindican los intereses castellanos sobre las Molucas con la representación de una línea de Tordesillas que divide el mundo conocido a principios del siglo XVI, y deja al codiciado archipiélago en aguas de Castilla (3). Y 2) el mapa de Gerard Mercator, de 1569, en el que incorporaba la *proyección Mercator*, que había conseguido acotar el mundo mediante una red de meridianos y paralelos que ha llegado hasta nuestros días. Para ello utilizó una proyección cilíndrica en la que se incrementaba de manera proporcional la latitud a medida que los paralelos se aproximaban a los polos desde el Ecuador.

En el curso de los cincuenta años que separan esos mapas, el hombre descubrió todos sus océanos y los salpicó de islas que fueron descubriéndose a medida que se navegaban aquellos. Los mapas se convirtieron en los testigos mudos que recogieron todos los descubrimientos: la situación, la forma y la ruta. Con ellos nos acercaremos a la Florida que Menéndez de Avilés conoció, y gracias a su evolución pasaremos, de la mano de los mapas del siglo XVIII, por las calles de la primera ciudad allí fundada: San Agustín.

El mundo de Pedro Menéndez de Avilés

En poco más del cuarto de siglo que trascurrió entre el descubrimiento de América y el nacimiento de Menéndez de Avilés, el mundo había cambiado más que nunca. En tan corto espacio de tiempo para la Historia, el mundo sufrió los mayores cambios y el mayor crecimiento que se haya conocido, pues había aparecido un nuevo continente y Magallanes se disponía a encontrar el paso que pusiera en comunicación el océano Atlántico con el Mar del Sur, descubierto seis años atrás, en 1513, por Vasco Núñez de Balboa, para llegar a las ansiadas islas de la Especiería.

(3) Es muy posible que este mapa fuera utilizado por Fernando de Magallanes en su encuentro con el rey Carlos I, para convencerle de que las islas Molucas se encontraban en aguas castellanas y que, por lo tanto, sería conveniente llegar a ellas atravesando el océano Atlántico, a fin de encontrar un paso que abriera una nueva ruta a las islas de la Especiería a través del Mar del Sur.

El hombre europeo del siglo XVI, heredero de las culturas griega y romana y de las revelaciones de las Sagradas Escrituras, consideraba suficientes sus conocimientos para comprender el mundo que le rodeaba. Sin embargo, esta satisfacción se vio profundamente perturbada por el descubrimiento de Cristóbal Colón y el hallazgo de un mundo nuevo en todos los sentidos. Un *Nuevo Mundo* ajeno a la sabiduría clásica que abría todas las posibilidades que la imaginación podía concebir. Fue un momento decisivo para inventar e imaginar sin ningún límite. Todo podía existir y ser posible y el cartógrafo era el encargado de hacerlo visible. La noticia del descubrimiento de América se propagó desde el mismo momento en que se produjo el hecho, pero no se contaba con imagen alguna relativa al acontecimiento, lo que dio lugar, evidentemente, a que la imaginación del hombre de entonces, lejos de crear nuevas imágenes, exportara, en su atrevimiento, los mitos y las leyendas que desde la antigüedad se habían propagado por Europa, Asia y África.

Por esta razón, para entender el mundo en el que vivió Menéndez de Avilés, habría que contemplarlo desde dos perspectivas: la científica, con los mapas construidos en la Casa de la Contratación de Sevilla a lo largo del siglo XVI y posteriores, y la mitológica, pues no debemos olvidar que nuestro protagonista nació en una época en la que aún pervivían y se buscaban los mitos y las leyendas medievales.

La corona de Castilla finalizó la reconquista de la Península a finales del siglo XV, y pocos años después ya se encontraba explorando y colonizando las tierras de un nuevo continente, lejano y extenso. Como Braudel, podríamos decir que a los Reyes Católicos no les faltaba el espacio, sino que les sobraba. Por lo tanto, se trataba de una ocasión única para guerreros, navegantes, comerciantes y religiosos, y ellos fueron, precisamente, los que se ocuparon de la conquista, exploración, colonización y evangelización del Nuevo Mundo (4).

A lo largo de dichas fases, los conquistadores españoles llevaron a América su lengua, su religión y sus costumbres, pero también una serie de creencias geográficas basadas en la mitología, las leyendas medievales y los libros de viajes. Se las llevaron al Nuevo Mundo y se multiplicaron los rumores que hablaban de grandes ciudades de oro como las de Cíbola, fuentes de juventud eterna como Bimini y lagos de oro como El Dorado (5).

Para entender la idea del conquistador, bastaría con fijarnos en algo tan evidente en un mapa como la toponimia, es decir los nombres de los lugares de los mapas, en los que advertiremos cómo el reclamo del oro y la riqueza provoca la aparición de múltiples topónimos alusivos en toda la geografía americana: Castilla del Oro, Costa Rica, Puerto Rico, las islas Rica de Oro y Rica de Plata, El Dorado o las islas de las Perlas. Es esta tan solo una pequeña muestra de la fascinación que dominó a los españoles en la conquista.

(4) MORENO MARTÍN, José M.^a: «Descubrimiento de La Florida: de mito a pesadilla», *La Aventura de la Historia*, núm. 177. Madrid, julio 2013, 38-43, p. 38.

(5) RIVERA NOVO, Belén, y MARTÍN-MERÁS, M.^a Luisa: *Cuatro siglos de cartografía en América*. Mapfre, Madrid, 1992, pp. 229-235.

Y aunque es cierto que la mayoría de estos mitos acabaron por desvanecerse durante el siglo XVI, al avanzar la exploración de América por mar y tierra, alguno de ellos perduró durante siglos en la geografía y, consecuentemente, en los mapas (6), aunque nos los encontráramos en distintos lugares del globo. Porque otro rasgo que caracteriza la mitología en los mapas es su movilidad geográfica. Los lugares míticos eran móviles. El mismo mito o leyenda puede aparecer en sitios del mundo bien lejanos, pues el mito existe pero la duda surge al ubicarlo en un mapa. El cartógrafo, libremente, lo hace aparecer en cualquier sitio dependiendo de la fuente en la que se haya inspirado. Es el caso de San Brandán o San Borondón, por poner un ejemplo, isla cuya ubicación cambia según la época y el autor. Así, podremos encontrarla en el océano Atlántico, a la altura de las islas Canarias o las Madeira, o bien en el Atlántico norte, en las proximidades de Islandia, a la altura de las islas británicas e, incluso, junto a las tierras de América del Norte o en las proximidades del cabo Finisterre, en las costas gallegas.

Aquellos mitos que pervivieron durante siglos fueron exportados por europeos, y a ellos se encomendaron los coetáneos de Menéndez de Avilés, andando cada uno a la búsqueda de su utopía. Uno de ellos fue la Gran Quivira, fructífera leyenda que, situada en la costa pacífica, impulsó las expediciones españolas en aquella zona y quedó reflejada en los mapas. Otro mito que perduraría en el tiempo fue el del estrecho de Anián, mantenido por el deseo de encontrar un paso que hiciera más corto el camino a las Indias alrededor de África utilizado por los portugueses, y que se convertiría en un importante acicate para los viajes del siglo XVI. Qué decir del mito de California (7), tierra de riquezas infinitas y moradoras extraordinarias como las amazonas (8), prototipo indudable de mito, pues aún representándose desde su descubrimiento como una península unida al continente, se la convirtió en repetidas ocasiones en isla. Esta conversión posiblemente fuera debida a la confluencia de dos circunstancias. La primera, el secretismo de la corona española respecto de sus nuevas posesiones en América en relación con otras potencias europeas. El segundo, el carácter idílico y legendario del que siempre han gozado las islas en la geografía. Breve muestra de incontables ejemplos serían las Antillas, la isla de Trapobana o la anteriormente referida de San Brandán. Y en este mundo en el que vivió Menéndez de Avilés, que oscila entre la cruda realidad y la incontrolable imaginación, saltando de un mito a otro, desde el Pacífico al Atlántico, una isla más, la de Bimini, será la que nos haga llegar en nuestro viaje hasta Florida.

(6) MATHES, Miguel: *La geografía mitológica de California: orígenes, desarrollo, concreción y desaparición*. Academia Mexicana de la Historia, Guadalajara (México), 1985, pp. 3-4.

(7) La voz «California» puede encontrarse en la novela de caballería *Las sergas de Esplandián*. RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garcí: *Las sergas de Esplandián* (estudio de Salvador Bernabéu). Fundación Arte Hispánico, Madrid, 1998, p. XI.

(8) *Ibidem*, p. XLIV.

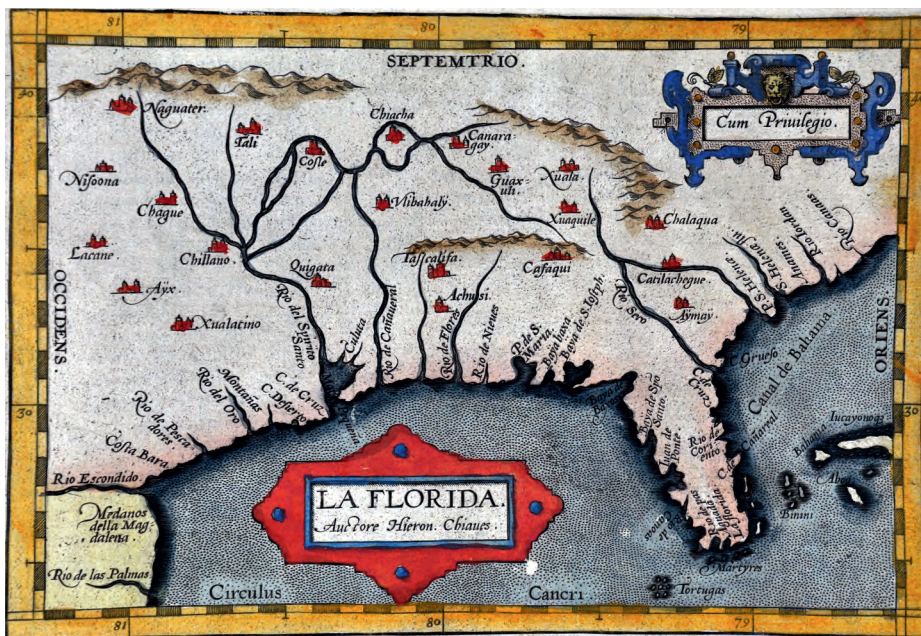
La atracción de Florida: en busca de la fuente de la eterna juventud

Ya hemos visto cómo los primeros viajes hacia la desconocida América partían cargados de curiosidad y sueños. Uno de ellos, el que encontraba la fuente de la juventud en una isla, halló su destino en la isla de Bimini, dando comienzo a un largo periodo de relación española con Florida cuya huella aún hoy se mantiene.

Sabido es que la tradición habla de una fuente cuyas aguas proporcionaban la eterna juventud. Heródoto ya contaba que los etíopes superaban los cien años bañándose en una fuente de la que emanaba olor a violeta; la ninfa Calipso tentó al mismo Ulises con la eterna juventud para que no la abandonara. Y, cómo no, la cartografía se encargó de situarla, como fue el caso de Andreas Walsperge en su mapamundi de 1459 (9).

Como no podía ser de otro modo, la leyenda de la fuente de la eterna juventud viajó hasta América, donde los nativos la localizaron en una isla llamada Bimini, al norte de La Española, a la que el propio Mártir de Anglería se refiere en sus *Décadas del Nuevo Mundo*:

«A distancia de trescientas veinticinco leguas de la Española, cuentan que hay una isla, los que la exploraron en lo interior, que se llama Boyuca o Ananeo, la cual tiene



La Florida en *Theatrum Orbis Terrarum*, de Abraham Ortelius (1584). Museo Naval de Madrid

(9) RIVERA NOVO y MARTÍN MERÁS, p. 234.



Retrato de Juan Ponce de León en *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601), de Antonio de Herrera y Tordesillas (Museo Naval de Madrid)

una fuente tan notable que, bebiendo de su agua, rejuvenecen los viejos. Y no piense Vuestra Beatitud que esto lo dicen de broma o con ligereza: tan formalmente se han atrevido a extender esto por toda la corte, que todo el pueblo y no pocos de los que la virtud o la fortuna distingue del pueblo, lo tienen por verdad» (10).

Aunque finaliza mostrando su reserva y desconfianza ante tales prodigios: «Pues si vuestra Santidad me pregunta mi parecer, responderé que yo no concedo tanto poder a la naturaleza madre de las cosas»

Fuera por sed de gloria, fuera por sed de fortuna, Juan Ponce de León la buscó en la tierra a la que llegó, al parecer, en el día de la Pascua Florida del Señor del año de 1513, fiesta de la que tomó el nombre para bautizar aquellos parajes. Navegando hacia el norte, su expedición llegó hasta la desembocadura del río San Juan, sin constatar si la costa que recorrían pertenecía a una isla, como creían. Pasaba el tiempo, y mientras Ponce de León regresaba a Puerto Rico, Juan Pérez de Ortubia y Antón de Alaminos dieron con la isla de Bimini, pero sin encontrar rastro alguno de la anhelada fuente de la eterna juventud. En una segunda etapa, tras cambiar la orientación de su empresa, mutando de un carácter más conquistador y explorador a otro colonizador y

(10) MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro: *Décadas del Nuevo Mundo* (trad., J. Torres Asensio; intr. Ramón Alba), década segunda, cap. x. Polifemo, Madrid, 1989, pp. 159-160.

evangelizador, intentó crear una colonia estable en aquellas tierras (11). Es entonces cuando comienza a manifestarse la abierta hostilidad de los indígenas ante los conquistadores, que se mantendría posteriormente como uno de los principales escollos para el asentamiento definitivo de los colonos españoles.

No obstante, geográficamente, lejos de considerarla un fracaso, esta expedición recorrió las aguas que bañaban la península, descubrió la Corriente del Golfo y dio el nombre que ha llegado hasta nuestros días y que ha permitido a Juan Ponce de León pasar a la historia como el descubridor de Florida. Quede como recuerdo de aquella búsqueda en la zona de la fuente de la juventud el nombre «Jordán» con que Lucas Vázquez de Ayllón bautizaría aquel río de la costa atlántica en 1523.

La América de Pedro Menéndez de Avilés

Hasta aquí los mitos y las leyendas. La realidad de la conquista de América y las posibilidades extraordinarias que aquella ofertaba hicieron preciso el control de los nuevos territorios y, muy especialmente, de los nuevos mares. Para ello se crearon nuevas instituciones y se trazaron nuevos mapas. En este último caso, mapas certeros y reales, de los que fueron desapareciendo paulatinamente los mitos medievales. Y esos nuevos mapas iban a estar controlados por vez primera por el Estado.

En 1503 se creó en Sevilla la Casa de Contratación (12), institución que reguló las relaciones con América y concentró el desarrollo comercial, tecnológico y científico destinado a facilitar a los navegantes los buques, instrumentos y conocimientos náuticos necesarios para sus viajes al nuevo continente. Aunque en un primer momento se estructuraba de manera sencilla, el imparable incremento de los intercambios obligó a garantizar la seguridad de la navegación. Por este motivo, en 1508 se creó el cargo de Piloto Mayor, siendo el primero en ocuparlo Américo Vespucio. Aquel mismo año, con el fin de unificar y reglamentar el uso de las noticias que regresaban en cada viaje, se estableció un modelo de carta de navegar denominado «Padrón Real». Se trataba de un mapa actualizado en el que se representaba la imagen oficial del mundo, con un marcado carácter expansionista (13), y que hacia mediados del siglo XVI, según algunos autores, se convirtió en la primera carta moderna (14).

(11) «En febrero de 1521 en la bahía de Tampa llegaron más de dos centenares de personas, entre los que se incluyeron algunos religiosos, cincuenta caballos y otros animales domésticos, además de grandes cantidades de suministros y provisiones». MORENO MARTÍN, p. 41.

(12) Real provisión de 20 de enero de 1503, Alcalá de Henares.

(13) SÁNCHEZ MARTÍNEZ, Antonio: «El imperio del mapa. El Padrón Real y la producción cartográfica de la Casa de la Contratación», en MORENO MARTÍN, José M.^o (coord.): *Dueños del mar. Señores del mundo*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2015, pp. 58-60.

(14) PALADINI CUADRADO, Ángel: «La formación de la carta moderna del mundo en el siglo XVI», *Monte Buciero*, núm. 4. Santoña, 2000, pp. 61-70.



Americae Sive Qvartae Orbis Partis Nova et Exactissima Descriptio, de Diego Gutiérrez (1562). Biblioteca del Congreso, Washington

Precisamente de la Casa de la Contratación salió, por encargo de Felipe II –con el objetivo de mostrar la consolidación de España como potencia mundial–, el mapa de Diego Gutiérrez de 1562.

Esta representación de América es, posiblemente, la más próxima a la época en que, tan solo tres años más tarde, Pedro Menéndez de Avilés llegó a Florida. En aquellas tierras, al malogrado intento de Ponce de León se sumaron más fracasos en el empeño de establecerse de forma permanente: Vázquez de Ayllón (1526), Pánfilo de Narváez (1528), Hernando de Soto (1539), fray

Luis Cáncer (1549) o Tristán de Luna y Arellano (1559) (15). Este rosario de decepciones ha provocado históricamente una acusación velada a la Corona de falta de interés y de apoyo a dichas empresas. El resultado fue que a la fallida búsqueda de la fuente de la eterna juventud hubo que añadir con el tiempo la ausencia de oro y metales preciosos en aquellas tierras. Tampoco la actitud abiertamente beligerante de los nativos, de la que hablábamos anteriormente, ayudó al éxito de la empresa. Por todo ello, los organismos oficiales no querían dedicar más esfuerzos, ni humanos ni materiales, a aquella zona. El mito de la Florida comenzaba así a convertirse en una pesadilla.

Tendría que ser la amenaza exterior de otras potencias lo que despertara a la Corona de su profundo sueño y le hiciera entender que el control de aquellas costas era vital para el mantenimiento de su estratégica situación en esas aguas. En febrero de 1562, el francés Jean Ribault puso rumbo a la Florida, encabezando a más de cien personas, para crear un establecimiento de hugonotes. Perder el control del monopolio comercial del Caribe y del virreinato de Nueva España a manos de los franceses entrañaba un riesgo que la corona española no estaba dispuesta a correr.

Con el encargo de Felipe II de expulsar a los hugonotes franceses y colonizar con españoles aquellas tierras, Menéndez de Avilés llega a la Florida en septiembre de 1565. En nombre del rey de España tomará posesión de aquellas tierras y levantará un primer asentamiento bajo la protección de San Agustín. A este poblado le seguirán, más al norte, San Mateo y Santa Elena, que se mantuvo como capital de la Florida entre 1566 y 1570, año en que dicho rango pasará a San Agustín.

San Agustín de la Florida en los mapas

La ciudad de San Agustín fue la primera de carácter permanente con naturaleza eminentemente militar, como apreciamos en esta descripción:

«Sancto Augustin donde primero estuvo el fuerte y gente es una islilla pequeña y Sancto Augustin donde agora esta el fuerte y gente es otra que esta junto a la primera, donde solia estar primero el fuerte y esta donde agora esta, es casi isla porque esta rodeada de agua aun que tiene por una parte descubierto por donde pueden pasar a la tierra firme. Esta en viente y nuebe grados y medio, tiene de largo tres o quatro leguas y de ancho muy poco, ques angosta hasta m^a legua y por algunas partes menos» (16).

Hacia el exterior, su situación estratégica, asomada al Atlántico, le permitiría controlar el comercio y la navegación del canal de las Bahamas, convirtiéndose en el tercer vértice del triángulo que dibujaba con los puertos de La Habana y Veracruz. Hacia el interior, San Agustín fue el punto original de la línea de presi-

(15) MORENO MARTÍN, «Descubrimiento de La Florida...», p. 41.

(16) MELLÉN BLANCO, Francisco: *San Agustín de la Florida en el 450 aniversario de su fundación y Pedro Menéndez de Avilés: apuntes históricos*. Madrid, 2015, p. 15.

dios repartidos en la costa pacífica. El hecho de que nunca fuera una gran población no fue impedimento para albergar diversas instituciones comerciales, religiosas y educativas que vertebraban una auténtica ciudad (17). El presidio o establecimiento militar, junto con la misión, completaba el asentamiento.

La fundación de ciudades en América fue un proceso sistematizado por las Leyes de Indias. En ellas se detallaban los requisitos para la fundación de una ciudad, que afectaban básicamente al suelo, el clima, la presencia de agua, así como la accesibilidad y seguridad del puerto en poblaciones costeras o el trazado de una cuadrícula en torno a un espacio central que organizará las ciudades del interior. En el caso de la ciudad de San Agustín, el trazado no sigue dichas directrices por ser anterior a las mismas, así que su trama urbana presenta mayores irregularidades. Esta particularidad llevó a que se plantearan diversos proyectos de regularización de su planta a lo largo del siglo XVIII, proyectos que en ningún caso se llevaron a cabo. Esta circunstancia, lejos de suponer un problema, ha permitido que hoy en día se conserve su trazado originario, así como parte de la arquitectura española (18). Dicha circunstancia, en conjunción con la defensa de las ciudades y la colonización de las mismas, hizo primordial el levantamiento de una cartografía precisa para su planificación (19). Asimismo, la continua presencia española en esta ciudad nos ha permitido contar en la actualidad con cartografía española de Florida y, más específicamente, de la región y la ciudad de San Agustín desde finales del siglo XVI. Son muchos los mapas, especialmente manuscritos, que han aportado información valiosa sobre la zona, de una manera tanto o más clara incluso que los documentos escritos, lo que nos permitiría, una vez más, reivindicar el valor de la cartografía como fuente primaria, en ocasiones no reconocida justamente cuando se compara con los documentos textuales.

En el Archivo General de Indias se conservan algunos de los planos más antiguos de la ciudad de San Agustín, que nos permiten seguir la evolución de la construcción de su fuerte durante diecisiete años. El primero es el «Plano del fuerte de San Agustín de la Florida», de Hernando de Mestas, de 1576 (20). El segundo, de 1580, es más esquemático y menos artístico; sin embargo, las anotaciones de los márgenes que nos informan sobre medidas y calidad de los materiales resultan realmente valiosas (21). El tercero, «Plano del fuer-

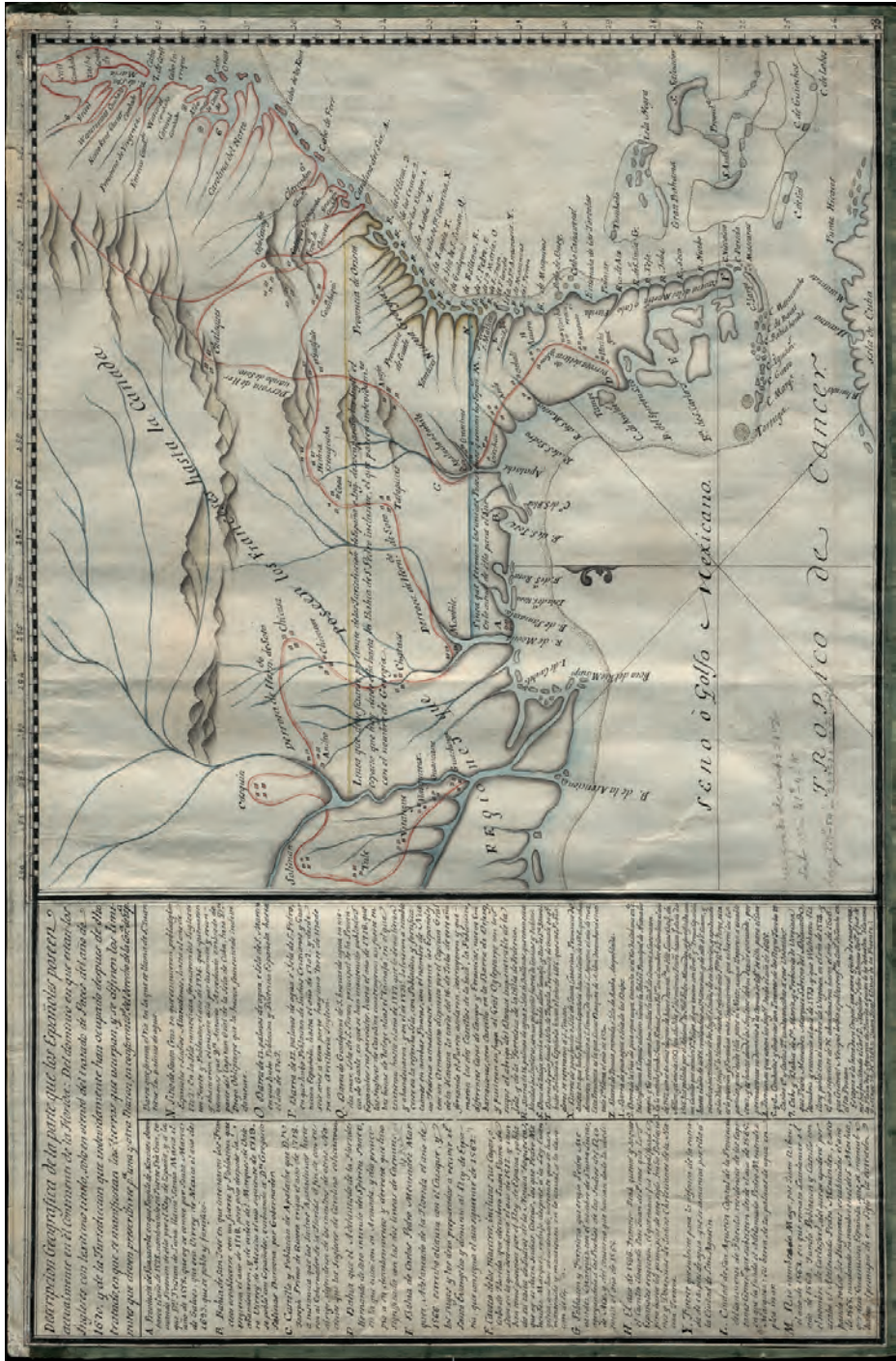
(17) LÓPEZ-LAGUNA, Belén, y RODRÍGUEZ, Andrés (coords.): *Diseñar América*. Fundación Consejo España, Madrid, 2015, p. 160.

(18) *Ibidem*, pp. 160-161.

(19) CHÍAS NAVARRO, Pilar: «La cartografía española de las costas de Norteamérica de los siglos XVI al XVIII: aportaciones al contexto científico internacional», *EGA, Expresión Gráfica Arquitectónica*, núm. 18. Universidad Politécnica de Valencia, 2011. Hay edición digital: <https://polipapers.upv.es/index.php/EGA/article/view/1334/13521>. Consultada el 22 de mayo de 2019.

(20) Archivo General de Indias (AGI), ES.41091.AGI, 27.12, MP, Florida-Luisiana, 4. Cit. en GUERRERO COSTA, José Manuel (ed.): *Memorias recobradas. España, Nueva Orleans y la ayuda a la revolución norteamericana*. Iberdrola, Bilbao, 2018, p. 389.

(21) AGI, MP, Florida-Luisiana, 252. Cit. en MELLÉN BLANCO, p. 26.



«Descripción Geográfica de la parte que los Españoles poseen actualmente en el Continente de la Florida», de Juan José Eligio de la Puente. La Habana, [25] de mayo de 1769. Museo Naval de Madrid

te viejo que está en San Agustín», de 1593, cerraría la serie (22). De ese mismo año data el «Plano del pueblo, fuerte y caño de San Agustín de la Florida», en el que aparece también el poblado de la Misión Nombre de Dios, en la que habitaban los indios y donde en 1620 se construyó la capilla a Nuestra Señora de la Leche y Buen Parto (23).

La colonización de los territorios, asociada habitualmente a operaciones militares, nos proporciona una valiosa cartografía de la costa del golfo de México y de Florida en la segunda mitad del siglo XVIII. Especialmente relevante en este sentido es un plano general de la zona de Florida con las distintas etapas de la conquista y reparto del territorio entre las distintas potencias. Su título es «Descripción Geográfica de la parte que los Españoles poseen actualmente en el Continente de la Florida: Del dominio en que están los ingleses con lexitimo titulo, solo en virtud del tratado de Paces del año de 1670, y de la Jurisdiccion que indevidamente han ocupado despues de dcho tratado, en que se manifiestas las tierras que usurpan, y se difinen los limites que deven prescriberse para una y otra Nacion en conformidad del derecho de la Corona de España» (24).

Se trata, como detalla el autor, Juan José Eligio de la Puente, de una «copia a la letra de su Original que para efecto de sacar esta me ha facilitado el Coronel d. Melchor Feliu último Gobernador que fue de la Plaza de San Agustín de Florida a quien lo he devuelto. Havana y mayo [25] de 1769».

A la representación de Florida se añade en este caso una leyenda con la historia de las distintas ciudades. Presenta las posesiones francesas y españolas en la zona durante el siglo XVIII; detalla vegetación, ríos, poblados de aborígenes, fuertes y toponimia, e incluye una nota explicativa sobre la geografía y las posesiones territoriales de los indios, así como la historia de las exploraciones realizadas por los españoles, como se aprecia en la línea roja que marca la expedición realizada por Hernando de Soto, resaltando la presencia histórica de España en aquellos territorios. En uno de los apartados de la parte textual, con la letra M, relata la llegada de «Juan Ribau» en el año de 1562 y la fundación de una población y un castillo con el nombre de Carlesford, «del que se apoderó por asalto el Adelantado Pedro Menéndez, extirpando todos los Hugonotes establecidos el año de 1565, mudando su nombre en el de S. Matheo, que dejó Guarnición Española, que se mantubo hasta el principio de este siglo».

Aproximándonos a la ciudad fundada por Pedro Menéndez de Avilés, nos encontramos con el extraordinario «Plano de la Fuerza Baluartes y línea de la plaza de S.^a Agustín de la Florida: con su parroquial mayor, convento e iglesia de San Francisco, casas y solares de los vecinos, y más algunas fábricas y huertas extramuros de ella, todo según y en la forma que existe hoy 22 de enero de 1764, cuando en virtud de su entrega a la Corona Británica se han

(22) *Ibidem*, 5; *ib.*, p. 27.

(23) *Ibidem*, 3; *ib.*, p. 25.

(24) Museo Naval, 6-A-19.

embarcado y salen para la Havana y Campeche el último resto de Tropas y Familias Españolas de la Guarnición y Vecindario de dicha Plaza de San Agustín», realizado por Juan Joseph Eligio de la Puente, en San Agustín de la Florida, el 22 de enero de 1764 (25).

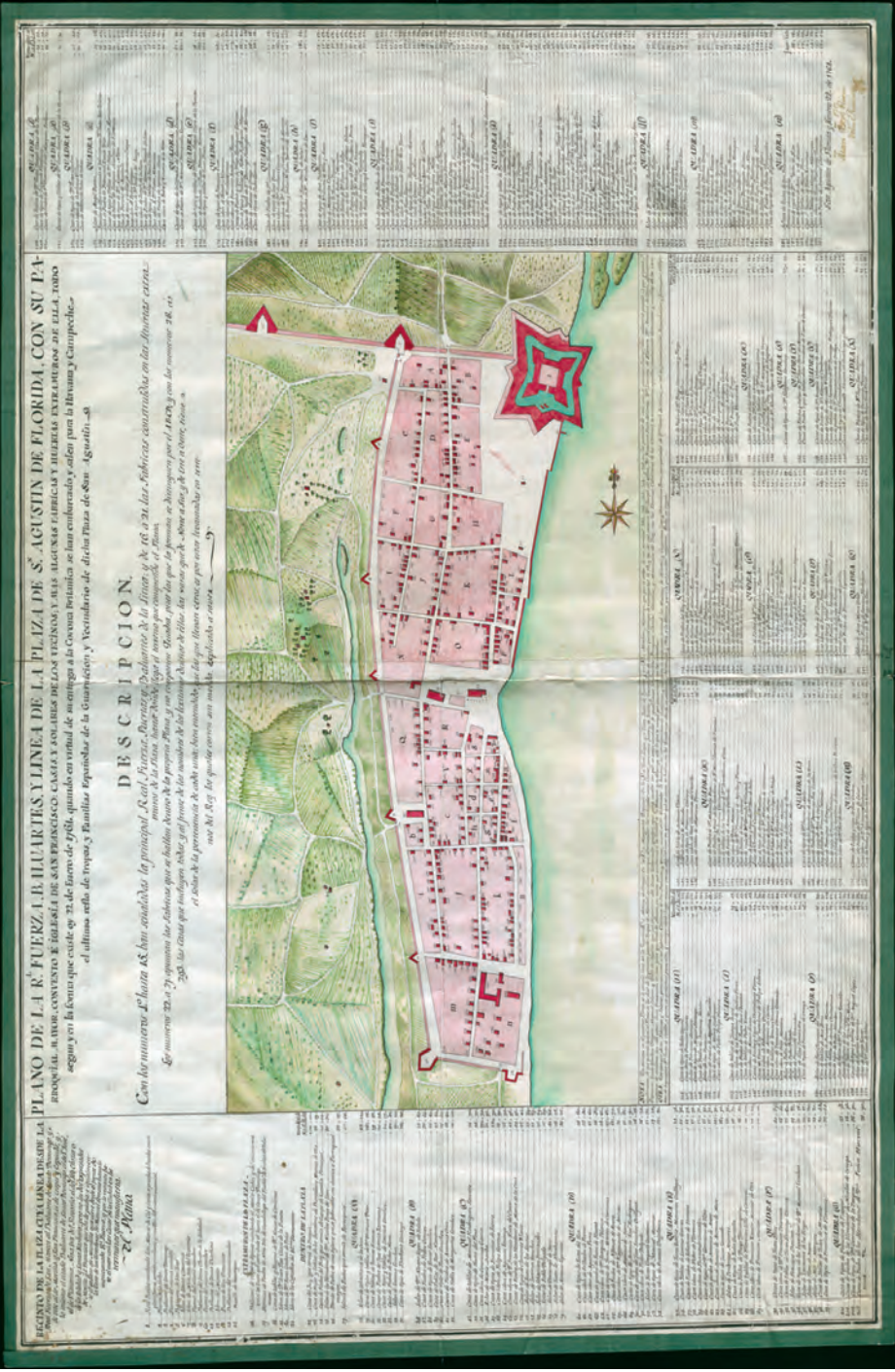
Como se desprende del mencionado título, este detallado plano fue posiblemente realizado con motivo de la pérdida de Florida en favor de Inglaterra tras la firma, a principios de 1763, del tratado de París, que ponía fin al conflicto anglo-español dentro de la Guerra de los Siete Años y por el que, a costa de la entrega de Florida, los británicos abandonaban La Habana y Manila. Se trata del plano más detallado que se conoce de la ciudad, tanto en lo tocante a la imagen como a la información que el autor introduce en el propio mapa. Una «Descripción» establece que desde el número uno hasta el quince se marca la «Real Fuerza», es decir el fuerte, las puertas y los baluartes de la línea o, lo que es lo mismo, la estructura defensiva que dio origen a la ciudad. En los números que van del dieciséis al veintisiete se representan, distinguiendo unas y otras, las fábricas construidas en las huertas extramuros de la plaza y las que se hallan dentro de la muralla.

Las manzanas («Quadras») están identificadas con las letras del abecedario en mayúsculas desde la A hasta la Z. Dentro de las mismas nos encontraríamos con el resto de la numeración, es decir la que va del el número 28 al 293, identificando la totalidad de las casas de la plaza. Para complementar la información sobre estas últimas, en distintos listados que rodean el plano se relacionan los nombres de los legítimos dueños de las casas y las medidas en varas, de norte a sur y de este a oeste, de los solares sobre los que se asientan cada una de ellas. Aquellas que presentan la particularidad de identificarse mediante ceros son las levantadas en terrenos del rey.

Este mapa incluye una minuciosa leyenda explicativa sobre la situación de los principales edificios públicos y casas de vecinos, diferenciadas según sus distintas construcciones: tablas, piedra, ripio, paredes de casa empezada a fabricar, casas, solares, etc. En el caso del fuerte de San Marcos, se describe como «de cal y canto a prueba de bomba». Para su abastecimiento y aprovisionamiento se construyó en sus proximidades un muelle de descarga que asimismo se representa. El carácter defensivo que inspiró la ciudad está también presente en las puertas y los baluartes de la muralla. Con los primeros números aparecen la «puerta de la leche», que toma este nombre de la salida de la ciudad que llevaba a la capilla de Nuestra Señora de la Leche y Buen Parto, en la primitiva Misión Nombre de Dios, de la que hablamos con anterioridad cuando nos referíamos a los mapas del siglo XVI.

Un segundo grupo lo identificaríamos con las construcciones religiosas. Sería el caso de la iglesia y el convento de San Francisco; y, en la plaza abierta y manzanas aledañas, nos encontramos con la casa de los «señores obispos». También se identifica la casa de piedra que alberga el hospital o la que servía de cuerpo de guardia principal, así como el solar de los herederos de

(25) Museo Naval, 6-B-14.



«Plano de la Fuerza Baluartes y línea de la plaza de S. Agustín de la Florida», de Juan José Eljio de la Puente. San Agustín de la Florida, 22 de enero de 1764. Museo Naval de Madrid

Ponce de León, en la plaza, y la casa del autor del mapa, Juan José Eligio de la Puente.

En todas las construcciones se especifican los materiales en los cuales se han levantado los edificios, con todas las variables posibles. Así, tenemos casas de tablas, de guano, de ripio, de piedra..., lo que nos da idea del orden social imperante, pues la construcción en piedra otorga categoría a su propietario. Por esta razón todos los edificios «públicos» y religiosos están contruidos con este material.

Es necesario hacer referencia a dos notas que nos deja el autor, aclarando llamativos detalles que nos dan cuenta de la exactitud y el celo mostrado en el levantamiento de este plano. La primera nota hace referencia a cinco construcciones deterioradas de tablas y guano que, en el momento de la entrega de la plaza, se encontraron «enteramente destruidas». Otro dato que debe destacarse es el nombramiento de una especie de *comisión liquidadora* en la ciudad, responsable de bienes muebles e inmuebles, antes de su abandono definitivo y que sería efectiva «en tanto que arribamos a la Ciudad de la Havana»:

«... don Joseph del Olmo, don Francisco Ruiz del Canto, don Luciano de Herrera, don Antonio de León, don Sebastián Espinosa, don Lucas Sánchez Ortiguera, don Manuel Solana y don Pablo de Aguilar, por disposición del Señor Gobernador quedan aquí para cuidar las que no están vendidas (e igualmente las Lanchas, Piraguas, Canoas, Carretas y Materiales del Rey, con las Bestias Caballares de los Vecinos)».

De las notas del autor también se intuye una tasación que sobre el plano se habría detallado en cuadernos para su ajuste posterior cuando llegaran a La Habana:

«... de las Fabricas y Solares, pertenecientes a las Iglesias, Convento de San Francisco, y Vecinos, mandó el Señor Gobernador se hicieran las correspondientes tasaciones y con efecto lo verificaron puntual los Maestros de Albañil y Carpintero Juan y Bartolomé Perez, acompañados de don Joseph del Olmo; no así en formalizarlas, despacharlas, y firmarlas el Capitan de Ingenieros don Juan de Cotilla a quien se comisionó para ello; y aunque desde luego evacuo varias, dejó las mas en apuntes, que es como se hallan en los quadernos donde se sentaron que he recogido y llevo a la Havana para lo que puedan importar».

Con la entrega de la ciudad, Juan José Eligio de la Puente se trasladaría a La Habana, y desde allí continuó levantando cartografía de Florida. Es el caso del «Plano y descripción de las Provincias de la Florida», realizado en 1769 en la capital cubana.

Se trata de un mapa de grandes dimensiones (26) en el que se representa el territorio que va desde la bahía de Galveston hasta Long Bay, en Carolina del

(26) Museo Naval, 6-A-18.



«Plano y descripción de las Provincias de Florida», de Juan Joseph Eligio de la Puente, 7 de septiembre de 1769. Museo Naval de Madrid



«Plano del presidio de San Agustín de la Florida», de Juan José Eligio de la Puente. La Habana, 18 de febrero de 1769. Museo Naval de Madrid

Sur. Está dedicado al rey y a Julián de Arriaga, teniente general de la Armada y secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina e Indias. En el mismo se detalla la vegetación, la toponimia hispana y franca, los fuertes y una detalladísima representación de la red hidrográfica y de las poblaciones y accidentes costeros. También es necesario mencionar la nota explicativa de las divisiones territoriales y posesiones de los indios: «Nación de Chatas, Pueblos de los Yndios de Cabeta, Pueblos de los Yndios Jalapuses y Pueblos de los Yndios [Apuscas]».

Junto a la historia de las exploraciones realizadas por los europeos, especialmente relevantes son los planos que inserta en la parte inferior, a mayor escala, en los que se representa la bahía de Panzacola, el puerto o río de San Marcos de Apalache y el puerto de la Florida.

La actividad de Juan José Eligio de la Puente tras su marcha a La Habana queda patente, una vez más, en un nuevo mapa, realizado en esta ocasión el 18 de febrero de 1769. Se trata del «Plano del presidio de San Agustín de la Florida que poseen a la sazón los Yngleses con las Barras Ríos y Terrenos que se demuestran en él cuyas entradas fondos Comunicaciones parages y sus nombres son a saber...» (27). Toda la información relativa al extenso título se halla detallada en una relación en la que, a lo largo de 58 apartados, se describen cada uno de los elementos nombrados.

En el apartado 12, dos siglos más tarde, vuelve a hacerse referencia a la ciudad de San Agustín y a su fundador, Pedro Fernández de Avilés:

«Parage titulado nombre de Dios, y es el mismo donde se dixo la primer misa el 8 de septiembre de 1565 quando los Españoles fueron a Conquistar aquellas Provincias con el Adelantado Pedro Menendez de Avilés, y desde entonces se formó allí Pueblo de Indios con una Hermita en que se colocó la Imagen de María Santísima de la Leche; subsistió el Pueblo y Hermita hasta el 20 de marzo de 1728 que con el motivo de haverse posesionado de ella las Armas Británicas (que intentaron tomar [...] por sorpresa al citado Presidio) se mandó derribar por el Gobernador Español».

(27) Museo Naval, 6-B-13



«Plano del Presidio de San Agustín de la Florida y sus Contornos», de Pablo Castelló [1763]. Museo Naval de Madrid



Typus Orbis Terrarum, de Abraham Ortelius. Museo Naval de Madrid

Por último, señalaremos el «Plano del Presidio de San Agustín de la Florida y sus Contornos situado en el continente de la America del Norte en los 30 grados minutos de latitud; el qual con sus Dependencias se entregó a S.M.B. en 21 de Julio de 1763 por el Artículo 19 de la Paz de Fontainebleau» (28), cuyo autor, el ingeniero Pablo Castelló, con dos cartelas bajo el título «explicación», detalla con letras y números los alrededores de la ciudad de San Agustín. Es este un claro ejemplo de la labor de los ingenieros militares en el levantamiento del continente americano, muy especialmente en asuntos relacionados con la defensa de las plazas defensivas españolas.

El mapa de Ortelius de 1574, con el que terminamos, nos devuelve al mundo en el que vivió y murió Pedro Menéndez de Avilés. Si nos fijamos, todavía quedan en él reminiscencias de aquellos mitos medievales con que comenzábamos, motivo por el cual finalizaremos destacando y enfatizando la figura del mito, porque no debemos olvidar nunca que fueron precisamente los mitos y las leyendas los que actuaron como acicate y motor de nuevos descubrimientos. Los mitos americanos precedieron siempre a los conquistadores que, en pos de la quimera, se adentraron en territorios desconocidos y hostiles y, deslumbrados por ella, aquellos hombres, crédulos e intrépidos, vencieron inmensos peligros y ampliaron el horizonte geográfico universal.

(28) Museo Naval, 6-B-17.

En la lejana Florida, San Agustín es el único testimonio de la colonia fundada en 1565 por Pedro Menéndez de Avilés, pero sigue siendo el municipio de ocupación continua más antiguo de Estados Unidos. Poco imaginaba Juan Ponce de León, al descubrir aquellas tierras y bautizarlas, o el propio Pedro Menéndez de Avilés, al fundar las primeras ciudades, que ofrecerían tanta resistencia a su colonización (29). Sin embargo, los españoles lograron mantenerse y consolidarse en Florida, hasta el punto de que hoy podemos afirmar que la bandera española es la que durante más tiempo ha permanecido ondeando al viento en aquellas tierras.

Bibliografía adicional

- ARIAS, David: *Las raíces hispanas de los Estados Unidos*. Mapfre, Madrid, 1992.
- BOCANEGRA MARTÍNEZ, J. Enrique: «Una frontera estratégica: la Florida española del setecientos», *Temas de Historia Militar*, t. II, Comunicaciones I, 2.º Congreso de Historia Militar, Zaragoza, 1988. Servicio de Publicaciones del EME, Madrid, 1988.
- BUISSERET, David: *La revolución cartográfica en Europa, 1400-1800. La representación de los nuevos mundos en la Europa del Renacimiento*. Paidós, Barcelona, 2004.
- DOWDY, Dru; MESA, Raquel, y PENAS, Jordi (coords.): *Legado: España y los Estados Unidos en la era de la Independencia, 1763-1848*. Smithsonian Institution, SEACEX y Fundación Consejo de España- Estados Unidos, Madrid, 2007.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, t. I y IX. Museo Naval, Madrid, 1972.
- GALBIS DÍEZ, Carmen: «La Casa de la Contratación», en GLEZ. G.^a, Pedro, y otros: *Archivo General de Indias. Los archivos españoles*. Lunwerg, Barcelona, 1995.
- LANDÍN CARRASCO, Amancio: «Guía de descubridores: Ponce, Balboa, Solís, Córdoba, Grijalba y Pineda (1512-1518)», *Revista General de Marina*, t. 218. Madrid, mayo 1990.
- RUIDÍAZ Y CARAVIA, Eugenio: *La Florida: su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*. Madrid, 1893.
- SÁENZ-LÓPEZ PÉREZ, Sandra, y PIMENTEL, Juan (coords.): *Cartografías de lo desconocido: mapas en la BNE*. Biblioteca Nacional de España, Madrid, 2017.
- SAINZ SASTRE, M.^a Antonia: *La Florida, siglo XVI: descubrimiento y conquista*. Mapfre, Madrid, 1992.
- SÁNCHEZ-FABRÉS MIRAT, Elena: *Situación histórica de las Floridas en la segunda mitad del siglo XVIII (1783-1819)*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección General de Relaciones Culturales, Madrid, 1977.

(29) MORENO MARTÍN, «Descubrimiento de La Florida...», p. 43.

LA CARRERA DE INDIAS

José Ramón VALLESPÍN GÓMEZ
Capitán de Navío

Pedro Menéndez de Avilés tuvo muy destacadas actuaciones en diversos campos de la marina de Castilla, y por tanto de España. Este trabajo trata de su actuación como general de las flotas de la Carrera de Indias, función que desarrolló alternándola cronológicamente con otros mandos de flota después de una carrera como corsario, primero sin patente y luego con la que le fue concedida por delegación del rey Carlos I. Para comprender cabalmente la actuación de Menéndez de Avilés, después de una breve introducción a su carrera marinera y militar, haremos primero una descripción de la Carrera de Indias en sí, para entrar posteriormente en su desempeño como general de esta, tratando con mayor detalle la cuestión de la aportación de nuestro protagonista en su diseño.

Un breve repaso a la vida marinera de Pedro Menéndez de Avilés

Pedro Menéndez de Avilés, es bien conocido, comenzó su actividad marinera muy joven. Con la edad de lo que hoy se considera un adolescente, a partir de 1535 sirvió como grumete en una armada contra corsarios franceses en el Cantábrico. Un par de años después compró un patache y, sin patente, se dedicó él mismo al corso, excepto un periodo en que se integró en la flota de Álvaro de Bazán el Viejo (1), bajo cuyas órdenes participó en la batalla naval de Muros, que tuvo lugar el 25 de julio de 1543. Más tarde obtuvo la patente y continuó con sus actividades corsarias. Famosa es su acción, dentro de este periodo, contra el pirata Juan Alfonso Portugués, al que prendió en el interior del puerto de La Rochela. Mira Caballos (2) sostiene que pudo ir con una flota a Indias ya en 1548, y es seguro que en 1552 pasó a ellas, pero todavía como corsario combatiendo a los corsarios enemigos. En esa campaña pasó por

(1) MADUEÑO GALÁN, José M.ª: «Pedro Menéndez de Avilés», en REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA: *Diccionario biográfico español*.

(2) MIRA CABALLOS, Esteban: «Pedro Menéndez de Avilés diseñó el modelo de flotas de la Carrera de Indias», *Revista de Historia Naval*, núm. 94, 2006.

México, donde trató con el virrey Velasco. En 1554 fue nombrado general de la Carrera de Indias, pero no pudo hacer su primer viaje ese año porque, inmediatamente después de recibir el nombramiento, se le ordenó embarcar como consejero en la flota que llevó al príncipe Felipe, después Felipe II, a Inglaterra para su boda con la reina María Tudor ese mismo año (3). En 1555 ya mandó su primera armada y flota a Indias e hizo lo mismo al año siguiente, pero luego ejerció otros mandos en la mar por orden real, entre ellos el de la flota que trajo de regreso a España al rey Felipe II después de la guerra con Francia, y no regresó a la Carrera hasta 1560. Entonces se desempeñó como capitán general de ella mandando varias flotas hasta 1565, cuando fue nombrado adelantado de la Florida, y con eso cerró su actuación en la Carrera. Es decir que Pedro Martínez de Avilés hizo una carrera naval muy sustanciosa, pasando por casi todos los puestos del escalafón de aquel tiempo, antes de entrar en la Carrera de Indias, y que por tanto, cuando lo hizo, atesoraba una considerable experiencia profesional. Este factor será clave para entender su particular papel en esa actividad.

La Carrera de Indias

Descubierto el Nuevo Mundo por Colón y posesionado por Castilla, nació inmediatamente la necesidad de mantener un tráfico regular a través del océano, pues se originó la doble necesidad de sostener la colonización y de traer a España sus frutos. Hoy en día existe la percepción errónea de que el sentido de la carga transportada era solo de vuelta, es decir del Nuevo al Viejo Mundo, pero la realidad es que el mayor volumen de transporte de carga se dio en sentido oeste, es decir se exportaba más que se importaba, pues para establecer los luego virreinos hizo falta gente, animales y materiales procedentes de España en cantidades muy notables. Comparados con ellos, la carga que venía en sentido contrario era relativamente limitada, consistente en materiales preciosos (metales y minerales) y valiosos (perlas, cochinilla, maderas nobles, etc). También existe la errónea percepción de que las cargas que venían de las Indias pertenecían a la Corona (hoy diríamos «el Estado»), cuando la realidad es que en todo tiempo la carga era tanto real como particular. En cualquier caso, ese tráfico regular fue inicialmente bastante caótico y espontáneo, saliendo los barcos hacia las Indias en solitario o en pequeños grupos en el momento en que le parecía conveniente a cada uno, y con el tiempo se fue regulando conforme se iba aprendiendo a solventar los enormes desafíos que presentaba llevarlo a cabo con seguridad y eficacia. Conforme la colonización fue convirtiendo al Nuevo Mundo en una prolongación de España, con sus ciudades y sus campos, más allá del Atlántico, sencillamente aquel tráfico se convirtió en el normal entre las varias provincias de un reino, por más que estas estuvieran separadas por un océano. Volviendo al origen, a los

(3) Algunos autores dicen que era el capitán general de esa flota.

tiempos de nuestro protagonista y el inicio de la Carrera, veamos con más detalle cuáles fueron los retos a que tuvo que enfrentarse su establecimiento y desarrollo.

La navegación oceánica

Dar el salto de la navegación de cabotaje a la oceánica es un reto a la altura de los mejores navegantes, y solo estos eran, por tanto, capaces de cruzar el océano y llegar a su destino. Abandonar las costas y adentrarse en el mar requiere saber construir y marinar barcos mucho más robustos y complejos de los que la mayoría era capaz. Había que tener conocimientos de navegación astronómica, poseer instrumentos náuticos y estar dotado de datos de los movimientos de los astros, que no eran conocidos más que por unos pocos. Más aún, había que dominar otras técnicas referidas a la alimentación y la sanidad, lo que no estaba al alcance de cualquiera. Y, sin embargo, había tal interés por hacer la ruta a las Indias que hubo multitud de indocumentados que se aventuraron a hacerla careciendo de los conocimientos necesarios.

Los vientos y las rutas

Si bien en distancias cortas y cuando se puede disponer, por el método que sea, de la gente necesaria para ello, es practicable el uso de la propulsión a remo, y ese había sido un recurso bastante normal en el Mediterráneo, para las navegaciones oceánicas el remo tuvo que dar paso a la vela, que obviamente se basa en la existencia del viento. Por eso, en la Carrera de Indias se precisaba tener un conocimiento de los vientos que soplan típicamente en cada región del mar y de las corrientes que en él se dan, y seguir unas rutas en que esos vientos y corrientes fueran favorables, conocimiento que solo se podía adquirir, obviamente, con la experiencia.

Las fechas más adecuadas

Desde la antigüedad, los marinos, conocidas las rutas a seguir, han buscado evitar las estaciones menos favorables, aquellas en las que reinan condiciones meteorológicas más adversas. Esto se tradujo en el Mediterráneo en que, por regla general, la mayor parte de la navegación se hacía en verano, cuando no se dan los grandes temporales y los vientos más recios. En el Atlántico, los navegantes se enfrentaron a una meteorología menos conocida, y fue necesario ir aprendiendo por el viejo sistema de la prueba y el error. Lógicamente, la primera regla era parecida a la del Mediterráneo: evitar los inviernos, pero la cosa se complica cuando se cruza el océano y, además, se baja en latitud, como es el caso de la navegación al Nuevo Mundo. En el

Caribe y el golfo de México la diferencia entre invierno y verano es menos notable que en el Mediterráneo, y además se da el fenómeno de los huracanes, que no se producen en invierno precisamente. Y, dada la diferencia entre la ruta de la ida y de la vuelta –como veremos, la primera, mucho más al sur que la segunda–, cada una tenía características meteorológicas distintas en distintas épocas del año.

Los ladrones del mar

El tratado de Tordesillas fue el reparto que los dos reinos más capaces en el arte de navegar de altura, y por tanto de expandirse por la vía de los océanos, Castilla y Portugal, ambos entonces igual de españoles (4), hicieron de las costas por descubrir y en su caso colonizar. Esos dos reinos dictaron, con la sanción del Papado, que solo ellos tenían derecho a establecerse y comerciar en las tierras que su nueva habilidad, la marítima, ponía a su alcance. Inicialmente, desde luego antes de la Reforma, el resto de los reinos cristianos obedecieron el mandato papal, pero no hicieron lo mismo sus propios súbditos a título privado, es decir que no duró mucho el respeto de las diferentes coronas a lo mandado. De ese modo, el robo en la mar, es decir la simple y llana piratería por un lado, y la acción de los corsarios, muchas veces difícil de distinguir de aquella, por el otro, estuvieron presentes en la Carrera desde el principio. El mismo Colón se encontró corsarios franceses en Canarias en el viaje del Descubrimiento, y Fernando el Católico envió barcos de guarda de costas a las mismas islas en 1512 contra el mismo peligro (5). En 1521, corsarios (entonces llamados «cossarios»), de nuevo franceses, apresaron en el cabo de San Vicente tres carabelas que regresaban de las Indias y se dirigían a Sanlúcar de Barrameda, y al año siguiente dieron en las Azores un golpe que no solo significó para ellos una enorme ganancia, pues se apoderaron de un magnífico tesoro enviado por Cortés y sus soldados al rey, lo que era del rey, y a sus familiares, sino que provocó un efecto llamada a muchos desaprensivos que quisieron tentar la misma suerte.

A este respecto, hay que hacer un esfuerzo especial en la por otra parte siempre necesaria tarea de abstraerse de la realidad actual para comprender los hechos de los tiempos pasados, para darse cuenta de que la piratería y el corso se fueron desarrollando desde las costas hacia la alta mar. Es decir, inicialmente los robos en la mar se producían junto a tierra, incluso en las proximidades de los puertos, entre otras cosas porque la inmensidad del mar

(4) En aquella altura de la historia España, no era una realidad política ni jurídica, no era un reino, sino un referente cultural y un ideal político que se estaba reconstruyendo, y los portugueses se consideraban tan españoles como los castellanos, como expresa claramente *Los Lusíadas*, de Luís de Camões.

(5) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*. Museo Naval, Madrid, 1972.

hacía casi imposible, con los medios de entonces, encontrar presas a las que despojar de sus bienes lejos de las costas. Además, las primeras acciones eran siempre en las costas del Viejo Mundo, pues al principio los ladrones no sabían ni llegar al Nuevo. Después, conforme fueron adquiriendo el dominio de la navegación y los conocimientos geográficos que tenían sus presas –para lo que se sirvieron, por la persuasión o por la fuerza, de los de los marinos castellanos y portugueses que pudieron apresar o contratar–, y fueron conociendo más y mejor las rutas que estas empleaban, fueron extendiendo su radio de acción y trasladando sus actividades, primero a los archipiélagos atlánticos, y más tarde al otro lado del océano. De hecho, el citado apresamiento del tesoro de Cortés de 1522 fue en Azores porque el año anterior una escuadra enviada para combatir a los corsarios que apresaron las tres carabelas también mentadas, los desalojó de San Vicente y les hizo trasladarse al archipiélago portugués. En definitiva, cuando Pedro Menéndez de Avilés comienza su carrera marinera, los piratas y los corsarios atacaban a los barcos que iban y venían de América en la misma boca del Guadalquivir, donde iniciaban y rendían viaje; en las cercanías de los puertos de las islas Canarias, desde donde iniciaban la travesía del Atlántico en el viaje de ida; en las islas Azores, donde buscaban el camino de vuelta, y en el cabo de San Vicente, donde primero recalaban al llegar a las costas españolas en el de regreso.

Hay que hacer también un esfuerzo por entender la dificultad que se le presentó a Castilla, como a cualquier reino que estuviera en sus condiciones, de regular el comercio marítimo en el mundo recién descubierto. En la propia España era relativamente fácil hacerlo, pues había normas, autoridades y medios más o menos adecuados para ello. En cambio, en el Nuevo Mundo todo estaba por hacer, y en gran parte la población aborígen, que también era objeto del comercio, ni siquiera tenía la educación necesaria para someterse a esa regulación tal y como venía del Viejo Mundo. Es por ello por lo que hacer efectivo el reparto de Tordesillas no era, ni mucho menos, tarea fácil, y los comerciantes noreuropeos, conforme fueron aprendiendo a hacerlo, fueron llegando a las costas de las nuevas tierras a ofrecer sus productos para intercambiarlos por los locales sin que la Corona pudiera hacer inicialmente gran cosa para evitarlo. Además de que, conforme el tratado de Tordesillas fue siendo contestado, su imposición por la fuerza fue creando una sensación de agravio en los comerciantes reprimidos que los fue empujando a su vez a tomarse la justicia por su mano, según su propia interpretación de la realidad, y eso alimentó lo que desde el lado español se entendía como piratería. En definitiva, en ocasiones quien llegaba solo con la intención de hacer negocio, acababa convirtiéndose, a ojos de los locales, en un ladrón.

Luego, las guerras que se fueron declarando unos reyes a otros, la mayoría de las veces por cuestiones que no tenían nada que ver con el comercio con las Indias, convertía a este en instrumento u objetivo de la guerra en sí. Es ahí donde la piratería se convierte en corso. Y este se generaliza y se convierte en el factor más importante en el proceso de formación del sistema de la Carrera de Indias.

Las flotas

Cuando hay riesgos notables en la travesía, navegar en conserva, si se da la oportunidad de hacerlo, es tan natural como hacerlo en solitario. La navegación en compañía de otros barcos aumenta el conocimiento náutico del conjunto, es una garantía de disponer de ayuda en caso de accidente, y una forma natural de protección contra los ataques de los enemigos. Eso hizo que desde muy temprano la navegación a Indias y regreso, que como hemos dicho inicialmente se hacía de forma separada por cada barco o pequeña flotilla, se fue convirtiendo en lo que llamamos propiamente la «Carrera de Indias», un sistema de navegación en flota con mayor o menor protección armada dependiendo de las circunstancias. No se debe ignorar, sin embargo, que el sistema de flotas, que hoy llamamos más generalmente «navegación en convoy», no deja de tener sus inconvenientes, derivados de la necesidad de ajustarse a unos tiempos y a unas derrotas que pueden no ser las más convenientes para todos los casos. Además, el sistema de flotas permite una mayor fiscalización de las cargas, con lo que los armadores menos cumplidores con sus obligaciones legales y poseedores de los mejores barcos y las mejores tripulaciones, siempre han tenido la tendencia a navegar con independencia. Naturalmente esta forma de proceder no solo es más arriesgada frente a los elementos, sino que hace más fáciles la piratería y el corso, con lo que en cierto modo los fomentan. Es fama que los navegantes portugueses eran especialmente dados a esta forma de navegación. A su vez, este factor hacía que para la autoridad fuera aún más conveniente el sistema de la navegación en conserva. En cualquier caso, en 1522 ya se hizo la primera navegación a las Indias en flota, que se repitió, ante la insuficiencia de la acción de las diversas escuadras de buques de guerra que se despacharon a combatir a los corsarios, en 1537 y 1540. Y en 1543, debido a la guerra con Francia y al consiguiente acecho de los corsarios de esa nación, se ordenó que nadie navegara a Indias si no era en conserva, debiendo ser al menos diez los barcos que la formaran y que cada uno de ellos tuviera al menos 100 toneladas de porte.

La Casa de Contratación

La Carrera de Indias se dirigió desde la Casa de Contratación, instituida en Sevilla en 1503 al efecto. Era una especie de Ministerio de Marina de la época que en su periodo de máximo desarrollo autorizaba cada expedición –ya fuera puramente comercial o de descubrimiento–, revisaba el estado de los barcos, fiscalizaba su carga, facultaba y designaba a los oficiales, otorgaba títulos, resolvía pleitos y, aparte de otras funciones menores, sobre todo coleccionaba y difundía selectivamente la información cartográfica que se iba recogiendo en cada viaje. Para regirla se redactaron y pusieron en vigor sucesivamente diversas ordenanzas. Las primeras fueron las de 1536, 1543 y 1552. En 1543 parte de su labor –ejercer el monopolio del comercio con las Indias– pasó al

recién creado Consulado de Sevilla, también referido como «Universidad de Cargadores a Indias», pero este era prácticamente una dependencia de la Casa de Contratación (6). Sevilla era también el puerto desde donde salían las flotas que la Casa regulaba, aunque también se autorizaba excepcionalmente a salir desde Cádiz y desde Sanlúcar de Barrameda cuando se trataba de barcos que tenían dificultades para llegar hasta Sevilla, y durante unos años (de 1529 a 1573) se autorizó la salida desde otros puertos castellanos siempre que la llegada se hiciera en Sevilla. En definitiva, a partir de mediados del siglo XVI, la Casa de Contratación sevillana estaba firmemente establecida y tenía, por un lado, la capacidad de trasladar ese establecimiento a la actividad marítima que regulaba, y por otro, el carácter suficiente para sujetar, o tratar de hacerlo, a los diferentes capitanes que la ejercían. Ambas circunstancias tendrán un gran peso sobre las vicisitudes de nuestro protagonista. Terminamos este repaso a lo que era la Carrera de Indias en tiempos de Pedro Menéndez de Avilés señalando que, por orden del 16 de julio del 1561, adoptó la forma en que, con una ligera modificación en las siguientes ordenanzas de la Casa, las de 18 de octubre de 1564, quedó establecida para los siguientes dos siglos de tráfico comercial entre España y las Indias aproximadamente. Esta forma incluía derrotas y fechas muy exactas, que describiremos más adelante cuando tratemos del papel que jugó nuestro hombre en su diseño.

Pedro Menéndez de Avilés en la Carrera de Indias

Como ya hemos adelantado, Pedro Menéndez de Avilés entró en la Carrera de Indias por la puerta grande, como capitán general de una flota, pero después de haber seguido un aprendizaje y una progresión en la profesión marinera muy notable. De este modo, cuando empezó a ejercer el cargo ya tenía ideas muy concretas del negocio. No solo era un bragado combatiente y un capitán experimentado, sino que también había aprendido las reglas del comercio. Con respecto a esto último, conviene aclarar en lo posible la confusión que a menudo se da en cuanto a lo que eran las flotas y lo que eran las armadas, confusión provocada porque la cuestión no estuvo en su momento del todo bien regulada, o las fuentes originales no fueron todo lo estrictas que pudieron a la hora de describir su distinta naturaleza, o ambas cosas a la vez. Inicialmente, las agrupaciones que se formaban eran de barcos mercantes únicamente, lo que constituía una flota. Estos barcos mercantes se armaban más o menos para su propia defensa, lo que en cierto modo les daba un cierto carácter que hoy llamaríamos militar –en aquellos tiempos no había la clara diferencia que hay hoy entre el mundo civil y el militar–, pero ese carácter no era realmente tal. Las agrupaciones de barcos más propiamente de guerra –que a menudo también llevaban carga, aunque solo fueran los caudales– eran

(6) Véase <http://censoarchivos.mcu.es/CensoGuia/productordetail.htm?id=46427>. Consultado el 28 de julio de 2019.

lo que se llamaba «armadas», y unas veces operaban con independencia, atacando a los piratas y corsarios anticipadamente a sus posibles ataques a las flotas, y otras acompañaban a estas. De ahí la denominación, un tanto ambigua, de «flota y armada de la Carrera de Indias» que tan a menudo se lee y se escucha. Incluso las flotas sin escolta estaban mandadas por un capitán general —el que mandaba a los capitanes de los barcos—, sin que eso le convirtiera en un militar en el estricto sentido actual de la palabra. Sí es verdad que, recién salidos de la Edad Media y de sus estructuras feudales, para mandar armadas se requería un mayor grado de nobleza que para mandar flotas, pero al final, dado el dinamismo de aquella sociedad, inmersa en un proceso de desarrollo intensísimo provocado por la necesidad de adaptarse a la «adquisición» del Nuevo Mundo, y en la que no habían fraguado todavía las estructuras que luego dieron lugar a los escalafones que hoy conocemos, en aquel tiempo los capitanes generales de flotas y armadas formaban un cierto *totum revolutum*, o al menos es la primera impresión que se saca cuando se leen las crónicas de la época. También hay que aclarar que el cargo de capitán general, sobre todo en la mar, era normalmente de bastante menos categoría de la que tiene hoy en día. Capitán general fue Magallanes en el viaje de descubrimiento de la Especiería, que acabó en la primera vuelta al mundo, la de Juan Sebastián Elcano, y lo fue de una pequeña flota que hoy llamaríamos «escuadrilla» y cuyo jefe sería un capitán de navío. Las flotas de Indias eran mucho más grandes que eso, pero tenían, como hemos señalado, un carácter muy marcadamente mercante, y por eso gran parte del cargo era lo que hoy llamaríamos un comodoro de convoy. No obstante todo lo anterior, el caso es que, con su experiencia en ambas facetas, civil y militar, de la vida marinera a cuestras, y con demostrada valía como dirigente, Pedro Menéndez de Avilés tenía todo lo necesario, no solo para ser un gran general de la Carrera, sino para ser uno de los artífices de su arquitectura, que entonces estaba por cuajar. A decir verdad, cuando se incorporó a ella, ya había habido varias propuestas de otros marinos para regularla, de las que conocemos las de Álvaro de Bazán el Viejo, hechas entre 1548 y 1549; la de Bernardino de Mendoza el Viejo, presentada en 1548, y las de Andrea Doria y Andrés de Archuleta, realizadas por las mismas fechas (7). Pero su entrada en la Carrera se produjo en un periodo álgido de la necesidad de perfeccionarla, pues 1555 es el año en que el pirata Jacques de Sores, con el navarro Juan del Plan como teniente y Pero Bras, portugués de las Azores, como piloto, ataca y destruye La Habana, una auténtica primicia en la actuación de los enemigos de España en el Nuevo Mundo. El propio Menéndez de Avilés ya había empezado a tomar parte en el proceso, pues con motivo de su viaje a las Indias y de su encuentro con el virrey Velasco de 1552 ya presentó a este un memorial sobre los peligros que representaba la actividad pirática en aquella región, memorial que el virrey envió a la corte.

(7) MIRA CABALLOS, art. cit.

Carácter del nombramiento

Una circunstancia particular del primer nombramiento de Pedro Menéndez de Avilés como general de la Carrera de Indias que merece atención es el hecho de que se lo otorgó Felipe II directamente –según Fernández Torano (8); para Madueño Galán, fue cosa de Carlos I (9)–, caso hasta entonces no visto, pues era atribución que había venido recayendo en la Casa de Contratación. Y lo que fue novedad en el primer nombramiento se convirtió en regla en los siguientes. Aparte de la circunstancia de que para 1554, año de su primer nombramiento, Pedro Menéndez, merced a sus servicios, ya se había convertido en un oficial de confianza de la Corona en general y del príncipe Felipe en particular, las razones de tal proceder hay que buscarlas en dos factores, a saber: el primero es que Felipe, como tantos dirigentes primerizos, debió de querer hacer las cosas a su modo, y por ese camino afianzar su autoridad; el segundo, quizá más importante pero en todo caso enlazado con el precedente, era la continuación de la lucha más o menos soterrada –al menos a juzgar por lo que se cuenta del asunto en la historiografía actual, que es más bien poco– entre las ciudades involucradas en el comercio marítimo. La Casa de Contratación había sido establecida en Sevilla, sí, pero Burgos, cabeza del comercio con los reinos del Atlántico norte, particularmente con los Países Bajos, no cejó fácilmente en su intento por disputarle a la capital andaluza, a la que debía de considerar una advenediza en cuestiones comerciales, todas las parcelas de negocio que pudo. Esta pugna es la que explica que fuera Burgos la capital donde se manejaron muchos de los entresijos de la expedición de Magallanes y, precisamente por eso, en cuanto regresó Juan Sebastián Elcano, se estableció una Casa de Contratación en La Coruña para el tráfico de especias, que no en vano se distribuían por Europa a través de Amberes. Pero, fuera como fuese, el caso es que aquel nombramiento no sentó nada bien entre los oficiales de la Casa sevillana. Quede esto aclarado por lo que afecta a las tormentosas relaciones entre estos y nuestro protagonista, que describiremos más adelante.

Forma de actuar de Pedro Menéndez de Avilés

La independencia de criterio y la liberalidad con que Pedro Menéndez de Avilés actuó en todos los órdenes de la vida, especialmente como marino al servicio del rey, se vio también reflejada en su función en la Carrera de Indias –en esto, el británico Nelson no fue sino un tardío pupilo de don Pedro–. Así, en casi todos los viajes que realizó al mando de las flotas cumplió las órdenes de forma muy diferente de como se le dieron. En el viaje de 1556 regresa en

(8) FERNÁNDEZ TORANO, Antonio: *Pedro Menéndez de Avilés. Señor del Mar Océano, adelantado de la Florida*. Edaf, Madrid, 2018.

(9) MADUEÑO GALÁN, ob. cit.

otoño, cuando se le había ordenado invernar en las Indias. En 1562 hace lo contrario: retrasa la vuelta para terminar de hacer operaciones comerciales que no había concluido en el tiempo previsto. Por fin, en 1563 lo que retrasa es la salida de Sevilla, esta vez aceptando sobornos de los comerciantes, interesados en la dilación. En fin, toda una panoplia de desacatos de quien gozaba del apoyo de una instancia superior a la propia Casa de Contratación.

Problemas con la Casa de Contratación

Las relaciones de Pedro Menéndez de Avilés con la Casa de Contratación fueron ciertamente difíciles. Si todo se debió solo al hecho de que el primer nombramiento como capitán general de la Carrera fue en términos prácticos una intromisión real en los negocios de la casa, como apuntan tanto Fernández Toraño como Madueño Galán (10), o si se debió a la forma particular y libre con que interpretaba las órdenes recibidas, no se puede saber, o al menos no es fácil dilucidarlo. El caso es que desde el principio nuestro protagonista tuvo problemas muy serios con ella. Ya en el primer viaje como capitán general, el de 1555, fue detenido por faltas contra la Hacienda incluso antes de partir para América. Si hemos de fiarnos de lo que nos cuenta, por ejemplo, Fernández Toraño (11), a quien vamos a utilizar como referencia en lo que se refiere a esta parte de la vida de don Pedro, habiendo salido de Sevilla en el mes de octubre, algunos de los barcos recalaron en Cádiz inmediatamente después de salir de Sanlúcar. El representante de la Casa de Contratación en ese puerto aprovechó la circunstancia para hacer una inspección, de resultados de la cual Pedro Menéndez quedó retenido y la flota partió al mando de su hermano Álvaro Sánchez de Avilés. Sin descartar que ese factor pudiera haber jugado su papel, pensar que tal actuación fue debida solamente a los celos de los oficiales de la Casa de Contratación nos parece un tanto cogido por los pelos y, siendo su primera navegación al mando de las flotas, no es tampoco creíble que se debiera a quejas acerca de su forma de proceder. Hemos de concluir por tanto que lo más probable es que, al menos a los ojos de la Casa de la Contratación, don Pedro u otras personas bajo su responsabilidad habían cometido irregularidades relacionadas con el comercio a Indias. Abunda en esta interpretación el hecho de que resultaron «implicados en la trifulca Francisco Durarte, factor de la Casa y el licenciado Quevedo, alcalde mayor de la ciudad de Cádiz», además de Pedro del Castillo, quien había embarcado mercancías en la flota. Liberado y habiendo regresado con la flota que mandó al año siguiente, fue detenido de nuevo, esta vez directamente acusado de «haber traído cochinilla y azúcar, por valor de 500.000 ducados, sin haberlos asentado debidamente en el Registro de partida del puerto correspondiente», y de haber «transportado pasajeros

(10) Obs. cit.

(11) Ob. cit.

camuflados de soldados, a los que, lógicamente, habrían cobrado el pasaje». Solo se libró de la condena que le impuso la Casa de Contratación en apelación al Consejo de Indias. Según sus propias quejas, formuladas en memorial dirigido al rey en 1561-1562, todo esto era por inquina de los oficiales de la Casa de Contratación contra su persona, entre otras cosas por sucesos como aquel en el que él les recriminó el uso indebido del estandarte real que portaban como signo de autoridad, y que él les arrebató según cuenta en una carta posterior al propio rey del 15 de septiembre del 1563. Una vez más, puede ser que esos roces tuvieran algo que ver con la persecución que sufrió, pero se hace muy difícil pensar que todo era debido a celos y no también a auténticas transgresiones de la ley, a los ojos de aquellos oficiales, por parte de don Pedro, porque las acusaciones fueron muy graves. Además, el hecho se repite demasiado para considerar que la Casa de Contratación actúa de forma aviesa. Al regreso de las Indias con la flota del 1562, ya en 1563, es detenido de nuevo bajo acusación de contrabando, y esta vez pasa veinte meses en la cárcel, hasta que por fin la intervención real lo pone en libertad, no sin haber dejado, como en ocasiones anteriores, más dinero en el proceso de lo que había recibido como salario en pago de sus servicios como capitán general. Añádase que, a partir de 1560, al menos utiliza sus propios barcos para la guarda y custodia de las flotas, cobra fletes y transporta pasajeros por dinero, convirtiéndose así en un comerciante más. Lo importante de toda esta cuestión, para lo que nos interesa explicar más adelante, es que nuestro hombre, fuera más o menos honrado y más o menos injustamente perseguido por quienes tenían que perseguir los delitos económicos en la Carrera, no solo era un buen marino y un buen militar, sino que conocía bastante bien las trampas del negocio del comercio marítimo.

El memorial de 1556

Hemos visto hasta aquí cómo Pedro Menéndez era un hombre resuelto y muy experimentado, tanto en las cuestiones navales en general como en las del comercio marítimo en particular, y hemos visto cómo desde el principio de su actuación como capitán general de la Carrera de Indias tuvo problemas con la Casa de Contratación, por su diferente manera de interpretar órdenes y reglamentaciones. Todo eso explica perfectamente por qué tuvo además una importante labor en el diseño mismo de la Carrera de Indias, aspecto de su vida profesional que comenzó a manifestarse cuando, ya con motivo de su primer mando completo en ella, el de 1556, elevó un memorial sobre cómo debería organizarse y conducirse. Lo cierto es que en ese memorial no propone realmente nada nuevo pero, como nos explica Mira Caballos (ob. cit.), sí recoge y sistematiza lo que ya se había dicho por los citados Bernardino de Mendoza y Álvaro de Bazán. Señala la conveniencia de que las flotas anuales se dividan en dos al llegar a las Indias, la una con destino a Tierra Firme –lo que hoy son las costas del sur del Caribe– y la otra a Nueva España, pero esto



Ilustración 1. Vientos y corrientes dominantes en el Atlántico, y derrotas veleras de castellanos y portugueses.

es lo que ya se venía haciendo, en concreto desde la flota que salió de Sevilla en 1544 a las órdenes de Cosme Rodríguez Farfán.

Dado que este memorial coincide con mucho de lo que se estableció como regla en 1564, conviene pararnos un tanto y poner atención a cómo se debió de desarrollar este proceso de generación de un sistema de flotas en el que los tiempos y los espacios tenían una definición muy concreta y particular.

El principal armazón del sistema era la derrota general de ida y vuelta a las Indias que hacían las flotas, la cual venía marcada por la circulación general de los vientos –y la consiguiente de

las corrientes– dominantes en el Atlántico. Esta circulación –reflejada muy esquemáticamente, con líneas de puntos y flechas blancas, en la ilustración 1– consiste en que, en el hemisferio norte, los alisios soplan hacia el oeste desde las Canarias al Caribe, y las borrascas que se generan en el norte de América van hacia el este por latitudes que de media están en los 40 grados, y en el hemisferio sur lo mismo, pero en sentido contrario. Es decir que para ir a América los barcos de vela de la época tenían que bajar a Canarias, atravesar el Atlántico con rumbo sustancialmente oeste, y recalar en las islas de Barlovento. El regreso debía hacerse más al norte, recalando primero en Azores y más tarde en San Vicente, todo ello con vientos favorables. Es básicamente la ruta que utilizó Colón en sus cuatro viajes, y es la ruta que siguen los veleros que van y vienen hoy en día de Europa a América –y que es, aproximadamente, la que se indica en amarillo en la mencionada ilustración 1–. Por la misma razón, los portugueses –recuérdese el reparto de Tordesillas– seguían, para doblar África en su camino hacia la India y para hacer el viaje de regreso desde ese punto, la que está marcada en rojo, la misma que se utiliza hoy en día navegando a vela, como hacen por ejemplo en la regata *Vendée Globe* de vuelta al mundo en solitario. La navegación en el Caribe y el golfo de México respondía a características meteorológicas menos estables, y por tanto la división de las flotas al llegar al Caribe, una al sur, hacia Tierra Firme, y la otra al oeste, hacia Nueva España pasando por las Antillas Mayores, venía ya más impuesta por la necesidad de ir lo más directo posible a los puertos de destino, dentro de mantener en un grado determinado las ventajas de la agrupación defensiva y de apoyo que conlleva navegar en conserva.

El siguiente parámetro a considerar era las fechas más idóneas de los viajes dependiendo de la meteorología. A este respecto, dos fenómenos meteorológicos entraban en juego: los vendavales de invierno en el Atlántico este, y

los huracanes del Trópico. Los primeros son sustancialmente invernales, y en cambio los segundos se dan más entre final de verano y principio de otoño, siendo los peores meses los de agosto y septiembre. Para evitar los huracanes, claramente el fenómeno meteorológico más peligroso, era necesario llegar al destino no más tarde de julio o no antes de octubre. Para la travesía a Tierra Firme, uno o dos meses más corta que la de Nueva España, se podía salir de España entre agosto y octubre, y llegar pasada la época de los huracanes sin haber sufrido tampoco el invierno. Para la travesía a Nueva España, que podía durar fácilmente entre cuatro y cinco meses, se podía salir en enero, antes de los vendavales, y si la navegación era buena, ya en mayo o junio se podía haber completado el viaje. También se podía salir en abril, habiendo evitado los vendavales, y llegar al destino antes de la época de los huracanes. Lógicamente esto tenía el inconveniente de que obligaba a enviar desde España dos flotas distintas, cada una con su armada de escolta si era en tiempo de guerra. Ambas flotas convergían sobre La Habana para reunirse y empezar el regreso juntas en marzo o abril, a fin de cruzar el Atlántico durante el verano, esperando estar en las Azores en agosto y en Sanlúcar en septiembre, poco más o menos.

Antes de aprender lo explicado en el párrafo anterior, que requirió una cuidadosa observación de la meteorología del Nuevo Mundo, desconocida lógicamente antes del Descubrimiento, aceptado que había que navegar en flota, se intentaba enviarlas con mucha frecuencia. Hasta una flota mensual se llegó a pensar en enviar a las Indias. Luego, la realidad se impuso y la frecuencia con que se enviaban barcos y luego flotas se fue reduciendo. Al final, la realidad se imponía, y la meteorología y la economía de medios impusieron unas estrechas ventanas temporales para la partida de las flotas, con lo que solo se mandaba una a cada uno de los destinos principales, Tierra Firme y Nueva España.

Los barcos que hacían la Carrera necesitaban también una reglamentación. Puede parecer a simple vista que los barcos, una vez en la mar, sirven igual para un sitio que para otro, como se puede deducir por ejemplo del hecho de que la nao *Victoria*, construida en el Cantábrico, aguantó un viaje de tres años de duración que dio la vuelta al mundo cruzando los tres océanos principales del globo, pero se puede decir que, a pesar de su duración, esa fue una empresa breve comparada con la edad que podía entonces alcanzar un barco en servicio. Cuando de lo que estamos hablando es de que un barco navegue en permanencia en un océano extraño al de su nacimiento, se ve que no siempre se adapta. El principal problema de los barcos europeos trasladados al Nuevo Mundo, en particular en las aguas tropicales del Caribe y el golfo de México, era el efecto destructor de la broma sobre los cascos. Tal era el daño que les producía que los armadores solían enviar a las Indias barcos viejos, para que la pérdida no fuera muy dolorosa si resultaban inutilizados. Esto a su vez provocaba que en muchas ocasiones el barco hacía el viaje de ida y no el de vuelta —un buen indicio, por cierto, de que se transportaban muchas más mercancías del Viejo al Nuevo Mundo que al revés—. Además, aunque se



Ilustración 2 Sistema de la Carrera de Indias a partir de 1564

exigía, como ya hemos dicho, un tonelaje mínimo, también se hacía necesario limitarlo, para evitar barcos que no pudiesen entrar en los puertos con menor calado, lo cual incluye los que se encontraban emplazados en las desembocaduras de ríos.

Podemos citar por último la cuestión del mando. Obviamente hacía falta una persona al frente de la flota, cosa que correspondía al capitán general ya mentado. Su barco, la nao capitana, iba delante de todos los demás, abriendo camino y asegurando que nadie se adelantaba. Pero también falta un segundo en el mando que estuviera listo para sustituir al capitán general si este, por la razón que fuera, no podía seguir. Está pendiente de aclarar por qué se adoptó para ese cargo no la denominación más lógica de teniente general, sino la de almirante, que todavía se usaba para el título nobiliario en que se había transformado el cargo de jefe de todas las armadas del reino durante el bajo medioevo, pero en definitiva esa es la denominación que se le dio. La nao almiranta navegaba cerrando la conserva, asegurando que nadie se retrasaba –o, al menos, ayudando a quien no podía evitar hacerlo– y avisando al capitán general de tal contingencia, para que redujera su marcha o tomara las medidas que correspondiese tomar. Además de las funciones normales del segundo en el mando, cuando la flota se dividía el almirante se hacía cargo del mando de la parte que no seguía al capitán general.

Volviendo al memorial de Menéndez de Avilés, este contenía medidas como las descritas o muy parecidas, fruto desde luego de su experiencia como marino. Propuso sobre todo que hubiera dos flotas anuales, una con salida en abril y la otra en octubre. Además, considera suficiente, en tiempo de paz, el armamento de los propios mercantes, reservando el uso de costosas armadas de

protección para la guerra, cosa que es bastante lógica. Al final, la ordenanza de 1564 estableció que las flotas saldrían en abril (la de Nueva España) y en agosto (la de Tierra Firme), y fijaba la salida para el regreso a España en La Habana en abril. Las derrotas a seguir son las marcadas en la ilustración 2, donde se marcan en rojo las zonas en que se producía el mayor peligro de ataques de piratas –en blanco se apuntan las rutas del Pacífico, la del Galeón de Manila y la del Perú, a pesar de que son en su mayoría posteriores al tiempo de Pedro Menéndez de Avilés en la Carrera de Indias–. El resto de la ordenanza de 1564 coincide muy estrechamente con lo propuesto por Pedro Menéndez, y por ello hay que deducir que su propuesta tuvo que estar como mínimo en la base del sistema adoptado.

Concluimos con ello este breve repaso a lo que fue la actuación de Pedro Menéndez como general de la Carrera de Indias, una actuación polémica, interpretada por su autor según su estilo personal, con gran independencia de criterio, y que dejó una huella muy significativa en su forma final.

Bibliografía adicional

LAVIANA CUESTOS, M.^a Luisa: *La organización de la Carrera de Indias, o la obsesión del monopolio*.

CONFLICTOS RELIGIOSOS EN EUROPA

LOS HUGONOTES Y PEDRO MENÉNDEZ DE AVILÉS

Magdalena de Pazzis PI CORRALES
Universidad Complutense de Madrid

Han sido muy numerosos los grandes marinos que han formado parte de la historia de España. Uno de ellos, Pedro Menéndez de Avilés, fue comandante de escuadras y flotas por Europa y en la Carrera de Indias, marino y militar de sólida preparación que protagonizó algunas de las grandes gestas navales españolas. Este año se ha celebrado el quinto centenario de su fallecimiento, que ha sido motivo de numerosas actividades académicas, científicas y divulgativas. En esta ocasión, y dentro de las Jornadas de Historia Marítima que el Instituto de Historia y Cultura Naval realiza anualmente, tuvo lugar en la ciudad de Avilés la sexagésima tercera edición, con varias conferencias en la que se inserta esta, un tributo que la Armada ha querido dedicar a su recuerdo y a su gran legado cinco siglos después.

Pero este insigne marino también ha sido objeto de polémica, al ser protagonista de la matanza de hugonotes que protagonizó en tierras americanas cuando era adelantado de la Florida. En este artículo se va a analizar este hecho en el contexto en el que tuvo lugar, un siglo convulso en el seno de la Iglesia católica. Y para ello se va a trazar una panorámica de las distintas confesiones religiosas que surgieron en toda Europa desde finales del siglo xv, para explicar a continuación y someramente lo que fueron los conflictos religiosos en Europa, con particular atención a las guerras religiosas en dominios franceses, así como la presencia de los hugonotes en tierras americanas, y describir, por último, el enfrentamiento entre Pedro Menéndez de Avilés y el hugonote Jean Ribault, así como sus postreras consecuencias.

El siglo xvi fue testigo de la aparición de un conjunto de reformas en la Iglesia católica que sacudieron sus cimientos, cuestionaron sus dogmas, discutieron su proceder y actitudes en un momento en el que los países europeos se

disputaban la hegemonía en Europa. En efecto, la bula *Intercaetera*, promulgada en 1493 por el papa Alejandro VI, consolidada luego por el tratado de Tordesillas al año siguiente (1494), aseguraba el reparto de las nuevas tierras recién descubiertas y por descubrir a partir de una línea imaginaria que pasaba a algo más de 1.500 millas (300 leguas) al oeste de las islas de Cabo Verde. En virtud de la decisión papal, Serían Castilla y Portugal las que se repartirían lo descubierto y lo ignoto, circunstancia por que Francia se sintió especialmente afectada. A este clima de confrontación diplomática y militar entre las dos potencias europeas del momento, la Monarquía hispánica de los Habsburgo y la Francia de los Valois, se añadió pronto la tensión política generada en territorio francés por el avance del protestantismo de la mano de los llamados «hugonotes», los calvinistas de Francia.

España y Francia fueron rivales hasta que el siglo XIII las unió con los pactos de familia entre ambos reinos y el hecho de compartir una misma dinastía, la Casa de Borbón. Durante el XVI, Francia vivió en su seno unas guerras religiosas que habrían de asolar sus territorios. Y España, como defensora y adalid del catolicismo, apoyó la causa católica, aportando dinero y material humano en esos conflictos. Para los franceses, España era un país de amigos para algunos, pero de detractores para otros, en función del bando que apoyaran. Un gentilhombre y aventurero francés, escritor y viajero también, que participó en incontables hechos de armas, Pierre de Bourdeville, señor de Brantôme (1537/40-1614), en su libro *Bravuconadas de los españoles* (1), incluyó un sinfín de las más divertidas anécdotas históricas en las que se vieron implicados los españoles de la España imperial de los siglos XVI y XVII en su relación con los franceses. Se decidió a escribir esta joya tras quedar postrado en una silla debido a una desgraciada caída de su caballo. La obra se compone de una sucesión de anécdotas de todo tipo que el autor recopila de memoria, unos hechos más bien mundanales, ocurridos durante su vida e inmediatamente anteriores, en los que hay algunas anécdotas del Gran Capitán. Con el término de «rodomontadas», el autor se refiere a las fanfarronadas, bravuconadas, baladronadas, chulerías, fantasmadas y alusiones ingeniosas que mostraban los orgullosos españoles a lo largo y ancho de Europa, África y

(1) Los poemas de este autor se imprimieron por vez primera en España en 1881. La edición de este libro, en concreto, ha sido traducida y densamente comentada por Pío Moa, que traduce por «bravuconadas» el término original, *rodomontades*, que utiliza el señor de Brantôm (*Rodomontades espaignolles*). A través de tales acciones y gestas se plantea la cuestión clave: ¿cuál es la verdad de aquella España imperial cuyas acciones, hoy todavía, sobre todo entre nosotros, llevan la marca infamante de la «leyenda negra»? Esta cuestión es la que se formula el historiador Pío Moa, comentando, ilustrando y analizando los diversos hechos históricos que constituyen la trama misma del libro, que se ha convertido en una obra de primer nivel y de extraordinario valor para conocer las costumbres de la época, muy apreciada por los historiadores.

el Mediterráneo. Bourdeville sentía una gran admiración por todo lo español, especialmente por los soldados de los Tercios, contra los que luchó y con los que tuvo mucha relación en lugares tan dispares como España, Italia, Francia y Flandes. Y en ningún momento deja de declarar su admiración por el país y por sus soldados. Fue una de las fuentes que han explicado mejor la relación entre las dos coronas.

Para la propaganda francesa hay dos hitos fundamentales que ponen de manifiesto la animadversión que sintieron hacia los habitantes del país vecino: la matanza de hugonotes por parte de Menéndez de Avilés en la Florida y, tras la batalla de la isla Tercera en 1583, la ejecución ordenada por Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, de 80 gentilhombres y 313 marineros y soldados. Dos hechos que no están en el primer plano de la «leyenda negra» pero que, sin duda, marcaron su vida, impidiéndole que fuera reconocido su papel crucial en la Historia que se ganó en vida (2). Trataremos de explicarlo a lo largo de estas páginas, pero más adelante; por ahora seguiremos conociendo las razones de la irrupción en Europa de las manifestaciones reformadoras.

La situación de la Iglesia y el ambiente de reforma

La Iglesia y sus representaban llegaban a la edad moderna desde finales de la baja Edad Media en una Europa en la que se vivía un clima general de inquietud religiosa, centrada en el problema de la salvación y el significado del pecado: ¿qué hacer para salvarse? La Iglesia no daba respuestas para ello y, frente a un Dios justiciero y lejano, se multiplicaban las devociones a la Virgen y a los santos, con proliferación de reliquias, rosarios, devociones y compra de indulgencias. En general, mientras las élites intelectuales buscaban respuestas en la corriente humanista, individualista e interior, la religiosidad popular ensayaba distintas formas de superstición. En este periodo aumentaron los aquelarres, el recurso a la brujería, a la magia y a la nigromancia, buscando los feligreses el consuelo que la Iglesia era incapaz de proporcionarles. También se incrementaron las lecturas piadosas y las peregrinaciones (a Roma, a Santiago de Compostela y a Jerusalén), y hubo profusión de sermones, libros píos y lecturas de hagiografías.

Existía una decadencia general de la Iglesia y una falta de reforma en la cabeza y en los miembros. El desgaste que supuso para el Papado el eterno conflicto con el Imperio desde el siglo XIV, su periodo de Aviñón y el Cisma de Occidente (1378-1417), abocaron a unos pontificados con muy

(2) CERVERA MORENO, César: «Menéndez de Avilés, el aguerrido español que fundó contra viento y marea la ciudad más antigua de EEUU», *Abc Historia*, 25 de marzo de 2019.

mala fama, secularizados, nepóticos y muy ricos, más interesados en perseguir sus propios intereses que en su función pastoral; el alto clero secular tenía escasa preocupación pastoral y era muy absentista; los párrocos, de costumbres muy relajadas, manifestaban escasa preparación y casi nula vocación; y el clero regular, alejado de su espíritu primitivo e incumplidor de sus votos, estaba en decadencia, con muchos conventos al borde de la miseria frente a otros que acaparaban señoríos y rentas. Así pues, el nepotismo, la simonía, la desidia moral, el bajo nivel de preparación entre el bajo clero y el absentismo del alto eran los grandes males de la Iglesia de la época.

A todas luces se hacía necesaria una reforma del clero en sus diferentes niveles. Y esta reforma iba a ser emprendida a partir de entonces por varias instituciones con diversos grados de éxito. Algunos pontífices intentaron encabezar ciertos intentos reformadores. El más importante fue el V Concilio de Letrán, celebrado en la basílica de San Juan de Letrán, en Roma, en doce sesiones entre el 3 de mayo de 1512 y el 16 de marzo de 1517 que, de hecho, no atacó los problemas fundamentales y más graves. Es cierto que León X había convocado a los representantes de los Estados cristianos de Occidente a fin de deliberar sobre la reforma de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros, así como sobre la lucha contra la herejía y el cisma. Por otro lado, también las monarquías autoritarias emergentes iban a encabezar un programa de reforma que habría de afectar al clero nacional: fueron los primeros síntomas de regalismo y de la formación de las llamadas «Iglesias nacionales». El éxito más rotundo en España fue el del cardenal Cisneros y los Reyes Católicos, aunque también es destacable la acción de Luis XII y los sucesivos monarcas que le siguieron en el trono de Francia.

Dentro de esta necesaria reforma, hay que destacar las actitudes que defendían la necesidad de cambio y transformación dentro de la propia Iglesia. Las más importantes afectaron a las órdenes religiosas, bien con la fundación de nuevos institutos (jerónimos, paúles, ursulinas, etc.), bien a través de la renovación de los tradicionales (observancias y un poco después recolecciones y descalcez). Además, hay que enfatizar las nuevas corrientes espirituales conectadas con el humanismo, que devendrían en los futuros movimientos místicos, sobre todo en los Países Bajos y el Sacro Imperio Germánico. De ellas, la más importante fue la *devotio moderna*, que defendía el desarrollo de la oración mental, la unión con Dios, la lectura atenta de la Sagradas Escrituras, la imitación de Cristo y una menor ceremonia. En esta corriente se formó un numeroso grupo de intelectuales religiosos del centro de Europa, entre ellos Erasmo de Róterdam y el propio Martín Lutero, que combinaron misticismo, individualismo, inquietudes religiosas, búsqueda de respuestas al problema de la salvación y deseos de reformar la Iglesia, sobre todo en sus aspectos más externos (clero, liturgia, enseñanza, formas de religiosidad...)

Martín Lutero y el luteranismo

La amalgama de todos estos contenidos concluyó en dos soluciones contrapuestas: por un lado, la doctrina luterana; por otro, el humanismo cristiano, que se mantuvo fiel a la ortodoxia católica, aunque criticó duramente a la jerarquía eclesiástica. De esta manera, hacia 1510 el mapa religioso de Europa se hallaba en plena efervescencia, con aspiraciones hacia una religión más sencilla, comprensible y directa que diera soluciones concretas a las preguntas básicas que se hacían los hombres. Y fue entonces cuando apareció Lutero (1483-1546), el hijo de una familia acomodada, con estudios en los Hermanos de la Vida Común, una organización religiosa cuyos miembros buscaban una forma de entrega y santificación en el mundo desde el laicado, aunque también había clérigos entre ellos.

Cuando el 31 de octubre de 1517 este fraile agustino colgó sus 95 tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg (Sajonia, Alemania), poco habría de imaginarse que aquel gesto estaría destinado a cambiar la fisonomía religiosa y política del continente europeo. Lutero perseguía con ello abrir un debate sobre el uso y abuso de las indulgencias, una práctica penitencial de origen medieval que nunca había contado con una aceptación total, pero que la Iglesia reanudó a comienzos del siglo XVI para sufragar los gastos de la construcción de la basílica de San Pedro. El agustino no pretendía en ningún caso fundar una nueva Iglesia, sino que manifestaba su preocupación por el estado de la suya, la católica, la ortodoxa romana, la única que él conocía. La acción de Lutero debe entenderse en el marco anteriormente descrito: en los deseos de reforma eclesial y de simplificación y renovación espiritual que se dieron en el paso del siglo XV al XVI y que no se circunscribían al escenario alemán, sino que brotaban por toda la cristiandad europea, incluyendo España.

La doctrina de Lutero se resume en tres grandes principios: 1) la justificación por la fe, que es la base de su doctrina, la respuesta hallada para la salvación. Lutero se da cuenta de la absoluta nulidad del hombre frente a Dios y de la incapacidad del ser humano para imitar a Cristo. Cree que el único remedio es abandonarse a la voluntad divina, porque nada de lo que haga el hombre puede afectar a su propia salvación. La doctrina está en la Carta a los Romanos de san Pablo, en la que Dios no juzga a los hombres por sus obras buenas o malas, porque desde el pecado original el hombre está contaminado y siempre tiende al pecado (es malo por naturaleza). Solo Cristo salva a través de sus méritos en la cruz, y con la sola fe en él el hombre se puede salvar. 2) Defiende la no intermediación de la Iglesia, la comunión directa con Dios. Para él, la única fuente de fe son las Sagradas Escrituras, no la interpretación que se hace de ellas. 3) Admite la validez de dos sacramentos: bautismo y eucaristía (consustanciación frente a la transustanciación de la Iglesia católica). No son necesarias las instituciones para interceder ante Dios: ni Iglesia, ni clero, ni santos, ni cultos mediáticos; es defensor de la

abolición de los votos y del rechazo a la autoridad del Papa y de los concilios reunidos por él.

Testigo directo de la guerra de los caballeros y de la de los campesinos contra la política centralizadora de Carlos V, en la búsqueda de una mejora en su situación social y económica, defendió igualmente la superioridad de la autoridad civil sobre la religiosa.

En 1530, la Dieta de Augsburgo aprobó la *Confesio*, considerada la declaración de principios de la fe luterana. Unos años después, el Emperador estableció la Paz de Augsburgo, con la que se manifestó su fracaso en la política de *universitas christiana* que había intentado imponer en el Imperio. En ella quedó admitida la libertad de culto y conciencia para los príncipes imperiales, que quedó recogida en la frase *cuius regio eius religio* (cada príncipe podía elegir en su principado la religión que quisiera).

Los seguidores de Lutero se llamaron pronto luteranos o protestantes. No obstante, se ha generalizado el uso de este segundo calificativo para englobar en él a todos los reformadores, y debe tenerse en cuenta que, realmente, la palabra «protestante» debe achacarse a los luteranos, pues estando convocados en la Dieta de Spira en 1529, los príncipes seguidores de Lutero *protestaron* por lo acordado. También se sitúa el origen de ese calificativo en la protesta luterana y su resistencia a los edictos imperiales en general.

Los calvinistas o hugonotes

Según algunos autores, el término proviene del vocablo helvético-alemán *eidgenossen*, que quería decir «confederados», en referencia a las ciudades y a los cantones suizos y, en particular, a Ginebra. Otros vinculan el nombre a los súbditos de un fantasma que aparecía en Tours. Los protestantes de esa ciudad solían congregarse de noche en un local próximo a la puerta del Rey Hugo, a quien el pueblo tenía por un espíritu. Y, como un fraile hubiese dicho en su sermón que los luteranos habían de llamarse hugonotes, el apodo se hizo popular desde 1560, y así se identificó por hugonotes –del rey Hugon o Huguet de Tours– a aquellos discípulos de un espíritu de las tinieblas porque solo se reunían de noche. Así nacerían los hugonotes o calvinistas franceses.

Juan Calvino (1509-1564) fue un clérigo humanista y culto que no desarrolló por sí mismo nada nuevo, pero tuvo el mérito de organizar, en su famosa *Christianae Religionis Institutio* (Basilea, 1536), todas las ideas que hasta entonces habían desarrollado Lutero y Zwinglio, clérigo artífice de la reforma suiza. Considerado el segundo gran reformador de la Iglesia y de la doctrina cristiana, se convirtió muy pronto al protestantismo y tuvo que abandonar París, predicando enseguida por el norte de Italia y Suiza (Ginebra). Estaba convencido de que Dios le había elegido para cumplir una misión. Aunque fue expulsado de este último lugar, sus autoridades le llamaron más tarde a partici-



Las confesiones religiosas en Europa en el siglo XVI. Fuente MARTÍNEZ RUIZ, Enrique; GUTIÉRREZ CASTILLO, Arturo, y DÍAZ LOBÓN, Eduardo: *Atlas Histórica. Edad Moderna*, Madrid, 1986, p. 28

par en el gobierno activo de la ciudad según su doctrina. Desde 1541 Ginebra, gobernada por su nuevo pastor, Calvino, se convirtió en la «nueva» Roma.

Los postulados religiosos y políticos de los calvinistas guardan mucha similitud con los de los luteranos (la salvación se alcanza por la fe, de nada valen las buenas obras) y los anabaptistas, a los que unieron su propia reflexión, que se extendió también en Francia. Su doctrina parte de la trascendencia divina y de la maldad humana; preconiza la supremacía de las Sagradas Escrituras; niega la tradición de la Iglesia, y defiende la justificación por la fe y la no admisión de los sacramentos (solo bautismo y comunión simbólica), ni del clero o los intermediarios ante Dios. No acepta la presencia real de Cristo en la eucaristía y, por tanto, defiende la consustan-

ciación de Lutero. Para los calvinistas, las buenas obras son por respeto y adoración a Dios.

Su novedad más significativa es el desarrollo de la teoría de la predestinación. Calvino consideraba que, desde la eternidad, Dios había elegido a unos para salvarse y a otros para condenarse. Y, aunque las obras no contribuían en nada a nuestra propia salvación, sí servían para dar gloria a Dios, por lo que era conveniente realizar obras buenas para demostrarle nuestro respeto y admiración. Es más, las mismas obras eran ya una señal de que Dios daba a los hombres un futuro eterno, de tal modo que quien obraba bien podía estar seguro, en cierto sentido, de que era uno de los elegidos para la salvación. Esta certeza de ser uno de los elegidos daba al hombre la seguridad de la protección divina, lo que entroncaba directamente con el Antiguo Testamento y la tradición hebraica. Con esta teoría quedó sancionada la dignidad del trabajo, poniendo las bases de la religión elitista de desprecio a los pobres, muy típica del siglo XVII.

Calvino, al contrario de lo que defendía Lutero, abogó siempre por la supremacía de la Iglesia sobre la autoridad civil, que debía respetar y proteger a aquella para dar consuelo a los creyentes, procurando la implantación del reino de Dios en la tierra, castigando a los pecadores y premiando a los buenos. El suyo era un Estado teocrático donde no había diferencias entre eclesiásticos y laicos, organizado en los llamados ministerios, una férrea organización que velaba por la disciplina y obediencia a la doctrina: ministerio de la palabra y los sacramentos, ejercido por los pastores; ministerio de la doctrina, practicado por los doctores; ministerio de la caridad, encabezado por los diáconos; ministerio de la corrección, desplegado por los laicos ancianos, que tenían a su cargo la vigilancia de las costumbres y la piedad. Todas las semanas se reunían en un consistorio los pastores y los ancianos, escuchando las denuncias que presentaban los fieles y emitiendo sentencias, que podían ir desde una multa hasta la pena de muerte. Superpuesto a la autoridad civil, como ya hemos señalado, este consistorio acabó por reglamentar hasta lo más pequeño.

Otras reformas

Hubo otras reformas que convulsionaron el panorama religioso de entonces, como la anabaptista, la zwingliana y la anglicana, y se incluyen en este apartado, no por ser de menor repercusión —esta última provocó un cisma—, sino por considerarlas de menor relevancia en el tema que tratamos.

El anabaptismo, defendida por predicadores místicos (Andreas Carlstadt, Thomas Müntzer), a quienes seguían obreros y campesinos, creía en el inicio de una nueva era en la que el poder y las riquezas serían para los humildes. Constituyó un grupo muy representativo de la Reforma radical. Al modo de

los iluministas medievales, sus defensores creían en el fin del mundo, el juicio final, el apocalipsis y la presencia constante del Espíritu Santo. En sus postulados rechazaron toda autoridad laica y eclesiástica, defendiendo la igualdad natural de los hombres y la necesidad de vivir en comunidad de bienes. Proclamaron la necesidad de un segundo bautismo («anabaptismo»: voz de origen griego formada por el prefijo *ana-* [nuevo] y *baptismós* [bautismo], signo externo de la nueva fe).

Con centro en Múnster, se propagó por toda Alemania, la Baja Sajonia y Holanda. El anabaptismo perduró y siguió vigente en sectas como los menonitas (de Menno Simons, sacerdote católico de Frisia [Países Bajos]), los cuáqueros (que abogaban por la no violencia), y otros.

La Reforma en Suiza fue resultado, en parte, de su situación política. Suiza sostenía una guerra de más de dos siglos contra Austria para defender su libertad, y sus habitantes buscaban la independencia del vasallaje, luchando muy a menudo como mercenarios de otros países. El hombre que habría de dirigir la reforma, Ulrico Zwinglio, fue testigo, como capellán de las tropas suizas, de las guerras de Italia, y allí se convirtió en enemigo del servicio militar en el extranjero, comenzando muy pronto a fraguar sus ideas. En 1519 consiguió que el Consejo de Zúrich prohibiera la entrada al predicador de las indulgencias; disputó seguidamente con católicos acerca del culto a los santos, la misa y la liturgia a las imágenes, y defendió la abolición del celibato eclesiástico. Zwinglio no conoció a Lutero ni lo leyó, pero llegó a conclusiones parecidas. La diferencia fundamental con la religión católica radicaba en la eucaristía, hasta el punto de negar la consustanciación luterana al igual que la presencia real de Cristo, pues solo la consideraba un símbolo y un recuerdo de la Pasión.

Desde 1523 desaparecieron las instituciones eclesiásticas y se secularizaron las posesiones de la Iglesia. El pueblo, excitado por las declaraciones de Zwinglio, se entregó a la violencia, apartándose él mismo de la moderación. La Reforma se radicalizó: las imágenes fueron arrancadas de las iglesias y el gobierno se rigió por la mayoría. Fuera de Zúrich la Reforma fue más lenta, aunque en 1520 más de la mitad de Suiza se había inclinado por ella. De los trece cantones, siete siguieron siendo católicos, y como en la Dieta se votaba por cantones, los católicos conservaban la mayoría. Zwinglio no se conformó con este éxito a medias y entró en contacto con los protestantes alemanes, pretendiendo establecer relaciones políticas con Francia y la Liga de Esmalcalda, nacida contra el Emperador. Incluso procuró cambiar la constitución política suiza para que los cantones reformados tuvieran dos tercios de los votos. Así las cosas, los cantones católicos reaccionaron y los reformados fueron derrotados. A la muerte de Zwinglio quedó acordada la igualdad en ambas confesiones: la mitad de los cantones serían católicos, y la otra mitad, protestantes.

La Reforma anglicana fue la única dirigida por la Corona (no por un reformador) y estuvo muy relacionada con los círculos humanistas de Oxford

(John Colet y Tomás Moro). Desde el principio, las ideas de Lutero fueron mal acogidas por el rey inglés Enrique VIII, que fue reconocido por el Papa, en su lucha contra las ideas luteranas, con el título de *Defensor fidei* (defensor de la fe). Pero muy pronto las doctrinas reformadoras fueron calando en la intelectualidad inglesa hasta lograr su división: en Oxford se defendía un humanismo cristiano de raíz erasmista, con Tomás Moro a la cabeza; en Cambridge se adoptaban parte de las ideas luteranas, bajo la égida de Tomás Cranmer. Por su parte, Enrique VIII era partidario de controlar la Iglesia nacional, sus rentas y propiedades, y de hacer disminuir el poder de Roma, en especial las atribuciones fiscales.

El pretexto para la consecución de sus pretensiones fue el divorcio de su primera mujer, Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, un pretexto que le condujo a la ruptura con Roma. Entre 1527 y 1534 se produjeron un conjunto de hechos que condujeron al nacimiento de la Iglesia anglicana y a que el monarca fuera reconocido jefe de la misma (Acta de Supremacía, de 1534), provocando su excomunión de la ortodoxia católica por el Papa. Muchos parlamentarios que no habían jurado el acta fueron sentenciados a muerte, entre ellos el propio Moro. El Acta de Supremacía concedía al rey el derecho de nombrar obispos, luchar contra las herejías, excomulgar, disponer de los bienes de la Iglesia, etc. Desde entonces se exigía el voto de obediencia al monarca como jefe de la Iglesia. Pronto comenzó la represión de los católicos, se suprimieron las órdenes religiosas y se nacionalizaron los bienes.

La doctrina anglicana, intermedia entre luteranismo y catolicismo, defiende la eucaristía católica, permite orar a los santos, reduce los sacramentos a dos (eucaristía y bautismo), reconoce el valor de las obras como medio de salvación y mantiene la estructura eclesial jerárquica.

El sucesor de Enrique VIII, Eduardo VI (hijo habido con su tercera mujer, Jane Seymour), abrazó las ideas calvinistas (*Book of Common Prayer*, con 43 artículos, ajustado al anglicanismo) y tras su muerte se abrió un periodo de represión y restauración católica durante el reinado de María Tudor (hija de Catalina y segunda mujer de Felipe II). Su sucesora, Isabel (hija de Enrique y de su segunda mujer, Ana Bolena), restableció el anglicanismo al más puro estilo, restituyendo el Acta de Supremacía en 1559. Los obispos anglicanos confeccionaron una nueva Biblia con 39 artículos que definieron definitivamente la doctrina anglicana.

La reforma en Escocia recibió el nombre de presbiterianismo o puritanismo y fue iniciada en 1560 por John Knox, que recogió la labor del mártir protestante Wishart imponiendo una organización eclesiástica más cercana a las disposiciones calvinistas y más democrática. La reina Isabel atacó a los puritanos y animó a la represión contra ellos desde 1590, generando unos problemas religiosos que darían origen a la época de las convulsiones político-religiosas que viviría Inglaterra en el siglo XVII.

Las reformas en España

En el caso de España, suele decirse que no hubo Reforma y que su protestantismo fue más bien testimonial. Pero esta comprensión es fruto de una visión empobrecida del contexto de la Reforma, ya que excluye la Iglesia hispana del amplio contexto europeo. Porque la Reforma protestante, entendiendo por esta expresión la de Lutero, Zwinglio y Calvino, no fue el único proyecto resultado del deseo de reforma clerical, sino que, en propiedad, más que hablar de «reforma protestante» habría que hacerlo de «reformas protestantes». Por otra parte, el protestantismo hispano fue original y único por el particular contexto en el que se desarrolló, si bien no tuvo la misma evolución que en Suiza o en Alemania. Sería con el proyecto reformista de Juan I (1458-1390) y, sobre todo, con los Reyes Católicos cuando la reforma se impulsó firmemente desde la Iglesia castellana. En esta empresa hay que destacar el papel del confesor personal de la reina Isabel, Hernando de Talavera (1428-1507), y del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517), que sintonizó con el espíritu humanista y la inquietud espiritual del momento. Fue Cisneros quien hizo asequibles los clásicos patristicos y de teología mística en castellano, quien protegió el nacimiento de la primera mística española del siglo XVI, y quien unió la práctica de la espiritualidad con la del estudio bíblico, favoreciendo la traducción del texto evangélico a las lenguas vernáculas, prohibida desde el concilio de Tarragona de 1233. La reforma en España tomó diversas formas: el erasmismo y el humanismo evangélico, los diferentes grupos de alumbrados, los núcleos más claramente protestantes de Valladolid y Sevilla... (3)

Erasmus de Róterdam (1466-1536) fue una de las figuras más influyentes del periodo y, desde temprano, uno de los críticos más solventes de la rigidez de la Iglesia y de su apego exagerado a los ritos y a las normas formales establecidas. El humanismo cristiano por él defendido opuso a esto una vivencia sincera del Evangelio radicada en Cristo, una propuesta espiritual de vida. Y hubo toda una generación de humanistas hispanos en contacto con el humanismo erasmista: Francisco de Vergara, el impresor Miguel Eguía o Alfonso de Valdés, secretario de la corte imperial, por citar algunos. Ellos asistieron al desarrollo del conflicto europeo entre Lutero, Roma y Carlos V, influidos por la postura conciliatoria de Erasmo. Esta posición moderada entre Roma y Lutero fue asumida por los erasmistas hispanos, lo que provocó que muchos de ellos fueran acusados de luteranismo. El erasmismo arraigó con fuerza en Castilla entre 1522 y 1525, pero también lo hizo un movimiento de oposición a él que promovió los procesos contra sus máximos exponentes: Diego de Uceda, Juan de Vergara y Pedro de Lerma, entre otros.

(3) VIDAL QUINTERO, Mireia: «Más que un destello. El protestantismo en la España del siglo XVI», en *Exposición Conmemorativa del V Centenario de la Reforma, 1517-2017. Rescatando un tesoro*, pp. 23-33.

El alumbrismo o movimiento alumbrado, también llamado «iluminismo» a principios del siglo XVI, fue otra expresión de inquietud espiritual con presencia laica y femenina, aunque también hubo representación clerical y masculina. Algunas de las formas que adoptó fueron aceptadas en el ámbito eclesial, pero otras suscitaban rechazo y se las consideró heréticas. En el primer caso hablamos de «los recogidos», con una espiritualidad señalada por el misticismo y la oración mental, a fin de controlar los sentidos para alcanzar un estado de quietud, tendencia defendida por Cisneros. En el segundo nos referimos a «los deixados», quienes, con una disciplina espiritual contraria al éxtasis místico, aspiraban a una espiritualidad cotidiana manifiesta, sin buscar la clásica unión con Dios sino el abandono en el asentimiento de su amor infinito en todo momento y lugar; además, rechazaban las mediaciones eclesiásticas, al entender que la presencia divina invadía toda la vida del cristiano. También mostraban interés por el estudio de la Biblia, por lo que coincidían con el proyecto luterano, enlazando con él con habilidad, a modo de «sacerdocio universal» de los creyentes y una comprensión de la salvación próxima a la luterana de la justificación por la fe en la salvación en Cristo y por la gracia, no por las obras. Los alumbrados conectaron bien con la aristocracia, las ramas terciarias de las órdenes mendicantes y las beatas que se desarrollaron en torno a la familia de los Mendoza, duques del Infantado, el marqués de Villena o el almirante de Castilla en Guadalajara, Escalona y Valladolid. Fueron condenados por la Inquisición en las personas de sus dos representantes más manifiestos, Isabel de la Cruz y su discípulo Pedro Ruiz de Alcaraz, además de María de Cazalla.

Respecto de la presencia luterana en España, debe señalarse que se detecta a mediados del siglo XVI en Valladolid y Sevilla especialmente. De forma semiclandestina, floreció en ambientes intelectuales alrededor de figuras relevantes de la vida cultural y religiosa de la época, defendiendo el valor de las Sagradas Escrituras, la justificación por la fe y la apropiación personal de la experiencia cristiana, enfatizando la gracia divina. El núcleo vallisoletano fue acusado de afirmar la salvación solo por la muerte de Cristo, la aceptación de tan solo dos sacramentos (comunión y matrimonio), la aprobación del matrimonio clerical y el rechazo del purgatorio o la intercesión de los santos, entre otras cuestiones, según consta en el acta procesal. A través de los autos de fe de mayo y octubre de 1559 fueron desmembrados, confiscándose sus bienes e inhabilitando a sus familiares para el acceso a los cargos públicos de manera hereditaria.

En el núcleo protestante de Sevilla tuvo una fuerte implicación la aristocracia de la ciudad y las órdenes monásticas. Buena parte de sus integrantes –más de 150 personas– fueron encarcelados y condenados también en dos autos de fe.

Al mismo tiempo, el control inquisitorial se hizo mayor y supuso una mayor vigilancia hacia la circulación de libros, propiciando que una parte reveladora de la intelectualidad hispana abandonara la Península para instalar-

se en tierras más gratas, sobre todo en Suiza e Inglaterra, donde prosperó un exilio que contribuyó al pensamiento protestante europeo.

La Reforma católica

Mal llamada Contrarreforma, porque la Reforma católica no fue solo una reacción contra la Reforma luterana, sino una convicción de reforma de muchos aspectos de la religión ortodoxa romana. Se plasmó en el Concilio de Trento (1545-1563) y contó en su desarrollo con tres pontífices: Julio III, Paulo IV y Pío IV. Pero, ya con anterioridad, el espíritu contrarreformista existía como lucha contra las doctrinas de Lutero y, tras la Dieta de Ratisbona (1541), enlazó con el espíritu tridentino católico. Hubo movimientos anteriores al Concilio de Trento: en España se produjo la reforma cisneriana; en Francia nacieron los círculos humanistas de la Sorbona, con Lefvre D'Étaples; en Italia hubo intentos papales de reforma de la Curia, sobre todo de Adriano VI y de Paulo III, buscando también la reorganización de la Inquisición romana. Igualmente, nacieron nuevas órdenes religiosas con un espíritu renovado y tuvo lugar una proliferación de clérigos regulares, como los teatinos, la orden de San Felipe Neri, las órdenes pobres (capuchinos) y, sobre todo, los jesuitas, el instrumento más eficaz para la futura expansión del espíritu tridentino. No podían faltar en esta renovación los movimientos humanistas, como el erasmismo cristiano y el evangelismo, vinculados a la *devotio moderna*.

La idea de reunir un concilio para solucionar los problemas entre católicos y luteranos provino de Carlos V, quien desde los años veinte solicitaba al Papa su convocatoria. La primera tuvo lugar con Paulo III en 1536, en Mantua, pero fracasó. La segunda se produjo en 1542, si bien no se hizo efectiva hasta 1545, cuando se abrió el Concilio en Trento, con la presencia de veinticinco obispos y cinco generales de órdenes religiosas.

Las características del concilio fueron la dificultad para celebrar las sesiones, varias veces clausuradas; los conflictos entre Carlos V y Felipe II con los diversos pontífices; el peso de los teólogos jesuitas y dominicos; la influencia de las teorías españolas en su última fase, y el hecho de que los contenidos dogmáticos y disciplinarios se alternaron en las sesiones. Hubo tres fases: en la primera primaron los decretos dogmáticos sobre los conciliares, para frenar la doctrina luterana y confirmar la ortodoxia católica, y se aprobaron los decretos sobre la interpretación de las Sagradas Escrituras solo por la autoridad de los Padres de la Iglesia y la Tradición (únicamente se admitió la Vulgata). Se sancionaron igualmente los decretos sobre la validez de los sacramentos, la justificación, el libre albedrío y el pecado original, corroborándose la base dogmática de la doctrina católica que había atacado Lutero. En materia disciplinaria se decretaron las penas por absentismo y acumulación de beneficios eclesiásticos. En 1547 el concilio se trasladó a Bolonia, por la peste

declarada en Trento y por alejarse de la influencia del Emperador, suspendiéndose las sesiones de Bolonia sin decretos en 1549. Poco o nada se había avanzado en dos años.

En la segunda fase (1551-1552), Julio III abrió de nuevo las sesiones en Trento y se aprobaron los decretos sobre la eucaristía y la confesión. Nacieron las primeras normas para la reforma disciplinar de los obispos y de las costumbres de los clérigos. El recrudecimiento de la guerra en 1552 obligó de nuevo a suspender las sesiones. Y hasta diez años después no se inició la tercera fase (1552-1563), protagonizada por Paulo IV y Pío IV, además de Felipe II. La postura antiespañola de Paulo IV llevó a la curia romana a una guerra política contra España y a un intento de continuar el concilio solo con cardenales romanos y la Inquisición pontificia, una actitud por parte del papa que se ganó la enemistad del resto de los cardenales y de la mayor parte de la Iglesia católica. Pío IV fue el artífice de la conclusión del concilio, muy influido por el espíritu reformista de san Carlos Borromeo, arzobispo de Milán.

El concilio volvió a abrirse en 1562, con protagonismo de los teólogos españoles (jesuitas, dominicos) e incluso del propio monarca español en materia de reforma disciplinar del clero. Los decretos dogmáticos giraron en torno a la comunión, la misa y su reforma. Los disciplinares abordaron la reforma de las órdenes religiosas, la jerarquía eclesiástica, la creación de seminarios, la obligación de realizar visitas pastorales, el compromiso de celebrar sínodos diocesanos anuales y la prohibición de acumular beneficios. Toda la labor de Trento quedó plasmada en un nuevo catecismo, de 1566, que recogía la ortodoxia católica, fortalecida tras el concilio. En cuanto al clero, mejoró su situación, aunque los frutos de la reforma no se dejaron sentir hasta mediados del siglo XVII en muchos Estados.

La aplicación de los decretos fue distinta en cada país: en Italia, muy rápida; en España y Francia, se necesitó la autorización real, no aceptándose en este último reino los decretos disciplinares porque chocaban con la Iglesia galicana que se iba imponiendo. El vehículo más eficaz de la implantación de la reforma fue la orden de los jesuitas, la Compañía de Jesús, que recuperó Polonia para el catolicismo y cuya red de colegios fue la educadora de gran parte de los dirigentes europeos. Trento demostró la capacidad de la Iglesia para salir de la crisis; fortaleció el poder espiritual de los papas, tan decaído anteriormente; acentuó la unidad dogmática, litúrgica y disciplinaria del mundo católico europeo, y conformó una mentalidad propia contrarreformista barroca, sobre todo en Italia y en España, dejando abierta la puerta a la injerencia del Estado en la Iglesias, el futuro regalismo.

También desarrolló unas formas típicas de religiosidad: santos, místicos, culto a la Virgen y los misterios de Cristo, práctica de la caridad, religiosidad externa, abundantes predicaciones y misiones, comunión frecuente, misa diaria, exaltación de los sacramentos... El espíritu tridentino se fue diluyendo

con el desarrollo de nuevas corrientes filosóficas como el racionalismo cartesiano o el empirismo inglés. El primer lugar, donde se notó fue en la Francia del jansenismo desde 1660, cuando comenzó la llamada «crisis de la conciencia europea» de finales del xvii. En Italia habría que esperar al siglo xviii, lo mismo que en España, donde incluso más allá de la Ilustración pervivieron numerosas formas de religión. La incongruencia del concilio fue que nació frente a la institución del Papado y acabó reforzando la autoridad del pontífice.

Las guerras de religión francesas

En la segunda mitad del siglo xvi, Francia desarrolló en su seno ocho guerras religiosas, ocho violentas y sangrientas conflagraciones, verdaderas guerras civiles que disputaron la religión oficial, católica o hugonote. Se iniciaron en 1562 y concluyeron en 1598, con el Edicto de Nantes, que ponía fin al conflicto. Conozcámoslas con cierto detenimiento para poder entender la violencia entre ambas posturas religiosas y explicar por qué muchos hugonotes huyeron de tierras francesas cuando la causa católica parecía imponerse.

Francia se enfrentaba a una crisis financiera, política y religiosa. La lucha contra los Habsburgo españoles había agotado las arcas reales y obligado al Tesoro a aumentar la presión fiscal, vender oficios públicos y endeudarse. En 1558 se produjo una suspensión de pagos y se hubo de recurrir a los Estados Generales, no reunidos desde 1484. Estos se aprovecharon para reafirmar su papel. A la oposición parlamentaria se sumó el enfrentamiento entre facciones aristocráticas, con sus respectivas redes clientelares y sus ámbitos de influencia. Los Guisa en el noreste, los Borbón en el sudoeste, los Montmorency en el norte y en la zona de París, luchaban entre sí para incrementar su influencia sobre la monarquía y colocar a sus miembros en los principales cargos. En este momento parecía que los Guisa eran más influyentes, pero Enrique II mantenía disputas controladas. Además del problema financiero y hacendístico, el religioso era el más grave.

En efecto, desde 1550 habían surgido multitud de iglesias protestantes, de confesión calvinista, en el oeste y sur de Francia, animadas por la llegada de predicadores y pastores desde Ginebra. Recibieron especial fuerza gracias a la conversión de los líderes de familias como los Borbón y los Coligny, almirante de Francia. Y a ellos se sumaron pequeños nobles y miembros de la alta magistratura y de la burguesía comercial, que en 1559 celebraron el primer sínodo nacional en París. Enrique II murió apenas iniciada la represión, dejando un hijo, Francisco II, de quince años y mala salud. Entonces, el gobierno quedó en manos de sus tíos, los Guisa –Francisco, duque de Guisa, ferviente defensor del catolicismo–, que continuaron la represión contra los calvinistas/hugonotes. Como reacción, algunos hugonotes proyectaron un golpe para hacerse con la persona del rey y arrebatar el poder a los Guisa (conspiración

de Amboise). Pero la intentona fracasó, abandonando Antonio de Borbón la causa y capturándose al príncipe de Condé, que se salvó de la condena a muerte por el fallecimiento de Francisco II. El nuevo rey, Carlos IX, era legalmente menor de edad, por lo que su madre, Catalina de Médicis, asumió el reinado con un papel decisivo en la primera etapa de las guerras de religión.

La regente buscaba situar los intereses de la Corte por encima de las confesiones religiosas, intentando solucionar el conflicto de credos por medios pacíficos, para evitar el debilitamiento de la monarquía. Los Guisa perdieron el control del poder y no les gustó que Antonio de Borbón fuera nombrado lugarteniente general del reino, por lo que se coligaron en su contra. Catalina intentó un acercamiento entre católicos y hugonotes (coloquio de Poissy, 1561) que fracasó ante la intransigencia mutua. Solo quedaba como alternativa la represión o la tolerancia. Catalina se inclinó por la segunda, y por el Edicto de Saint-Germain (enero de 1562) otorgó a los hugonotes libertad de culto privado en las ciudades y de culto público en los arrabales.

Los Guisa reaccionaron matando a más de treinta hugonotes en una celebración religiosa ilegal en Vassy (marzo de 1562), y este hecho condujo a la movilización de los calvinistas y al nombramiento por estos del príncipe de Condé como protector de la corona francesa. Así se inició la guerra civil. Durante diez años, de 1562 a 1572, se desarrolló el poderío hugonote, gracias al apoyo de las iglesias locales, con amplia movilización nobiliaria. El sistema de organización eclesiástica calvinista proporcionó unas tropas disciplinadas, entusiastas, encuadradas bajo la dirección de los nobles locales, un hecho que significó a la larga el control de los ministros por los nobles y la pérdida de la independencia de las iglesias, aunque tanto hugonotes como Condé y Coligny se salvaron de la amenaza de los Guisa, que respondieron solicitando de Carlos IX la revocación del edicto de tolerancia. También recibieron el respaldo de Isabel de Inglaterra. Se promulgaron nuevos edictos en favor de los hugonotes por parte de Catalina, quien les otorgó un margen de tolerancia legal e incluso les permitió el acceso a la Corte. No obstante, el poder hugonote tenía limitaciones por la falta de apoyo en las grandes ciudades del reino, en particular en París, y en las sedes de los Parlamentos provinciales. Tampoco contaban con el sostén del campesinado, mayoritariamente católico. Su fuerza estaba en las pequeñas ciudades y en la nobleza.

Las tres primeras guerras se saldaron con triunfo católico, aunque los hugonotes sobrevivieron gracias a la capacidad de movilización del almirante Coligny, quien por la paz de Saint-Germain (1570) consiguió recuperar la libertad de culto y cuatro plazas de seguridad en las que se permitió el establecimiento de guarniciones calvinistas. Hábil político, Coligny consiguió entrar en la Corte en un momento en que Catalina preparaba ambiciosos planes matrimoniales para lograr la reconciliación: el matrimonio entre su hija Margarita y Enrique, hijo de Antonio de Borbón. La ambición llevaría demasiado lejos a Coligny. Con nuevas concesiones para los hugonotes, logró la

confianza del rey Carlos IX, desplazando a Catalina, y le animó a intervenir en los Países Bajos en contra de Felipe II. Fue entonces cuando se produjo la matanza de San Bartolomé y sus graves consecuencias (1572-1574), el 23 de agosto de 1572: el asesinato de Coligny y otros líderes hugonotes presentes en París, que se extendió a muchas partes de Francia.

La reacción no se hizo esperar: se produjo una desertión aristocrática inmediata de las huestes calvinistas. Muchos nobles volvieron al catolicismo y otros huyeron, de manera que el movimiento hugonote volvió a sus raíces populares y religiosas, con la consecuente radicalización tanto ideológica como en acción política. El complot de Catalina contra Coligny y la aceptación de la matanza por parte de Carlos IX llevó al resentimiento y a la desesperanza en las filas hugonotes. La matanza creó también una sensación de que el monarca era vulnerable, defendiéndose el derecho de resistencia contra el soberano. De esta manera se organizó un Estado hugonote en el sur de Francia y se aliaron con los políticos, caracterizados por constituirse en asambleas territoriales que agrupaban las organizaciones provinciales. En la cúspide estaba la asamblea general federal, formada por representantes provinciales y dotada de poderes hasta entonces atribuidos al rey, como fijar impuestos, declarar la guerra y concertar la paz o elaborar leyes. Nombró, además, un consejo permanente para controlar la actuación de la suprema autoridad, el protector general, cargo que se otorgó a Enrique de Navarra. De esta manera, nacía un Estado que controlaba una parte de Francia arrebatada al poder real.

A la debilidad de la monarquía contribuyeron también las intrigas en la Corte del hijo menor de Catalina, Francisco, duque de Alençon, en contra de los Guisa. Por ello nació otro partido: el de los descontentos, uno de cuyos representantes más destacados fue Montmorency-Damville, quien aprovechó su cargo de gobernador del Languedoc para establecer una alianza con el Estado hugonote y contribuir así al hundimiento real en el sur de Francia.

Durante el reinado de Enrique III (1574-1589), el último hijo de Catalina y Enrique II en acceder al trono, se alternaron una mezcla de contradicciones y una disipación afeminada que le valió no pocos ataques (sus *mignons*, «favoritos», fueron objeto de mofa y de disgusto general). Antes de heredar la corona de Francia a la muerte de su hermano Carlos IX (1574), había sido elegido rey de Polonia (1573), lo que alentó muchas esperanzas de que la tolerancia religiosa polaca se extendiera a Francia. Pero la experiencia polaca de Enrique de Anjou fue un fracaso. Volvió a una Francia dividida y no le quedó más remedio que aceptar las condiciones impuestas por los rebeldes en la paz de Monsieur (1576), que se confirmó con el edicto de Beaulieu, por el que se concedía amplia libertad de culto a los hugonotes y se les admitía a todos los cargos, incluidos los parlamentarios, además de concederles ocho plazas de seguridad. También salieron favorecidos los descontentos, en especial Francisco de Alençon, que recibía en propiedad varias

regiones francesas con el título de duque de Anjou, que hasta entonces ostentaba su hermano Enrique III.

Este éxito hugonote provocó una reacción católica, plasmada en un movimiento antirrealista (consideraba incapaz al rey) y revolucionario dirigido por Enrique, duque de Guisa. Enrique III aceptó reunir los Estados Generales en Blois (1576) sin conseguir nada, como tampoco lo hizo el edicto de Poitiers de 1577. La realidad era la existencia de tres regímenes: católico, real y calvinista, algo que sumió a Francia en la anarquía, mientras se agudizaba la crisis económica y el malestar social. La muerte en 1584 del menor de los Valois, Francisco, duque de Alençon y de Valois, planteó abiertamente el problema de la sucesión –en Francia regía la ley sálica, que impedía reinar a las mujeres–, y el único candidato era Enrique de Borbón.

La reacción de los Guisa fue inmediata. Con el apoyo financiero de Felipe II por el tratado secreto de Joinville, los católicos se reforzaron sobre bases más amplias: nobleza y clero. La clientela de los Guisa contaba ahora también con las organizaciones urbanas, dirigidas por juristas y animadas por predicadores exaltados que canalizaban el malestar popular. Bajo su presión, Enrique III revocó las concesiones hechas a los calvinistas y anuló el derecho de Enrique a la Corona (edicto de Nemours, 1585). Todo ello dejaba en posición delicada a Enrique, quien no podía dejar de contar con el apoyo hugonote y quería atraer a su causa a los católicos moderados. El soberano atacó a los Guisa por su alianza con España y, aprovechando su excomunión por Sixto V (septiembre de 1585), denunció la intromisión papal en los asuntos franceses. Entonces tuvo lugar la «guerra de los tres Enriques» (1585-1588), cuyo punto culminante fue el «día de las barricadas», en el que Enrique III trató de hacerse con París y con los Guisa mediante un golpe de fuerza y ocupó la capital. Pero los parisinos se sublevaron (12 mayo 1588), y el rey se vio obligado a huir de la ciudad. En 1589 se hubo de someter de nuevo a las exigencias de los Guisa. Sin embargo, aprovechando la reunión de los Estados Generales en Blois, mandó asesinar a sus rivales, Enrique de Guisa y su hermano Luis.

De nuevo la reacción no se hizo esperar, produciéndose un levantamiento popular y un acercamiento del rey a Enrique de Navarra. Mientras se cercaba París, un dominico exaltado asesinó a Enrique III (agosto 1589). Antes de morir reconoció a Enrique de Borbón como sucesor legítimo, con la condición de que se convirtiera al catolicismo –se le atribuye la frase «París bien vale una misa», que pronunció al serle ofrecido el trono de Francia–. Dotado de gran habilidad política, no obstante generaba desconfianza entre sus súbditos –había abjurado dos veces del catolicismo antes de ser soberano–, no tenía dinero y se enfrentaba a Carlos de Guisa, duque de Mayenne. Sin embargo, supo actuar con mucha prudencia y, sin renunciar a su fe calvinista, prometió defender la religión católica y la independencia de la Iglesia francesa de la injerencia de Roma, para atraerse a los católicos.

Los Guisa pasaban por un periodo de creciente división interna, y las clases medias se acercaron al rey Enrique, quien aprovechó la oportunidad para abjurar del calvinismo (junio de 1593). Antes de que Roma le diera la absolución (1595), la Iglesia francesa permitió su coronación en Chartres. Tras su entrada en París fue reconocido como rey legítimo de Francia.

La guerra abierta contra Felipe II (1595-1598) contribuyó a reforzar el apoyo nacional al nuevo monarca, pero fue aprovechada por los hugonotes para plantear nuevas exigencias que casi derivan en una nueva guerra civil. En 1598 Enrique IV buscó la paz, tanto con España (paz de Vervins, de 1598) como con los hugonotes. Así, se firmaba el Edicto de Nantes, que suponía el establecimiento de un marco de tolerancia para los calvinistas, aunque el catolicismo se reconocía como religión principal y se restableció su culto en toda Francia. Con él, los calvinistas vieron reconocido su derecho a la libertad de conciencia, así como al libre ejercicio público del culto en una serie de localidades. Igualmente, se les concedía el mantenimiento de dos plazas de seguridad con guarniciones propias, y se les garantizaba la admisión en cargos públicos universitarios y protección legal, exigencias que casi alcanzaron de nuevo la guerra civil. Sin embargo, el edicto no satisfizo ni a los más radicales de los calvinistas ni a los católicos, aunque su intención fue propiciar una convivencia pacífica y fraterna entre unos y otros como hermanos, amigos y conciudadanos.

Origen, nacimiento y trayectoria vital de Pedro Menéndez de Avilés

Pues bien, en todo este complejo contexto religioso y político tendría lugar el enfrentamiento de Pedro Menéndez de Avilés con los hugonotes en la Florida. No es el momento ni el lugar de trazar una amplia biografía de este excelente marino, sino de entender –conociendo sus comienzos, relación y actuación en la Marina– su vida en el mar al servicio de Felipe II y su lucha contra cualquier postura que vulnerara el monopolio español en las tierras americanas y que fuera contraria a la ortodoxia católica (4).

Nacido el 15 de febrero de 1519 en la villa portuaria de Avilés, en el principado de Asturias, era el segundo hijo de una familia hidalga, y con ocho o nueve años escapó de casa al haber contraído su madre matrimonio por segunda vez al quedar viuda. Desde entonces se dedicó a oficios relacionados con el mar, enrolándose por primera vez como grumete de un barco de guerra en algún puerto cantábrico, iniciando así su carrera militar persiguiendo a los

(4) Las primeras biografías son de VIGIL, Ciriaco Miguel: *Pedro Menéndez de Avilés, primer Adelantado y conquistador de La Florida*, Avilés, 1892, y de RUIDÍAZ Y CARABIA, Eugenio: *La Florida*, 2 vols., Madrid, 1893. La más reciente es la de FERNÁNDEZ TORAÑO, Antonio: *Pedro Menéndez de Avilés, el primer conquistador y colonizador de la Florida*. Madrid, 2018.

corsarios y piratas que sistemáticamente atacaban las flotas y costas españolas. Ya con diecinueve años logró armar un barco con cincuenta hombres, con el que capturó dos navíos ingleses. Después de unos años de aventuras navales, vivió unos años en tierra al contraer matrimonio, pero el mar le volvió a llamar de nuevo, esta vez en la persecución de una escuadra francesa en 1545 en Finisterre, alcanzando La Rochela, donde dio muerte a su capitán (Jean Alphonse de Saintoge) y recuperó cinco de las naves. Fue entonces cuando el emperador Carlos V le autorizó a continuar en sus acciones contra los franceses y piratas y corsarios de otras nacionalidades, concediéndole la patente de corso para que siguiera combatiendo a los barcos enemigos. Tenía treinta años.

Puede asegurarse que sus acciones llevaron a Pedro Menéndez a ser el primer marino español garante del fin de las correrías galas por las costas gallegas y asturianas, al calor de los intermitentes conflictos entre Francisco I de Francia y Carlos I de España. Poco después, el Emperador lo destinó a Flandes, y más tarde comenzó sus viajes a América como capitán de distintos barcos, viviendo peripecias varias, entre otras, ser hecho prisionero por los piratas y liberado previo pago de un rescate. En 1554 estuvo al mando de la escuadra que envió el rey Felipe a Inglaterra cuando iba a contraer matrimonio con la reina María Tudor, y durante la travesía se ganó su confianza. En 1556 fue nombrado capitán general de la flota de Indias, un cargo que ostentará en nueve ocasiones hasta su fallecimiento, en 1574, alcanzando el máximo grado dentro de la Armada española cuando contaba cuarenta y seis años. Poco después, ya en el reinado de Felipe II, el monarca le encomendó la misión de transportar los tesoros de Indias, algo que habría de enemistarlo para siempre con los oficiales de la Casa de Contratación, que no habían sido consultados.

También participó Pedro Menéndez de Avilés en la batalla de San Quintín en 1557, contribuyendo a la victoria al conducir una armada con 1.500 soldados de refuerzo y un tesoro de más de un millón de ducados, enfrentándose al corsario François Le Clerc, *Pata de Palo*, con éxito. Fue destacada su labor como armador de barcos, al estilo de la familia Bazán y de otros marinos con una visión global de la actividad naval. Un año más tarde el soberano le encargó comandar la escuadra que había de traerle desde Amberes a España a finales de agosto, salvándole de nuevo de un posible naufragio frente a las costas de Laredo, a consecuencia de una galerna que sí provocó el hundimiento de varios barcos de la comitiva que le acompañaba. En 1560 estuvo al frente de una gran flota de galeones que transportaba metales preciosos y pieles desde México hasta España, y a su vuelta solicitó permiso para regresar, pues una de las naos –en la que iba su hijo y otros familiares y amigos– no había retornado. No lo obtuvo y, además, fue detenido junto con su hermano Bartolomé, también marino, por la Casa de Contratación, y encarcelado dos años por razones poco claras, hasta que su apelación al monarca logró sacarlo de

allí, no sin antes haber pagado los dos hermanos una minúscula multa. También el monarca confió en el memorial del asturiano para idear un sistema de protección de las flotas españolas que habría de perdurar por más de dos siglos.

Durante su prisión, la Florida se había convertido en un asunto de Estado, de manera que, una vez libre, y habiendo solicitado otra vez permiso para buscar nuevamente a su hijo, a quien creía náufrago en sus aguas, Felipe II le autorizó una expedición pública y privada, con la condición de explorar y colonizar aquel lugar como «Adelantado», un título que el propio soberano le concedió en 1565. En su designación llevaba órdenes reales de eliminar a todos los tipos de protestantes que se encontraran allí o en cualquier resguardo de las Indias, y colonizar con españoles aquellas tierras. Además, el monarca tenía la vista puesta en encontrar una ruta que comunicase los océanos Atlántico y Pacífico. La expedición salió de Cádiz el 29 de junio y llegó a su destino el 4 de septiembre de 1565, después de una difícil travesía que desbarató la armada, dejándola reducida a cinco barcos. Seguidamente, Menéndez de Avilés, ya en la costa oriental de Florida, en la desembocadura del río S. John –a la altura de donde hoy se encuentra la ciudad de Jacksonville–, se topó con cuatro galeones franceses, bien armados y en buenas condiciones de combatir, pero que decidieron huir a mar abierto, circunstancia que fue aprovechada por los expedicionarios para volver sobre sus pasos y desembarcar en una ensenada que habían avistado en su recorrido desde Cabo Cañaveral hacia el norte, en busca de la colonia francesa. Allí levantaría un primer asentamiento, al que el 8 de septiembre colocará bajo la protección de san Agustín, tomando posesión de aquellas tierras en nombre del rey de España.

La presencia española en la Florida

La Florida española fue establecida en 1513, cuando Juan Ponce de León reclamó el territorio para la Monarquía durante la primera expedición oficial europea a América del Norte. Había descubierto la denominada «Tierra Florida», al parecer porque la había encontrado en uno de los días de Pascua Florida –otros afirman que por su exuberante naturaleza–, pero había muerto en su segunda expedición a causa de las heridas provocadas por los indios. Luego, esta reclamación fue extendida cuando varios exploradores, principalmente Pánfilo de Narváez, se habían extendido por la bahía de Tampa buscando los supuestos tesoros que había en aquellas tierras. La expedición fracasó y, más tarde, Alvar Núñez de Vaca, superviviente de la empresa de Narváez, logró ser el primer europeo en cruzar el continente americano de este a oeste, recorriéndolo a pie. A su vez, Lucas Vázquez de Ayllón, en su navegación costera hasta Carolina del Sur, había fundado San Miguel de Guadalupe, calificado como el primer asentamiento europeo formal de los actuales Estados Unidos. También

Hernando de Soto exploró durante tres años los territorios, y otros muchos después hacia el norte, hasta los Apalaches, y al oeste del actual estado de Texas, buscando sin éxito oro y otras riquezas. Allí perecieron no sin antes advertir en sus testimonios de la hostilidad indígena –amalgama de virulentas tribus que no se llevaban bien entre sí–, del clima extremo y de los frecuentes huracanes. España nunca ejerció un control real sobre la Florida más allá de varios asentamientos y fuertes.

También los franceses protagonizaron algunos intentos de tomar a la fuerza tierras a las que creían tener derecho, pues no reconocían las bulas papales de reparto del mundo ni la presencia española como única admitida. Así, el florentino Giovanni da Verrazzano, al servicio del rey Francisco I, había alcanzado la bahía de Chesapeake y llegado hasta Carolina del Sur; Jacques Cartier había recorrido las costas de Canadá y, entre 1541 y 1542, el hugonote Jean François de La Roque también estuvo en aquellas tierras.

Poblar lo denominado como la Florida, que ocupa hoy una superficie de 170.000 kilómetros cuadrados, pero que entonces dominaba las dos Carolinas, parte de Alabama y toda Georgia, se había revelado una misión imposible para los europeos, hasta el extremo de que el monarca español había prohibido la organización de nuevas expediciones, salvo que surgiera una causa de fuerza mayor, que serían los franceses. En efecto, pronto se hizo evidente que los franceses no dejarían de perjudicar a la Monarquía hispánica, a la que odiaban por hegemónica y católica.

La corona española se vio obligada a preparar la empresa anteriormente citada al tener noticia de que un grupo de hugonotes franceses se había asentado, primero, en lo que hoy es Carolina del Sur y, luego, cerca de la actual Jacksonville, donde levantaron, en junio de 1564, el fuerte Carolina. Conozcamos los acontecimientos.

Pedro Menéndez de Avilés y los hugonotes en Florida

A mediados del siglo XVI, los intentos coloniales de los hugonotes franceses en América eran una realidad, aunque estuvieron marcados por el fracaso, como ocurrió con las experiencias de bahía de Guanabara, en Brasil, y de la propia Florida (5). Como comprobaremos, el propio Felipe II envió al Adelantado a destruir el fuerte Carolina para proteger los dominios que consideraba legítimos de la Monarquía hispánica.

(5) Véase al respecto el riguroso trabajo de la profesora de la Universidad de Buenos Aires LÓPEZ PALMERO, Malena: «Dimensiones discursivas del ataque español a la colonia francesa de Florida (1565)», *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, núm. 4, 2016, pp. 136-152.

La persecución en Francia de los hugonotes propició que muchos de ellos dejaran el país. Algunos se dirigieron a la vecina Holanda, otros al Imperio e Inglaterra, pero muchos de ellos eligieron la aventura colonial. En 1562, un oficial naval y líder hugonote, Jean Ribault, llevó a un grupo de hugonotes hasta la zona de la Florida. Su experiencia en la navegación le animó a buscar un refugio para sus hermanos. Logró reunir a 150 colonos y se dirigió a América, acabando en la desembocadura del río S.^t John. No era la primera vez que Ribault recalaba en las costas americanas. Junto a un grupo de franceses, había establecido una colonia en Parris Island, una pequeña isla frente al litoral de Carolina del Norte. La pequeña ciudad fundada en Florida tomó el nombre de Charlesfort, en honor del rey francés Carlos IX. Al regresar a Francia, pudo conocer que la difícil convivencia entre católicos y hugonotes se había roto. Navegó a Inglaterra en busca de protección y asilo, pero fue detenido y encerrado en la Torre de Londres, acusado de intento de robo de barcos ingleses para sus aventuras coloniales. Ribault trabajaba para su huida, porque los colonos al otro lado del mar le esperaban. Tras su liberación regresó a Francia y consiguió que un nuevo contingente de unos seiscientos colonos le acompañaran. Entonces se encontraría con los españoles. Ya el 22 de junio de 1564, una expedición francesa de tres barcos y trescientos colonos, hugonotes en su mayoría, dirigidos por René Goulaine de Laudonnière (6), había alcanzado las costas de Florida, fundando Fort Caroline (7).

En esta ocasión, Jean Ribault (8), con siete barcos y los tres de su teniente, inició sus ataques contra colonias y buques españoles. Enterado Felipe II, decidió enviar a Pedro Menéndez de Avilés con una expedición de castigo. Los franceses se aliaron con los caciques nativos, de la tribu de los timucuas (9), que les proporcionaron hombres, vituallas y todo el apoyo posible. Nuestro marino

(6) Era un navegante y oficial naval francés, hugonote, bajo el mando del almirante de Francia, Gaspar de Coligny, que protagonizó junto a Jean Ribault dos expediciones a la Florida. Tras ellas regresó a Francia, escapando de la matanza de San Agustín, y acabó como comerciante en La Rochela. Logró escapar también de la matanza de San Bartolomé y murió en Saint Germain, en Laye, en 1574, al igual que nuestro Adelantado. Escribió sus memorias, *L'Histoire notable de la Floride, contenant les trois voyages faits en icelles par des capitaines et pilotes français (La historia notable de la Florida, conteniendo los tres viajes realizados en Icelles por capitanes y pilotos franceses)*, que fueron publicadas en 1586.

(7) De su primitivo nombre, Fort Caroline, se deriva el topónimo la Carolina para la región al norte de la Florida. Hoy ese fuerte se llama Jacksonville.

(8) Jean Ribault también era un oficial naval al servicio del almirante Coligny y había dirigido en 1562 una expedición al Nuevo Mundo, fundando el puesto de avanzada de Charlesfort, en la isla Parris, en la actual Carolina del Sur.

(9) A la llegada de los europeos coexistían tres grandes grupos lingüísticos: los calusa, en la zona meridional de la península y el sur de la bahía de Tampa; los timucuanos o timucuas, al norte de los calusa, y los muscogi, divididos a su vez en las tribus guale, seminolas, apalaches y apalachicolas, entre otros. Eran poco fiables y no se llevaban bien entre ellos. Véase el artículo de CERVERA MORENO, César: «Pedro Menéndez de Avilés, el español que fundó la ciudad más antigua de EEUU», *The Spanish Council. Policy Paper*, núm. 13. Marzo, 2019, 1-15, p. 11.

intentó alcanzar por mar el fuerte francés con cuatro barcos, pero sin éxito, por lo que hubo de retirarse a su campamento, que será la futura ciudad de San Agustín –como ya hemos señalado–, hoy considerada la más antigua de Estados Unidos. Esta acción fue aprovechada por Ribault, quien contraatacó con cinco barcos y quinientos hombres que no tuvieron ninguna fortuna, ya que fueron hundidos por un huracán. De tal fortuna, con la armada enemiga destrozada, Menéndez de Avilés decidió atacar el fuerte, marchando por tierra con sus hombres a fin de evitar perder sus navíos por las tormentas. En una larga marcha por terrenos pantanosos, con cieno hasta las rodillas, subiéndose a los árboles para poder orientarse, arreciando la lluvia y mojándose las municiones, permaneció tres días, en los que perdió a más de cien de los quinientos hombres que le acompañaron a causa de las deserciones, las enfermedades, el hambre y la muerte. Hasta tuvo que soportar un intento de traición entre sus filas, que no llegó a buen término, en el que se ofrecía la cabeza del Adelantado.

Alcanzó Fort Caroline el 20 de agosto, día de la festividad de San Agustín, y allí comprobó que la colonia francesa apenas contaba con 150 habitantes, de los que solo unos pocos podían defenderse. En un asalto por sorpresa, los españoles tomaron el fuerte, y los franceses supervivientes –entre los que se encontraba Laudonnière, enfermo– huyeron perseguidos, precipitando su huida en los barcos que aún quedaban en el puerto. Menéndez masacró a los que quedaron del naufragio de la escuadra francesa. El lugar pasó a ser conocido como la «bahía de Matanzas» («no por franceses sino por herejes»). El resto huyó hacia la selva, donde los indios no fueron más benévolos que los españoles. Un total de 140 franceses (142, al parecer de otras fuentes) fueron asesinados, salvándose las mujeres y los niños del exterminio. A finales del año, algunos supervivientes llegaron a Francia.

A partir de entonces, Menéndez de Avilés inició una frenética actividad que durante casi dos años le permitió iniciar la colonización de aquel territorio, consolidando la presencia española con otros dos asentamientos en la costa oriental, San Mateo y Santa Elena, más al norte (hoy en el condado de Beaufort, Carolina del Sur). También estableció siete fortines a lo largo de esa costa y organizó, con la publicación de la correspondiente ordenanza, la vida militar, civil y religiosa en aquellos asentamientos, apoyando la estabilización de las misiones jesuíticas frente a la hostilidad de los nativos. Asimismo, y al frente de seis navíos de guerra, protagonizó por espacio de dos meses un viaje de fortalecimiento de las defensas de las colonizaciones españolas en las tres islas del Caribe: Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico. Varias misiones fueron establecidas a lo largo del noroeste de Florida, de Georgia y de Carolina del Sur durante el siglo xvii; y Pensacola fue fundada en el noroeste de la península en 1698, fortaleciendo los derechos españoles en esa parte del territorio.

La noticia de la matanza fue recibida en Europa con terror y estremecimiento, y sería adornada más tarde con una literatura descalificadora y unos

grabados (los de Teodoro de Bry) que incluían escenas que representaban lo acaecido en la Florida como un asesinato de hombres indefensos, con los ojos arrancados, las mujeres forzadas y los niños pasados a cuchillo, algo que deformaba por completo lo que había ocurrido realmente (10). De esta manera, Menéndez de Avilés entró a formar parte de un episodio fundamental de la «leyenda negra».

En sus últimos años, Menéndez de Avilés se multiplicó por Norteamérica. Fundó en Cuba un seminario para instruir a los indígenas de la Florida; de ahí pasó a Axacan, en la bahía de Santa María (actualmente en Virginia), para castigar a un grupo de indígenas que habían asesinado a unos misioneros jesuitas; exploró las costas que rodeaban San Agustín; continuó persiguiendo a corsarios, y levantó la primera carta geográfica de las Bahamas y de las costas de Cuba y Florida. Además, trabajó en el diseño y construcción, en La Habana, de unos navíos conocidos como «galeoncetes», que acortaban la navegación gracias a su quilla más alargada en relación con la manga. E incluso inició los preparativos para su traslado a Santa Elena, aunque su plan no se cumplió, pues a finales de 1573 el rey le habría de relevar como gobernador de Cuba y capitán general de la armada de Indias. Le llamó a la Corte para la planificación y organización en la costa de Santander de una armada con destino a Flandes (11).

Conclusión

Antes de su regreso a España, Pedro Menéndez de Avilés continuó persiguiendo a piratas y corsarios. Solicitó del rey ayuda para los colonos que había dejado en la Florida y garantizarse los recursos necesarios con los que conquistar la conquista y evangelización de aquellas tierras; también solicitaba permiso para vender como esclavos a los indios hostiles. El rey le había nombrado gobernador de la isla de Cuba y le había ofrecido una fuerza permanente de trescientos soldados y misioneros, esta vez franciscanos. No era suficiente para toda la red de fuertes existente, pero Menéndez sí pudo lograr la entrada en Florida de parejas de agricultores para dotar de autonomía a las colonias, rompiendo así con el abastecimiento respecto a los indios. Ya hemos señalado que a él se debe la primera carta geográfica levantada, buscando un mejor conocimiento de las costas cubanas. Años más tarde, en 1574, cuando preparaba la que sería su última expedición de ayuda al gobernador general de los Países Bajos, don Luis de

(10) Véase el excelente libro de ESCOBAR GOLDEROS, Mario: *La historia de una obsesión: Felipe II y su época. Política religiosa nacional e internacional*. Madrid, 2001.

(11) CERVERA MORENO, p. 13.

Requesens (12), en su lucha contra los sublevados holandeses (13) y quien sabe, si también conquistar Inglaterra (14). Moría del acometimiento de un tifus exantemático de extrema virulencia el 17 de septiembre de ese año (15). Tenía cincuenta y cinco años.

Su prematura muerte dejó incompleta la colonización de la Florida, porque sin él hubo de asumirse por parte de la política española una estrategia defensiva. En 1572, Santa Elena, la capital, solo tenía 250 habitantes y tuvo que ser reconstruida varias veces, hasta su decisivo abandono en 1587. Los españoles se replegaron a San Agustín, diana del bombardeo del corsario Drake que arrasó la ciudad. Otras zonas soportaron continuados ataques durante más de dos siglos. Finalmente, por el tratado de París de 1763, la Corona cedió San Agustín y las tierras con misiones franciscanas a los ingleses. La población se evacuó a Santo Domingo. Veinte años después (tratado de Versalles de 1783), la Florida volvió a manos españolas, pero por poco tiempo, pues una invasión norteamericana en 1821 forzó a España a entregarla «a cambio de cinco millones de dólares destinados a satisfacer reclamaciones pendientes entre ambos países» (16). Esta acción tuvo lugar el 10 de julio de ese año, en la plaza de la Constitución de San Agustín.

Hemos visto que Pedro Menéndez de Avilés atacó a los franceses en dos sucesos (el asalto al fuerte Carolina y las ejecuciones de Matanzas). Los variados testimonios de aquella índole apuntan cifras de muertes que difieren y con confrontaciones discursivas sobre la base de denuncias que aportan información sobre estrategias y prácticas de guerra, además de argumentos apologéti-

(12) En sus cartas, el comendador mayor de Castilla y gobernador general de los Países Bajos, Luis de Requesens, insistía en la necesidad de enviar a Flandes una armada con galeras, dada su facilidad de navegación y su mejor maniobrabilidad por los bancos flamencos, para poder desembarcar en la isla de Zelanda y poder tomar Frexelingas. Archivo General de Simancas (AGS), Estado, leg. 561, ff. 20 y 34. A estas misivas respondía Pedro Menéndez aconsejando llevar pinazas en lugar de aquellas, al correr menos riesgos de ser atacadas por los corsarios franceses e ingleses. AGS, Estado, leg. 2842 (s.f.). Véanse también los legajos Estado 156, f. 119; 550, f. 113; 557, f. 29; 561, f. 62, y 2842 (s.f.)

(13) Para el ejército español, la situación era desesperada. Los neerlandeses reaccionarios dominaban la isla de Walcheren y toda Zelanda a excepción de Middelburg, su capital, y dos pequeños castillos continuamente hostigados por los rebeldes. En enero de 1574, la situación de resistencia se hizo insostenible. AGS, Estado, leg. 557, f. 29.

(14) Fue nombrado capitán general de la armada que se iba a preparar en Santander (AGS, Contaduría Mayor de Cuentas 2.^a época, leg. 668, s.f.) Sobre esta posibilidad, véase mi libro «*La Otra Invencible*» 1574. *España y las potencias nórdicas*, Madrid, 1983. Consúltese también AGS, Secretaría de Guerra, leg. 80, f. 201; Estado, leg. 828, ff. 42, 51, 57 y 61.

(15) En la ayuda a los apestados de Santander actuó extraordinariamente el monasterio de San Francisco de la ciudad, manifestando los religiosos un comportamiento admirable en su dedicación, administración de los medicamentos y entrega de provisiones a los enfermos. AGS, Contaduría Mayor de Cuentas 2.^a época, legajo 707 (s.f.); Secretaría de Estado, leg. 81, f. 265, y Estado, leg. 156, f. 168.

(16) CERVERA MORENO, p. 15.

cos, denuncias y excusas de carácter religioso. Y ya hemos referido que la masacre de hugonotes franceses a manos de los españoles se presentó como un episodio a destacar para la construcción de la «leyenda negra» antiespañola, a la par que acicate para las aventuras coloniales inglesas de mediados de la década de los ochenta de este siglo (17). Pero no fue peor que muchas que tuvieron lugar a lo largo de las centurias modernas. No se trata de justificar unos hechos propios del siglo XVI desde planteamientos actuales, sino de emplazarlos en su tiempo y en una forma distinta de ver las cosas. Tratamos de mirar, analizar y entender –nunca de enjuiciar– los acontecimientos desde la óptica de la época en que sucedieron. Hay que contextualizar la decisión de Pedro Menéndez de Avilés como parte de un enfrentamiento militar y del traslado a América de las guerras de religión, que en Europa generaban casi a diario matanzas similares entre católicos y protestantes. De hecho, en la batalla de San Bartolomé (1572), en Francia, los primeros asesinarían a más de 3.000 hugonotes en París y a más de 10.000 en todo el país. El propio Felipe II aprobó las ejecuciones en la Florida al considerar que no se trataba de colonos sino de hugonotes y piratas que habían infringido las bulas alejandrinas, que determinaban la excomunión de quienes cruzaran los límites ibéricos (18). De hecho, ordenó que los supervivientes pasaran el resto de sus vidas remando en galeras. La corte francesa protestó con timidez por la muerte de tantos súbditos y apenas logró que España accediera a liberar a alguno de sus prisioneros. Francia era consciente de que las ejecuciones eran completamente legales dentro de las leyes oficiosas de la guerra.

Como dice Cervera, no debemos olvidar que Menéndez de Avilés «fue un hombre leal a su Estado y un esforzado católico de su tiempo, con todo lo bueno y lo malo que esto significaba» (19).

Bibliografía adicional

- CARDELÚS, Borja: *La huella de España y de la cultura hispana en los Estados Unidos*. Madrid, 2008.
- MADUEÑO GALÁN, Jose M.ª: «Pedro Menéndez de Avilés y Alonso de la Campa», en *Diccionario biográfico español*, entrada consultada el 3 de julio de 2019.
- MIRA CABALLOS, Esteban: «Pedro Menéndez de Avilés diseñó el sistema de flotas de la Carrera de Indias», *Revista de Historia Naval*, núm. 94. Madrid, 2006, pp. 7-24.
- MADRONAL DURÁN, Abraham (ed.): *Pedro Menéndez de Avilés. Cartas sobre La florida (1555-1674)*. Madrid, 2002.

(17) Véase el excelente libro, muy esclarecedor, acerca de los fundamentos auténticos de la «leyenda negra» de ROCA BAREA, Elvira: *Imperiofobia y Leyenda Negra*. Madrid, 2017.

(18) Además, la colonia francesa había contado con la asistencia esclavista del inglés John Hawkins, cercano colaborador de la reina Isabel I, y algunos desertores del fuerte se habían dedicado a saquear y asesinar a cuantos españoles encontraron en los puertos cercanos.

(19) CERVERA MORENO, n. 2.

ADELANTADO DE LA FLORIDA

José M.^a MADUEÑO GALÁN
Capitán de Navío (Retirado)

Por real cédula de 20 de marzo de 1565, Felipe II nombra a Menéndez adelantado, gobernador y capitán general de la Florida a título hereditario. Entre las instrucciones que el monarca le dio destacan: expulsar a los protestantes franceses de península, conquistar y colonizar aquellas regiones, explorar la costa hacia el norte en busca de un estrecho que comunicase los océanos Atlántico y Pacífico, y llevar misioneros para evangelizar a los nativos, con la recomendación de tratarlos humanamente como a meros súbditos de la Corona.

Enseguida se puso a organizar una gran flota en los puertos de Cádiz, Gijón, Avilés y Santander. Estando en estos menesteres, recibió una carta del embajador español en Francia indicándole que el capitán Jean Ribault había salido del puerto de La Rochela hacia la Florida con tres barcos de gran porte y 600 piratas. Con intención de adelantarse a ellos y prepararles en la península el recibimiento que merecían, el Adelantado, sin esperar a la flota del Cantábrico, salió el 28 de julio de 1565 de Cádiz en demanda de las Canarias. Su flota la componían 11 navíos (un galeón de 996 toneladas, fletado por el rey, y 10 naos), en los que iban 995 soldados de mar y tierra, 117 oficiales cerrajeros, molineros, plateros, curtidores, tundidores, labradores y otros con sus familias, y cuatro clérigos seculares con licencia para confesar, con toda la artillería necesaria para batir fuertes y defenderse. En las Afortunadas se incorpora la flota del Cantábrico, mandada por Esteban de Alas, su teniente, que había embarcado 257 soldados de mar y guerra en tres navíos cargados de armas y jarcias, con 78 personas. Entre las gentes que se embarcaron en Asturias estaban 11 frailes de la Orden de San Francisco, presbíteros, un lego, un fraile de la Merced, un clérigo y ocho miembros de la Compañía de Jesús. De Santander y de ciertas partes de Vizcaya salieron a la misma empresa muchos bajeles, cargados de bastimentos y municiones. Como se puede apreciar, llevaba el Adelantado mucha gente, pues la voz de acabar con los herejes, pobladores de tierra del rey, arrastraba a la gente a embarcarse. La escuadra en su conjunto constaba de 26 barcos y 2.646 personas, sufragando la mayoría de los gastos el propio Adelantado, quien invirtió cerca de un millón de ducados. El rey aportaba 299 soldados y un navío; además, dio orden de que en las Indias le diesen 200 caballos, 400 infantes y tres naos de armada, así como artillería, municiones y bastimentos.

En diciembre de 1563 había terminado el Concilio de Trento, y a primeros de marzo de 1565 se inicia una confabulación en Flandes para luchar contra la

Inquisición. El 5 de noviembre de ese mismo año, Miguel López de Legazpi inicia la conquista de Filipinas, que se terminaría en 1572. Felipe II ordena a Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos, proclamar el establecimiento de la Inquisición y los decretos de Trento.

En mitad del Atlántico, la flota fue sorprendida por un temporal que la dispersó, obligando incluso a alguna de las naves a regresar al punto de partida. La capitana, *San Pelayo*, y un patax consiguieron alcanzar Puerto Rico, aunque en muy precarias condiciones. Días después llegaron a la isla otros cinco buques en parecido estado. En Puerto Rico, Menéndez embarcó más hombres y diverso material, dirigiéndose sin más escalas a la Florida. El 28 de agosto de 1565 alcanzaron sus costas. Por no saber dónde estaban fortificados los hugonotes, estuvieron cuatro días navegando cerca de costa de día y fondeando de noche. Hasta que una mañana avistaron indios en la costa. Menéndez mandó a su maestre de campo a tierra con veinte arcabuceros para parlamentar con ellos, y por señas les dijeron que los franceses estaban como a veinte leguas de allí al norte. Fueron costeando hacia el norte y descubrieron a ocho leguas un puerto natural, con adecuada ribera, que bautizaron con el nombre de San Agustín en honor del santo del día en que avistaron tierra de Florida, patrón de Avilés. Siguiendo la dirección indicada, los españoles avistaron, el 4 de noviembre, cuatro galeones grandes franceses fondeados a la entrada del río San Juan. A unos cientos de metros de allí, río arriba, habían construido un establecimiento, denominado Fort Caroline, donde estaban fondeados otros siete barcos de menor porte. El Adelantado convocó consejo de guerra para comunicar su intención de atacarlos de inmediato, pero sus oficiales trataron de disuadirle argumentando que era una temeridad hacerlo en aquel momento, pues la flota francesa era muy superior a la española, seriamente dañada a causa de la acción sufrida en la travesía del Atlántico, y que era mejor esperar a que llegasen los demás navíos. Pero el avilesino logró imponer su voluntad. La sorpresa y la audacia serían sus mejores armas. A medianoche, los barcos españoles entraron en el río, colocándose ente la costa y los navíos franceses para impedirles el desembarco; y, en una acción muy propia de Menéndez, este colocó la proa del galeón *San Pelayo* a pocos metros de la de la capitana francesa. Terminada la maniobra, ordenó iluminar los barcos y tocar las trompetas y los clarinetes, preguntando a los otros de dónde eran, qué hacían allí y a qué religión pertenecían. Los hugonotes respondieron que eran de Francia, que traían hombres y provisiones a la Florida y que su capitán era Jean Ribault. Luego de identificarse, les invitó a que se rindiesen, recibiendo como respuesta risas burlonas e insultos. Pero los franceses, cuando vieron que los españoles iniciaban el abordaje, rompieron los cables de fondeo y huyeron a mar abierto. Toda la noche les persiguió el asturiano sin lograr darles alcance, por lo que regresó al puerto de San Agustín, donde como primera medida ordenó edificar un fuerte en torno a una gran choza que les dio el cacique del lugar. Después, el día 6 hizo desembarcar doscientos hombres, y al día siguiente mandó entrar a los tres barcos de menor calado, de los cuales bajaron trescientos hombres, provisiones, municiones y

aperos de labranza. El día 8, el Adelantado bajó a tierra con gran pompa y disparos de cañón. Se celebró una misa y, acto seguido, el avilesino tomó posesión de la tierra en nombre del rey de España. Todo ello bajo la curiosa mirada de numerosos indígenas que habían acudido a observar a los extranjeros, dándoles los españoles de comer a todos. Temiendo que los piratas se apoderasen de dos de los barcos que, por su mayor calado, y a causa de los bajos del litoral, no podían entrar en el puerto, el Adelantado ordenó desembarcar al resto de los hombres y el diverso material que transportaban, para despacharlos acto seguido, uno, a España, y el otro, a Santo domingo, para que esperase al resto de la armada, que todavía no había llegado. A las pocas horas de haber salido los dos barcos, llegaron a la vista de San Agustín cuatro galeones y dos pinazas franceses con seiscientos hombres a bordo y fuerte artillería. Durante horas, los piratas merodearon en torno al puerto, sin atreverse a atacar. En esto se desencadenó un temporal, tan frecuente en la zona, obligando a los franceses, mandados por el propio Jean Ribault, a alejarse de San Agustín en busca de un refugio seguro. Sospechando que la flotilla francesa no podría regresar a Fuerte Carolina por culpa del temporal, Menéndez tuvo la osada idea de asaltar directamente la base pirata. El día 16, tras dejar a su hermano Bartolomé como gobernador interino de San Agustín, se puso en marcha al frente de quinientos soldados.

Como guías llevaba a dos caciques indígenas y a un francés prisionero que meses antes había estado en la base. Para aligerar la marcha, cada hombre portaba sus armas y una mochila con víveres para ocho días. En vanguardia caminaba el Adelantado, al frente de veinte asturianos y vizcaínos abriendo con sus hachas y espadas camino por la intrincada selva. Las lluvias torrenciales habían sacado de madre los ríos de la región, convirtiendo la zona en un continuo pantano. Después de cuatro días de fatigosa marcha, llegaron a pocos kilómetros del fuerte, pasando la noche en un pantano cuyas aguas les llegaban por la cintura, y todo ello bajo una torrencial lluvia que les inutilizó sus armas de fuego. Al amanecer, una avanzadilla descubre el fuerte y consigue liquidar a los centinelas. Luego, penetra en el recinto, neutralizando cuanto halla a su paso. Minutos después, entra Menéndez con el resto de sus hombres, ordenando tajantemente que se respetase la vida de las mujeres y niños menores de quince años. El alboroto en el patio del fuerte despertó a todos los piratas, que se hallaban tranquilamente durmiendo. El alcalde de la fortaleza, René Laudonnière, y otros sesenta hugonotes consiguieron, en la confusión, saltar la muralla y escapar con lo puesto a la selva. Los demás, unos 142, fueron degollados, salvándose únicamente las mujeres, los niños y los que se declararon católicos, unos setenta en total. Fondeados junto al fuerte se encontraban dos barcos españoles que había capturado Ribault en su travesía del Atlántico, otro en construcción, y tres naves de mayor porte mandadas por Jacques Ribault, hijo de aquel. El Adelantado se apoderó de los tres primeros barcos, que estaban desprotegidos, e invitó a los ocupantes de los otros a que se rindiesen, prometiendo dejarles regresar en una nave a Francia con las mujeres y niños del fuerte. Al ser rechazada la propuesta, los espa-

ñoles dispararon uno de los cañones del fuerte, con tan buena puntería que dio de lleno en uno de los barcos piratas, hundiéndolo en pocos minutos. Sus tripulantes pasaron rápidamente a las otras naves, que huyeron río arriba hacia la mar. Inmediatamente, Menéndez despachó varias patrullas en persecución de los franceses que habían huido a la selva. Una veintena de ellos fueron abatidos a arcabuzazos. Los indígenas capturaron a otros doce, que entregaron a los españoles, los cuales los enviaron, junto con los demás prisiones, a España. En el fuerte conquistado, que los españoles bautizaron como fuerte San Mateo, se encontraron gran cantidad de armas, municiones y, sobre todo, gran abundancia de víveres y ropa, que tanto necesitaban los expedicionarios españoles.

Temiendo que en su ausencia el grueso de la fuerza de Jean Ribault atacase San Agustín, Menéndez, dejando en el fuerte San Mateo al capitán Gonzalo de Villarreal con trescientos soldados, emprendió el regreso a la recién fundada colonia. La vuelta fue peor aún que la ida. Seguía lloviendo torrencialmente y la selva estaba completamente anegada. El ritmo que marcó Menéndez fue tan acelerado que en tres días llegó a San Agustín, dejando a muchos de sus acompañantes rezagados por el camino. Días después de su llegada recibió a varios nativos, quienes le revelaron que varios centenares de franceses habían naufragado al sur de allí. El 28 de noviembre el avilesino, con cuarenta hombres, salió a comprobar la noticia, hallando al otro lado de un brazo de mar a doscientos piratas. Escondiendo a sus hombres para que el enemigo no advirtiese su escaso número, Menéndez se dirigió de nuevo hacia aquel lugar con 150 soldados.

Ciertamente era este jefe pirata, quien con 350 hugonotes pretendía convencer al asturiano para que los dejase pasar libremente, e incluso les ofreció más de 200.000 ducados. Pero todo fue en vano. Por último, 150 franceses, con Ribault a la cabeza, decidieron rendirse sin condiciones. Estos no ignoraban que Menéndez había dado orden de matar al anterior grupo de hugonotes, pues él mismo se lo dijo. En cambio, los otros 150 franceses rechazaron la idea de entregarse, prefiriendo ocultarse en los bosques. Como la vez anterior, el Adelantado ordenó atar a los prisioneros y conducirlos detrás de unos matorrales, donde fueron ejecutados. Solo salvaron la vida los pífanos, tambores y trompetas, y cuatro que dijeron ser católicos, en total dieciséis; los demás fueron degollados. Este lugar se conocería en el futuro como la ensenada de Matanzas (Matanzas Inlet). Los métodos empleados por el avilesino, tachados de crueles por muchos, hay que enjuiciarlos según los parámetros de la época en la que le tocó vivir. En la segunda mitad del siglo XVI, la intolerancia y las guerras de religión eran un hecho cotidiano. Los piratas y corsarios franceses e ingleses campaban a sus anchas a lo largo y ancho del Atlántico, atacando y asesinando sin piedad a cuanto español hallaban a su paso, muchas veces con la complicidad de sus respectivos gobiernos. Por otro lado, el jefe de los expedicionarios españoles sabía por los prisioneros franceses que Ribault pensaba acabar con todos los compatriotas que estaban en la Florida y, lo que es peor, que pretendía edificar una serie de fuertes en el sur

de la península para atacar a los barcos españoles que cruzasen el canal de las Bahamas. También tenía el propósito de apoderarse de La Habana, desde donde, con el apoyo de los esclavos negros que libertaría, se iría apoderando de las grandes islas antillanas. Por último, a Menéndez le preocupaba la seguridad de sus hombres y cómo asegurar la manutención de los numerosos prisioneros. Buena parte de su flota aún no había llegado, y los pocos hombres de que disponía los tenía dispersos por varios fuertes. Por añadidura, días atrás, para más fatalidad, un fortuito incendio consumió las numerosas provisiones de fuerte Carolina. El poco alimento que le quedaba no le llegaba ni para sus propios compatriotas. Estas circunstancias, junto al fanatismo religioso del momento y el odio hacia los piratas, hicieron que tomara estas medidas tan drásticas. La dureza con que castigó a los hugonotes, acto que no se repetiría, contrasta con la blandura, suavidad y humanidad con que trató a los indígenas de la Florida.

Unas semanas después, otros nativos dieron cuenta a los españoles de que no lejos de Cabo Cañaveral se encontraba otro grupo de franceses construyendo un buque y un fuerte. El Adelantado, al frente de 150 soldados, se dirigió por tierra hacia el lugar. Siguiéndole iban por mar tres navíos que conducían cien hombres, municiones y provisiones para cuarenta días. Al llegar a la vista de los enemigos, estos huyeron a los bosques inmediatos. Envió entonces el avilesino tras ellos a un trompeta francés con la promesa de que, si se rendían, les respetaría la vida y los trataría como a españoles. Ciento cincuenta de ellos así lo hicieron, pero otros veinte se negaron, prefiriendo internarse en la selva y morir a manos de los indios. Como había prometido, Menéndez trató a los rehenes humanitariamente y, pese a la escasez de alimentos, les proporcionó las mismas raciones de comida que a sus compatriotas. Tras quemar el fuerte y el navío, los españoles prosiguieron su camino hacia el sur, ahora con intenciones exploratorias. El 4 de noviembre llegaron a una aldea india llamada Ays (actualmente Vero Beach), donde los recibió amistosamente el cacique de la zona. Como la falta de provisiones apremiaba, Menéndez decidió dejar aquí a gran parte de sus hombres e ir personalmente a Cuba en busca de víveres. A fin de evitar roces entre los europeos y los indígenas, trasladó a sus hombres a tres leguas de Ays, donde edificó un fuerte de madera, dejando como jefe de la guarnición al capitán Medrano, para dirigirse luego a Cuba con cincuenta soldados y veinte prisioneros franceses. En La Habana se encontró con su sobrino Pedro Menéndez Marqués, quien había llegado días atrás con varios barcos de la flota del Cantábrico. Varias semanas permaneció el avilesino en la isla caribeña buscando más socorro para los colonos de la Florida. Pero el gobernador de Cuba, García Osorio, envidioso de los éxitos de aquel, le obstaculiza en lo posible negándole la ayuda que le pedía. A principios de enero de 1566 arribaron a La Habana dos barcos de la flota del Cantábrico, capitaneados por Esteban de Alas. Posteriormente llegó un emisario real, quien comunicó al Adelantado que los franceses preparaban una gran armada para conquistar la Florida e islas del Caribe. Para contrarrestar tal fuerza, Felipe II le enviaba una flota de socorro de 17 buques y 1.500 hombres al mando del

general Sancho de Arciniega. El 10 de febrero de 1566, Menéndez, al frente de una pequeña flotilla, salió de La Habana en demanda de la costa occidental de la Florida, para fundar cerca de un pueblo de los indios calusas. Según sus informes, en esta zona había varios naufragos españoles, prisioneros de los nativos. El cacique del lugar, Carlos, acogió pacíficamente al jefe español, quien con sus regalos y buenas maneras consiguió que liberase a sus compatriotas (ocho hombres y dos mujeres). Pero, para su desilusión, ninguno de ellos era su hijo Juan. En prueba de buena amistad, el jefe indio dio al español una hermana suya como esposa. Luego de enviar a «doña Antonia» –como bautizaron a la india– a La Habana para que fuera instruida en la religión católica, el Adelantado se dirigió a San Agustín, donde encontró a la población de la colonia totalmente alterada.

En agosto de 1566 se suceden los motines de Flandes, lo cual provocaría el nombramiento del duque de Alba como gobernador de los Países Bajos en abril del siguiente año. En oscuras circunstancias, el 25 de julio del año siguiente muere el príncipe Carlos, hijo del rey. Meses más tarde, lo hace la tercera esposa de Felipe II, Isabel de Valois. En diciembre comienza la sublevación de los moriscos de Granada.

En su ausencia habían tenido lugar, en San Agustín y San Mateo, diversos tumultos, provocados por los soldados y colonos que, descontentos a causa de la pobreza de la región y la miseria continua en que vivían, se habían amotinado contra sus jefes, apoderándose de varios barcos con el objetivo de ir a Cuba, para luego pasar a México o el Perú. Menéndez logró atajar drásticamente la sublevación, permitiendo a los descontentos –unos cien– trasladarse a Santo Domingo. Más tarde, el inquieto avilesino se dirigió al actual estado norteamericano de Georgia, donde según sus informes habían recalado algunos de los franceses huidos. Con tres barcos y 150 hombres exploró las costas georgianas y la zona meridional de Carolina del Sur, visitando a las tribus indias de la zona, tratando siempre con afabilidad a sus miembros. Reconcilió a viejos enemigos, como los caciques de Gaule y Orista. En todos los lugares por donde pasaban los españoles venían a visitarles numerosos indígenas, quienes les decían que querían ser cristianos y que les diesen una cruz y a alguno de los suyos para que les enseñase en su tierra. Antes de regresar, los expedicionarios españoles edificaron en el territorio de Orista, en Punta Elena (Carolina del Sur), un fuerte de madera, el San Felipe, dejando en él una guarnición de 110 soldados a las órdenes del capitán Esteban de las Alas –en su alrededor crecieron Port Royal y, más tarde, Savannah.

El abastecimiento de víveres constituía el principal problema a que se enfrentaban los colonos de la Florida. De vez en cuando llegaban barcos con provisiones, pero eran insuficientes. Como último recurso, los españoles se dedicaban a buscarlas en la selva o en las aldeas indias cercanas, encontrando siempre la hostilidad de los guerreros del cacique Saturiba, poderoso jefe indio que controlaba el territorio comprendido entre San Agustín y San Mateo. Saturiba, gran amigo de los franceses, haciendo caso omiso de los mensajes de paz y amistad que le enviaban los españoles, se dedicó a atacar a las patru-

llas de soldados que se internaban en los bosques en busca de alimentos, llegando incluso a sitiar el fuerte de San Agustín. Con este panorama se encontró Menéndez al llegar a la capital de la colonia. Luego de reedificar en mejor sitio el fuerte de San Agustín, se trasladó a Cuba en busca de auxilio, pero de nuevo las autoridades de la isla le negaron todo tipo de ayuda. Como último recurso vendió sus joyas, comprando maíz y cazobe que llevó en tres navíos a la Florida, para encontrarse al llegar a San Mateo con la agradable noticia de que la armada de Sancho de Arciniega (17 barcos, 1.500 hombres y abundante comida) había llegado antes a San Agustín. El general Arciniega, además, traía unos despachos reales para el asturiano en los que Felipe II le reencargaba que fortificase las principales islas del Caribe para repeler el presunto ataque de la escuadra francesa. Mientras se descargaban los navíos, Menéndez decidió explorar el río San Juan, que remontó, con tres barcos y 150 hombres, a lo largo de 150 kilómetros. Visitó las diversas tribus indias ribereñas, haciendo las paces con los caciques de esta región y prohibiendo en todo momento a sus soldados que molestasen a los aborígenes y que robasen en los poblados que encontraban abandonados. Según los nativos, el río San Juan nacía en una gran laguna llamada Miami. El Adelantado quiso llegar hasta allí y ver si la laguna comunicaba con el territorio del cacique Carlos pero, no pudiendo remontar más, regresó a la costa, dirigiéndose entonces a los fuertes de San Mateo y San Felipe para inspeccionarlos. Desde este último lugar despachó al capitán Juan Pardo junto con 150 soldados, encargándole que explorase el interior del país en dirección a México, hiciese amistad con los indígenas que hallase y edificase algunos fuertes en los sitios que mejor estimase. En Guale, a petición de los indígenas, el Adelantado dejó un capitán con treinta soldados. También envió al territorio de los calusas al capitán Reinoso con otros treinta soldados, para que edificasen un fuerte y adoctrinasen a los nativos. A diferencia de la mayoría de los conquistadores españoles, que aprovechaban las rivalidades de las diferentes tribus indias para consumir su dominación, Menéndez puso siempre todo su empeño en poner fin a las guerras tribales, haciendo todo lo posible para la reconciliación de los jefes indios enemistados. Así, nada más terminar su misión de fortificar las principales poblaciones de las islas de Cuba, La Española y Puerto Rico, se dirigió al territorio de los calusas, donde puso fin a las diferencias de su jefe con Tequesta –otro cacique que habitaba en el extremo sur de la Florida– y Tocobaga, que controlaba un amplio territorio alrededor de la bahía de Tampa. En los dominios de estos tres jefes nativos construyó el Adelantado tres fuertes, dejando en ellos pequeñas guarniciones de soldados junto con algunos religiosos, para que realizasen su misión evangelizadora entre los indios. Para conseguir la amistad del influyente Saturiba, único cacique de la Florida que todavía no se había sometido a los españoles, Menéndez concertó con él una entrevista cerca del fuerte de San Mateo. Saturiba acudió a la reunión, pero se negó a entrevistarse personalmente con el jefe español. Este, al percatarse de que varios centenares de indígenas le esperaban emboscados para atacarle nada más desembarcar, regresó a San Agustín, haciendo saber a Saturiba que

siempre había deseado «ser su amigo, y ahora también», y que le pesaba «mucho por él no lo quería ser», y que desde ese momento le tuviese por su enemigo y que, por los cristianos que había matado a traición, le mandaría cortar la cabeza o expulsar de su tierra. Días más tarde, el avilesino organizó una expedición de castigo con resultados negativos, pues Saturiba había huido sin dejar rastro.

La situación crítica en que se hallaba la colonia (falta de víveres, malestar de la tropa por el retraso en abonar sus salarios, etc.) decidió al Adelantado a volver a la Península para solicitar ayuda. Llegó a su villa y fue recibido con vítores y agasajos. La reacción del Adelantado nada más pisar tierra fue acudir a la iglesia de San Nicolás, para agradecer al Señor la fortuna en la empresa encomendada. Luego, acompañado por los vecinos de Avilés hasta su casa, fue recibido por su mujer e hijas, además de por sus hermanas y sobrinas, que con ellas estaban. Tras unos días de reposo, viajó a la capital del reino para despachar con el rey. Felipe II no solo le dio la ayuda pretendida, sino que también le nombró gobernador de Cuba, subsanando sus problemas de aprovisionamiento, y le llenó de honores: un retrato de corte de Ticiano, el hábito de Santiago, las rentas del señorío de San Cruz de la Zarza, el derecho a imponer su testamento y una patente para un instrumento de medida de la longitud. La nueva estrategia de Menéndez preconizaba la utilización de galeras de aguas poco profundas y de fragatas para patrullar las costas de las Antillas Mayores e interceptar a los corsarios en las limitadas aguas del nordeste del Caribe. El rey le dio el mando de la flota española y el título de capitán general del Oeste. El 29 de junio de 1568 se hallaba de nuevo en San Agustín con refuerzos, sorprendiéndole la terrible noticia de que en su ausencia el corsario francés Dominique de Gourgues, al frente de 280 facinerosos y varios centenares de guerreros de Saturiba, había atacado por sorpresa el fuerte de San Mateo y matado y ahorcado a la mayoría de la guarnición española. La Florida, mientras tanto, mal gobernada por los lugartenientes e invadida por los corsarios, el hambre, el fuego, las inundaciones, las enfermedades, los motines y las deserciones, estaba cerca de la extinción. Los indios incordiaron en todos los asentamientos hasta concentrarlos en dos puntos, San Agustín y Santa Elena. Incapaces de hacer cualquier progreso, los jesuitas abandonaron. Después de su propia experiencia de varar en territorio indio, el Adelantado volvió a la Península y solicitó autoridad para hacer la guerra contra las naciones traidoras de la Florida y vender a los apresados como esclavos. El rey le ofreció en su lugar una fuerza permanente de trescientos soldados y misioneros, en ese momento franciscanos. Animado por el voto real de confianza, Menéndez hizo planes para trasladar a su esposa y su casa permanentemente a Santa Elena, que sería el origen del marquésado extendido hacia el interior que intentaba. Su familia estaba en su mente. De sus cuatro hijos legítimos, María era una monja profesa de San Bernardo, Juan se había ahogado, Ana había sido asesinada, así que, si el matrimonio de Catalina con Hernando de Miranda no había producido, la línea directa de descendencia finalizaría. En este caso, eligió que la herencia y el título pasa-

ran a un sobrino, puenteando a su hija natural, María, esposa de Diego de Velasco.

En los siguientes cuatro años la actividad de Menéndez se multiplicó: fundó en Cuba una seminario para instruir a los indígenas de la Florida; se trasladó a Axacan, misión situada en la bahía de Santa María (actual Chesapeake, Virginia), para castigar a los nativos que asesinaron a los misioneros jesuitas allí establecidos; exploró gran parte de las costas de los actuales estados norteamericanos de Florida, Georgia y Carolina del Sur, y del canal de Bahamas; limpió de corsarios las costas americanas; levantó la primera carta geográfica de Bahamas y de las costas de Cuba y Florida, etc.

El 14 de noviembre de 1570, el rey se casa por cuarta vez, ahora con Ana de Austria, y el 7 de octubre de 1571 se produjo la victoria contra los turcos en la batalla naval de Lepanto. Al año siguiente, María Estuardo es detenida por Isabel I de Inglaterra, acusada de traición. El embajador español, Guerau de Espés, es expulsado de Inglaterra con el pretexto de participar en la conspiración que tramaba María.

El 10 de enero de 1574, Felipe II le nombra capitán general de la poderosa armada que se preparaba en secreto para ayudar a Requesens a sofocar la rebelión en Flandes –bajo dominio español– del príncipe de Orange. El 8 de septiembre de 1574 se posesionó en Santander de la flota, que se componía de 300 velas y 20.000 hombres, pero ese mismo día enfermó gravemente (víctima de un tabardillo maligno), falleciendo el 17, a la edad de cincuenta y cinco años. Pocos días antes de su muerte dejó dispuesto en su testamento que le enterrasen en la villa de Avilés, en la iglesia de San Nicolás, donde ya reposaban sus antepasados. Para cumplir su mandato, poco después de su fallecimiento, en una caja de madera y amortajado en un hábito blanco con la cruz de la Orden de Santiago, fue embarcado el cadáver del hidalgo asturiano, acompañándole en su última navegación su familia, amigos y gran número de militares que habían servido a sus órdenes. Pero sobrevinieron aquellos días tales borrascas en el mar Cantábrico que, sin poder llegar al puerto de su villa natal, el barco hubo de arribar en Llanes. En la iglesia de esa villa fueron depositados los restos del Adelantado, celebrándose en ella las exequias y ceremonias militares que le brindaron los capitanes y soldados que le acompañaban. Allí permaneció hasta el 9 de noviembre de 1592, fecha en que el canónigo de Oviedo Tirso de Avilés levantó acta de la traslación del cadáver desde esa villa a la de Avilés, siendo depositado en la entonces iglesia del convento de San Francisco, donde se le enterró en un sepulcro en el lado del Evangelio. Por diversas vicisitudes, pasaron más de 300 años hasta que se cumplió completamente la voluntad del ilustre marino. El 8 de agosto de 1924 se produjo el traslado definitivo de los restos del Adelantado de la iglesia de San Francisco a la antigua iglesia de San Nicolás de Bari, en un solemne acto con presencia de autoridades americanas y españolas.

Sus cartas prueban que fue piadoso e inteligente, que nunca imaginó que podría verse obligado por su honestidad a llegar tan lejos en la masacre de franceses, a quienes consideró piratas y herejes.

Diez veces capitán general de armadas, sirvió durante treinta y dos años como capitán de las armadas reales y fue uno de los más intrépidos marinos de la época. Revolucionó la construcción naval, con navíos diseñados por él que acortaron notablemente los días de navegación al Nuevo Mundo. Ideó unas embarcaciones en las que se alargaba la quilla en relación con la manga, a las que se les dio el nombre de «galeoncetes» y que resultaron muy veleras. Cruzó el Atlántico en más de veinte ocasiones. Las imponentes fortificaciones de La Habana son en gran parte obra de Menéndez, verdadero adelantado de la moderna estrategia naval. Su prematura desaparición quizá truncó los planes de racionalización de las tareas de una marina de guerra, que no hay duda hubieran llevado a España a conservar su dominio marítimo por algún tiempo más, ya que el enemigo se habría enfrentado a innumerables problemas. Algunos de los planes e ideas del avilesino eran: la formación de poderosos grupos de escolta para la navegación procedente de las Antillas, la creación de una base fuerte avanzada en las islas Scilly, para atacar a los piratas ingleses en su propio cubil, y el genial proyecto de creación y desarrollo de una verdadera *home fleet*. Se adelantó, según renombrados historiadores, a Mahan y Fisher en casi trescientos años.

Por sus muchos servicios a la Corona, fue distinguido con el hábito de Santiago y la encomienda de la Orden de Santa Cruz de la Zarza.

Bibliografía

- BARRIENTOS, B.: *Vida y hechos de Pedro Menéndez de Avilés* (Ms. original de Javier López de Lerena y transcripción de Elviro Martínez). Gijón, Auseva, 1993.
- BAYLE, C.: *Pedro Menéndez de Avilés*. Ramón y Fe (Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús), Colección Grandezas de España, Madrid, 1928.
- BIBLIOTECA DE CONSULTA MICROSOFT ENCARTA 2004: «Pedro Menéndez de Avilés, Jean Ribault y Saint Augustine», Microsoft Corporation, 1993-2003.
- CABELL, J.B.: *The first American gentleman: a comedy of conquest*, University of Florida, 1942.
- CAMÍN, A.: «El Adelantado de la Florida, Pedro Menéndez de Avilés», *Revista Norte*. México, Talleres Tip. Modelo, 1944.
- CRESPO-FRANCÉS Y VALERO, J.A.: *Don Pedro Menéndez de Avilés: deuda histórica con un soldado ignorado de Felipe II*. Ibersaf Industrial, Madrid, 2000.
- ENCICLOPEDIA UNIVERSAL MULTIMEDIA MICRONET S.A. «Menéndez de Avilés, Pedro (1519-1574)», 1995-2002.
- FERNÁNDEZ DURO, C.: *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, t. II. Museo Naval, Madrid, 1972.
- GÓMEZ TABANERA, J.M.: *Pedro Menéndez de Avilés (1519-1574), al margen de un centenario, leyenda negra y razón de Estado en la Florida hispana*. Instituto de Estudios Asturianos, Imprenta La Cruz, Oviedo, 1975.
- HOFFMAN, P.E.: *A new Andalusia and a way to the Oriente: The American Surtheast during Sixteenth Century*, 1990.
- : *The Spanish Crown and the defense of the Caribbean 1535-1585: Precedent, Patrimonialism, and Royal Parsimony*, 1980.
- INSTITUTO HISTÓRICO DE MARINA: *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, t. II (textos revisados, confrontados e interpretados gráficamente por don Luis Cevreiro Blanco). Imprenta Escelicer, Madrid, 1943.

- KENNY, M.: *The romance of the Floridas: the finding and the founding*. University of North Florida, 1970.
- LOBO CABRERA, M.: «El Adelantado de La Florida, Pedro Menéndez de Avilés, y su estancia en Gran Canaria», *El Museo Canario*, año XLII. Las Palmas de Gran Canaria, 1982, pp. 57-63.
- LYON, E.: *Pedro Menéndez de Avilés*. Colección Spanish borderlans sourcebooks, tomo XXV, Garland Pub., Nueva York, 1995.
- : *The Enterprise of Florida. Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest of 1565-1568*, University of Florida, Gainesville, 1974.
- MARTÍNEZ-VALVERDE, C.: «Biografía de Pedro Menéndez de Avilés», en *Enciclopedia general del mar*, t. v. Ediciones Garriga, Barcelona, 1957.
- MELLÉN BLANCO, F.: *Espadas atribuidas a Pedro Menéndez de Avilés y sus descendientes*. Edición del autor, Madrid, 1998.
- MENÉNDEZ DE AVILÉS, Pedro: *Cartas sobre la Florida, 1555-1574* (edición, introducción y notas de Juan Carlos Mercado). Iberoamericana y Vervuert, Madrid y Fráncfort, 2002.
- MUNACY, A.C.: *Menéndez: Pedro Menéndez de Avilés, Captain General of the Ocean Sea*. University of North Florida, 1992.
- MURRAY STONE, E.: *Pedro Menéndez de Avilés and the Founding of St Augustine*. Kennedy & Sons, P.J.
- RIVAS ANDRÉS, V.: «Breve homenaje a Pedro Menéndez de Avilés, en su cuarto centenario». Lección inaugural del curso 1974-1975 en la Universidad Laboral José Antonio Girón, de Gijón, Imprenta Flores, 1974.
- : *La aventura española en América: Pedro Menéndez de Avilés, la Compañía de Jesús en América*, Apel, Gijón, 1992.
- ROBERTS, R.: *Pedro Menéndez de Avilés*. Library Binding (Latinos in American History).
- RUIDÍAZ Y CARAVIA, E.: *La Florida, su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*, t. I. Imprenta de los hijos de J.A. García, Madrid, 1893.
- SAINZ SASTRE, M.A.: *La Florida, siglo XVI. Descubrimiento y conquista*, Madrid, Editorial S.A. 1992.
- SOLÍS DE MERÁS, G.: *Memorial de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés y de la conquista de La Florida y justicia que hizo en Jean Ribault y otros franceses, 1565*.
- : *Pedro Menéndez de Avilés y la conquista de La Florida (1565)* (edición y presentación de J.M. Gómez-Tabanera). Grupo Editorial Asturiano, S.L. (Anaquel Cultural Asturiano), Oviedo. 1990.
- THOMPSON, K., y SHAW, C.: *Pedro Menéndez de Avilés*. Raintree Publishers, Milwaukee, 1990.
- THURBER CONNOR, J. (introd.): *Pedro Menéndez de Avilés. Memorial by Gonzalo Solís de Merás (1923)*, 1964, ensayo magnífico como introducción a una edición facsímil del *Memorial* de Solís de Merás.
- TURNER BUSHNELL, A.: *The Spanish frontier in North America*, sitúa la colonia y a su fundador entre lo más grande de la historia de España en América.
- VIGIL, C.M.: *Noticias biográficas genealógicas de Pedro Menéndez de Avilés, primer adelantado y conquistador de La Florida continuadas con las de otros asturianos que figuraron en el descubrimiento y colonización de las Américas*. Imprenta La Unión, Avilés, 1892 (ed. orig.); Auseva (Biblioteca de Autores Asturianos), Gijón, 1987 (ed. facs.)

LA IMPORTANCIA DEL HERMANAMIENTO CON SAINT AUGUSTINE DE LA FLORIDA

Román Antonio ÁLVAREZ GONZÁLEZ
Licenciado en Historia e Investigador

Florida: la presencia avilesina desde la conquista hasta el tratado Adams-Onís

San Agustín de la Florida fue fundada por Pedro Menéndez el 28 de agosto de 1565, si bien los norteamericanos celebran el 8 de septiembre el cumpleaños de la ciudad porque en esa fecha se produce, por parte del Adelantado, la toma de posesión del territorio en nombre de Felipe II, después de trasladar el primer asentamiento a un lugar más seguro. Es cuando el padre Grajales celebra la primera misa en territorio floridano y se produce la comida con los nativos, en la que estos ofrecen a Pedro Menéndez y los suyos el pavo silvestre con frutas, circunstancia que se seguirá celebrando cada año y que dará lugar al tradicional Día de Acción de Gracias.

Cuenta Solís de Merás en su *Memorial* que Menéndez llevó consigo a la conquista de Florida un total de 2.646 personas, embarcadas en 34 bajeles. Esteban de las Alas embarcó 257 personas de mar y guerra en tres navíos cargados de armas y municiones en el puerto de Avilés. Seguramente eran barcos pequeños, zabras de tres palos (trinquete, mayor y mesana) con un arqueo de entre 100 y 200 toneles y una dotación que no llegaría a los cien hombres. En Gijón, Pedro Menéndez Marqués fletó dos zabras (*Espíritu Santo* y *Nuestra Señora del Rosario*) con bastimentos, municiones, armas y jarcias, y 78 personas. Pedro Menéndez zarpa de Cádiz en el *San Pelayo*, un galeón con un arqueo de unos 900 toneles y en el que irían algo más de 300 personas. Sabemos que en los barcos que salieron de Asturias la tripulación la componían avilesinos y asturianos (en la *Espíritu Santo*, de Cudillero y Pravia). En el *San Pelayo* los marineros eran asturianos y vascos.

Por lo tanto, desde su fundación, San Agustín tendrá importante presencia asturiana y especialmente avilesina. A partir de ese momento sabemos que

Menéndez seguirá llevando familias y soldados avilesinos y asturianos para colonizar el territorio. Desde ese momento hasta 1819-1821, años en los que se suscribe y ratifica el tratado Adams-Onís, que cedió la Florida a Estados Unidos, y salvando el breve periodo inglés de veintiún años que va desde 1763 a 1784, la ciudad de San Agustín y la Florida completa pertenecieron a España y la presencia avilesina será una constante.

Las relaciones hispano-norteamericanas y la guerra de Cuba

Podemos decir que, históricamente, las relaciones de España con Estados Unidos fueron cordiales, incluso de alianza, hasta la guerra de Cuba en 1898. El inicio de estas cordiales relaciones será la ayuda de España a las colonias inglesas de Norteamérica en su guerra de independencia (1775-1783). El paradigma de esta relación será el mariscal malagueño Bernardo de Gálvez y sus acciones, decisivas para la independencia norteamericana. El bloqueo de Nueva Orleans o la toma de Pensacola a los ingleses son dos ejemplos de las mismas. La transferencia de la Luisiana a los norteamericanos, los acuerdos fronterizos entre ese territorio y Florida y México, o la venta de Florida a Estados Unidos por el tratado Adams-Onís, de 1819, ratificado por España en 1821, son episodios destacados en esas buenas relaciones.

En 1821 finaliza la presencia española en Florida, la cual había comenzado en 1513, año en que Ponce de León llega a esas tierras. Pedro Menéndez de Avilés fue el que las incorporó a la corona de España tras derrotar a los franceses de Jean Ribault, y proceder a la fundación de San Agustín y a la conquista de todo territorio a partir de 1565. Habían pasado 308 años desde la llegada española hasta su incorporación a Estados Unidos.

Con la incorporación a Estados Unidos, la mayoría de los españoles de San Agustín salen hacia Cuba, aunque algunos permanecen en la ciudad. Pero las relaciones entre los dos países continúan con relativa normalidad después de este suceso a lo largo del siglo XIX, hasta la intervención estadounidense en Cuba y la guerra con España. La guerra de 1898 significa la pérdida española de sus últimas colonias.

La consecuencia de ese enfrentamiento armado fue la ruptura de las relaciones entre las dos naciones. No solo se enfriaron las relaciones institucionales, sino que también el sentimiento de amistad de la opinión pública de cada país hacia el otro se quebró, tornándose muy hostil con respecto al otro. Las causas quizá haya que buscarlas, por el lado norteamericano, en plantear la confrontación con España como una «guerra patriótica», que podía volver a unir a todos los estadounidenses en un objetivo compartido – liberar al pueblo cubano – tras la división que se produjo por la guerra civil (1861-1865). Se necesitaba recrear en el subconsciente colectivo de la ciudadanía un sentimiento de unión similar al de la guerra de independencia norteamericana. Ahora el enemigo, la potencia colonizadora y opresora, sería España.

Pero también hay que tener en cuenta la estrategia seguida por la joven nación americana, una gran potencia militar que practica una política de expansión territorial por medios pactados y pacíficos, pero también imponiéndose por la fuerza de las armas. El conflicto hispano-norteamericano hay que situarlo en el marco de procesos similares en lo que será la conformación del territorio actual de Estados Unidos. Nuestro país, debilitado tras la invasión napoleónica y un siglo entero de pronunciamientos y guerras civiles, se cruza en esos momentos con los intereses expansionistas de una joven y potente nación que ve en las colonias hispanas una presa fácil y estratégicamente apetecible. La posición inicial de Estados Unidos respecto a Cuba repite el esquema seguido con los territorios de Luisiana y Florida, es decir el intento de compra para luego anexionarlo a la Unión. Pero ese posicionamiento choca con la negativa española primero y, después, con una isla densamente poblada y una sociedad que no acepta diluirse política y culturalmente en la unión de estados norteamericanos.

El gobierno de Estados Unidos, para justificar ante su opinión pública su intervención, diseña una gran campaña propagandística en los medios de comunicación, la primera que se realiza con una escala y una intensidad tan rotunda. El objetivo va a ser el desprestigio de España, la propagación de una imagen muy negativa de sus métodos de gobernanza y, al mismo tiempo, la idealización de la lucha de los rebeldes. Pero la paz de Zanjón entorpece la estrategia estadounidense, y por ello se recurre a una estratagema. El acorazado norteamericano *Maine* penetra en el puerto de La Habana en un claro acto de provocación. Después de su ataque, se produce una violenta explosión que provoca su hundimiento. Inmediatamente, Estados Unidos acusa a España de la voladura y le declara la guerra, sin autorizar la realización de una investigación independiente para esclarecer los hechos. Posteriores indagaciones han demostrado que la explosión fue un accidente en el que España nada tuvo que ver.

Sin embargo, la voladura del *Maine* fue la disculpa perfecta y, tras la acusación a España, se produce la declaración de guerra. Se inicia entonces un llamamiento al pueblo norteamericano para que se aliste voluntariamente en la contienda y participe en la «liberación» del pueblo cubano de la opresión española. Se alistan personas jóvenes y viejas, que se concentran en Jacksonville. Ninguno va a participar en la guerra, cuyo protagonismo lo tuvo la Marina y el ejército regular. El llamamiento fue simplemente una maniobra de distracción y propaganda.

El fin de la guerra sirvió para que Estados Unidos intensificase, sobre todo bajo el mandato del presidente Woodrow Wilson, la llamada «doctrina Monroe», es decir de intervencionismo en Hispanoamérica, que implicaba el boicot a cualquier tipo de presencia de España en sus antiguas colonias. Se proyecta negativamente la visión de «lo español» ante el pueblo norteamericano y se choca así con la postura de España, que había iniciado tras la guerra cubana una ofensiva diplomática para reivindicar un liderazgo moral y cultural bajo el concepto de «hispanidad».

En España se suscita, paralelamente, un movimiento de regeneración de la conciencia nacional y una intensificación de las relaciones con Hispanoamérica. España mantendrá, en relación con el conflicto europeo y la posterior Gran Guerra, una actitud de neutralidad y filogermanismo que, alimentada desde los sectores oficiales, tendrá como resultado el arraigo de un profundo sentimiento antiamericano.

Esa era, sintéticamente, la situación de las relaciones entre los dos países tras la paz de París de 1898, que se mantiene inalterable a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX. Una situación de enfrentamiento, de resentimiento y de acritud, no solo en el ámbito oficial, sino también entre las opiniones públicas respectivas.

Los primeros intentos de normalización tras la guerra: 1919

Sin embargo, en ambas naciones continuaron existiendo personas que pensaban que esa situación debía cambiar. En Estados Unidos seguía valorándose la labor española en América, y especialmente su herencia en el territorio norteamericano. La presencia española en Florida y, más aún, la fundación por parte del avilesino Pedro Menéndez de la ciudad de San Agustín se habían convertido, tras la agregación, en un elemento de identidad de primer orden. Se trataba de la ciudad poblada por europeos más antigua de Estados Unidos, la cual, además, había permanecido siempre habitada.

Pero la historia de Florida, y especialmente de San Agustín, está íntimamente relacionada con España y su herencia cultural. Esta herencia enseguida pasa a considerarse uno de los factores fundamentales para el desarrollo de la ciudad. Así lo apreció Mr. Flagler cuando, tras su viaje a Florida en 1883, decide iniciar en 1885 la construcción del hotel Ponce de León, hoy convertido en el Flagler College, y construye a continuación otra serie de edificios, elementos identificativos, junto con la herencia española, de la ciudad. También construye los ferrocarriles que harán posible el gran desarrollo turístico de Florida.

Pero va a ser Mr. John B. Stetson, Jr. (1884-1952), dedicando su vida al estudio e investigación de la historia de la Florida, e invirtiendo mucho dinero y tiempo en financiar estudios para recuperar la memoria de la presencia española en ese territorio, quien dará un impulso decisivo a la recuperación del prestigio de España. Especialmente se fijará en la figura de Pedro Menéndez de Avilés. Lo hace en un contexto hostil, después de la guerra de Cuba, en un momento de gran enfrentamiento entre España y Estados Unidos.

Contará con un aliado en la persona del asturiano Ángel Cuesta Lamadrid, que se había propuesto como objetivo vital que sus dos patrias, España y Estados Unidos, distanciadas y enfrentadas, hallasen otra vez la senda del entendimiento. Don Ángel Cuesta, tabaquero establecido en Tampa, pertenecía al Rotary Club, fundado el 23 de febrero de 1905 en Chicago. El Rotary abogaba por conseguir la paz entre las naciones y promovía la lucha contra las enfer-

medades infantiles en todo el mundo. El abogado Paul Harris es el fundador del club, junto con Silvester Schiele, comerciante de carbón; Gustavus Loehr, ingeniero de minas, e Hiram Shorey, sastre y comerciante. Esta organización, a través de su sección internacional, liderada por Ángel Cuesta, contribuirá significativamente a la reanudación de las relaciones entre las dos naciones.

En España también hay personas que trabajan en la misma dirección. Los periodistas Miguel de Zárraga y Julián Orbón Corujedo, o el empresario avilesino José Antonio Rodríguez, son tres ejemplos claros de personas decisivas en el acercamiento.

Y, en medio de ese camino de regeneración en las relaciones entre Estados Unidos y España, emerge de nuevo la figura de Pedro Menéndez, artífice de la ciudad de San Agustín y de la historia toda de Florida, ligada al Adelantado avilesino; y también emerge la ciudad de Avilés, ciudad madre de San Agustín y de toda Florida, el lugar donde nació el fundador y donde reposan sus restos, el hombre que es reivindicado como seña de identidad de un pasado común que se ha de recuperar, como elemento clave de la herencia hispana de todo el territorio norteamericano.

En 1918 se inaugura en Avilés el monumento dedicado a Pedro Menéndez. Y en 1919 se celebra el 400.º aniversario del nacimiento del Adelantado. Es entonces cuando se decide construir en la villa asturiana un nuevo mausoleo para enterrarlo. En Estados Unidos también se conmemora el nacimiento de Menéndez, y la Sociedad de la Historia de Florida, presidida por Mr. John B. Stetson, publica la traducción inglesa de la biografía escrita por Gonzalo Solís de Merás, que será la primera biografía en inglés del Adelantado publicada en Estados Unidos. La traducción la realiza una gran experta: la investigadora e hispanista Jeannette Thurber Connor, a la sazón vicepresidenta de la Sociedad de la Historia de Florida. Posteriormente, en 1921, ambos personajes van a iniciar una colosal labor de investigación y recopilación documental de la presencia española en Florida, y logran reunir el acervo más completo de documentos sobre ese territorio, conocido hoy como «Colección Stetson», que se encuentra depositada en la Universidad de Florida, en Gainesville. También fue decisiva la colaboración, desde 1923, del doctor James Alexander Robertson, una de las personas que más contribuyó, desde el campo académico, al conocimiento de España, de su cultura y de su historia en Estados Unidos.

El papel de Avilés en la normalización: 1924

Pero va a ser en 1924, con motivo del 350.º aniversario de la muerte del Adelantado, cuando se materialice el acercamiento oficial. Se constituirá una gran delegación norteamericana que visitará Avilés en misión de representación oficial de la nación. Dicha delegación, la primera de una ciudad estadounidense que es enviada oficialmente a un país extranjero, asistirá en Avilés al traslado de los restos de Pedro Menéndez. La visita tendrá lugar en agosto de

1924 y, con posterioridad, el propio rey y el presidente del Gobierno recibirán a la delegación en el palacio de la Magdalena de Santander.

Estará presente una representación, expresa, del presidente norteamericano, Calvin Coolidge, y del gobierno federal en la persona del embajador de Estados Unidos en España, Mr. Alexandre Pollock Moore, quien viajará acompañado de los comandantes del Ejército norteamericano Campbell B. Hodges, agregado militar de la embajada, y E.W. Taublee. También acompañó al embajador Mr. Louis Wiley, *business manager* del *New York Times*. Representando al estado de Florida y a su gobernador, Mr. Cay A. Hardee, participarán en la delegación don Ángel Cuesta Lamadrid, jefe de la misión; John Batterson Stetson, Jr., en representación de la ciudad de San Agustín; el senador A. M. Taylor, acompañado de su esposa, Mrs. Sughy Taylor, y de la hija de ambos Edith Everett Taylor; el juez Obe P. Goode, acompañado de su esposa, doña Carlota Sánchez; el coronel William Arthur MacWilliams y su esposa, Gertrude de Médici MacWilliams, así como los ciudadanos Frank W. Nix, Robert R. Scott y los hermanos Frederick Sturdivant Vaill y Edward G. Vaill, todos ellos destacadas personalidades de San Agustín, representativas y de influencia en el estado de Florida y en todo el territorio de Estados Unidos.

Tras un periplo por varios países y ciudades europeas y españolas, arribarán a Avilés el jueves 7 de agosto de 1924. El embajador Pollock Moore, así como el personal que lo acompaña, llegarán el día 8 procedentes de San Sebastián.

Por parte española, el general Álvarez del Manzano representará al jefe del Estado, el rey Alfonso XIII; el gobernador de Asturias, general Zubillaga, será quien represente al gobierno de la nación, y el alcalde de la ciudad, don José Antonio Rodríguez, y su corporación los que representen a la ciudad de Avilés.

Fue en esa visita a Avilés cuando, tras la guerra de Cuba, se produce la primera participación junto a militares españoles, en un acto oficial, de un militar norteamericano. Le cumple el honor al comandante Campbell B. Hodges, quien fue a Avilés para trasladar a hombros, de consuno con militares españoles, el féretro de Pedro Menéndez desde el Ayuntamiento hasta la iglesia nueva de Santo Tomás de Sabugo. Para participar también en los eventos llega ese 7 de agosto Juan Bautista Luis Pérez, prelado de la diócesis de Oviedo, que se instaló en el asilo de ancianos. Y también distinguidas personalidades de la vida política y social española. La banda del Regimiento del Príncipe recibirá a los delegados a los sonos del himno norteamericano.

El sábado 9 de agosto se realizaron los actos centrales. Tras la exhumación de los restos de Pedro Menéndez en la iglesia de San Nicolás, el ataúd con los mismos se traslada al Ayuntamiento, donde a las diez de la mañana se congregaron las autoridades y personalidades que habían acudido a Avilés. Se abrió el ataúd y se levantó acta con la identificación de los restos, tras lo cual la comitiva se puso en marcha con destino al nuevo templo parroquial de Santo Tomás de Cantorbery. Abría el paso una sección a caballo de la Guardia Civil; a continuación iban el presbítero José Menéndez González, correspondiente

de la Real Academia de la Historia, y otros sacerdotes de las parroquias de San Nicolás y Santo Tomás; después, la banda del Príncipe, seguida de una compañía del Regimiento de Tarragona; luego, coronas de flores ofrecidas por los delegados norteamericanos, la Diputación Provincial, el Ayuntamiento de Oviedo y el comité organizador. El ataúd del Adelantado, envuelto en la bandera española, fue transportado por el agregado militar de la embajada de Estados Unidos en España, comandante Campbell. B. Hodges, y por los ayudantes del capitán general de la Región, del gobernador militar de la provincia y del delegado gubernativo del partido judicial.

Marchaba a continuación la presidencia del acto, formada por el capitán general de la Región, Bernardo Álvarez del Manzano, y el embajador estadounidense, Mr. Moore. Figuraban en la comitiva que la seguía los representantes del estado de Florida señores Cuesta Lamadrid y Stetson, Jr., así como los de la ciudad de San Agustín. Por parte española, el alcalde avilesino, José Antonio Rodríguez; el gobernador civil y militar, Francisco Zubillaga; el presidente de la Diputación Provincial, señor Jove y Bravo; el teniente de alcalde de Oviedo, señor Ladreda; el alcalde de Gijón, señor Zubillaga; el exministro y diputado señor Goicoechea; Julián Orbón, presidente del comité organizador; Miguel de Zárraga, periodista y corresponsal de *Abc* en Nueva York; el escultor Garci-González, el académico José Francés, concejales varios y otras personalidades.

Todos los comercios de la calle José Manuel Pedregal, hoy calle de la Cámara, habían cerrado y los edificios lucían en los balcones colgaduras y banderas norteamericanas y españolas entrelazadas, mientras en las aceras se congregaba un gran gentío observando, con expectación, el paso de la comitiva.

En la puerta de la iglesia de Santo Tomás aguardaba el prelado de la diócesis, Juan Bautista Luis Pérez, que acompaña a las autoridades y delegados norteamericanos al interior del templo. Comenzados los oficios religiosos, se incorpora a los mismos el comandante general del apostadero de Ferrol, Enrique Emilio Loño, que había llegado desde Santander a bordo del cañonero *Marqués de la Victoria*. Ocho marinos del referido buque de guerra pasan a dar guardia de honor a los restos del Adelantado, colocados frente al altar mayor. Se celebra una misa de réquiem con oración fúnebre oficiada por el presbítero avilesino José Fernández Menéndez, en la que glosa los méritos del Adelantado, haciendo votos para que las diferencias pasadas entre ambas naciones sean superadas definitivamente y los lazos que unen a los dos pueblos triunfen en el futuro.

Terminado el acto religioso, la comitiva se pone en marcha, figurando ya en la presidencia el comandante general del apostadero y siendo portada por los marineros del *Marqués de la Victoria* la urna funeraria. El itinerario arrancó de la plaza de la Merced, y tras recorrer la calle de Pedregal, la de Marqués de Teverga y la plaza de Carlos Lobo, remató su recorrido en la antigua iglesia de San Nicolás. En el interior del templo, el señor obispo, después de entonar un responso, bendice el túmulo donde, a continuación, reciben sepultura los

restos del Adelantado. Posteriormente, la Banda Municipal interpreta la Marcha Real española. Tras la ceremonia, la comitiva se dirigió al parque del Muelle, donde se emplaza el monumento a Pedro Menéndez, a cuyo pie se depositaron las coronas de flores. A continuación el prelado de la diócesis, monseñor Pérez, glosa nuevamente la figura de Pedro Menéndez y subraya la importancia de los actos que se acaban de celebrar.

La delegación parte el lunes 11, a las nueve de la mañana, para Grado en una flota de automóviles, a fin de tomar el tren para Santander, vía Oviedo. Les acompañaba el señor Zárraga, quien, junto con el señor Ángel Cuesta, será el encargado de presentar a los delegados al rey Alfonso XIII y a la reina Victoria Eugenia, así como al presidente del Gobierno, el general Miguel Primo de Rivera, en el Palacio Real de la Magdalena. El rey, que no había estado presente en Avilés, quiere recibir a los delegados norteamericanos y rendirles honores al más alto nivel. Por esta razón se había trasladado a Santander en automóvil, vía Burgos, el 9 de agosto, en compañía de su secretario, Emilio Torres, y del presidente del Directorio. Tras la estancia en Santander, los delegados son despedidos por el cónsul de Estados Unidos en Santander, Mr. Dawson. Algunos siguieron viaje a Inglaterra, a cumplir distintas obligaciones y compromisos; otros regresaron directamente a Estados Unidos, y en Santander se quedan, invitados por el señor Cuesta Lama-drid, los señores Obe P. Goode y A. M. Taylor con sus familias. Visitaron el periódico *La Atalaya*, donde fueron recibidos por su director, José del Río Sainz. Posteriormente hicieron lo propio con las cuevas de Altamira, acompañados por el profesor de la Universidad Central de Madrid Hugo Obermaier. Finalmente, las dos familias norteamericanas se desplazan con Ángel Cuesta, el 15 de agosto de 1924, a Panes para pasar unos días en la casona de El Collado, propiedad del señor Cuesta, en el barrio de Cimiano. Los últimos delegados norteamericanos salieron de Santander el 20 de agosto de 1924. Así fue la reanudación de relaciones entre España y Estados Unidos, en el Avilés del año 1924 y teniendo como figura central a Pedro Menéndez y su gesta en la Florida. Los contactos entre Avilés y San Agustín desde entonces fueron ya constantes.

La continuidad histórica de las relaciones

El regalo del ataúd y del escudo de armas de Pedro Menéndez

Mr. John Batterson Stetson, Jr. fue un pilar fundamental en el acercamiento. En los actos de Avilés, se da cuenta de que el ataúd original de Pedro Menéndez no iba a ser depositado en el nuevo mausoleo porque las dimensiones del mismo lo impedían, y que los restos se habían colocado dentro de un nuevo ataúd de zinc. Entonces interviene discretamente ante el alcalde de Avilés haciéndole ver lo interesante que sería, para reforzar los vínculos entre las dos ciudades y el carácter español de San Agustín, que esta ciudad pudiese

conservar en su seno el viejo ataúd, que ahora quedaba en desuso. No lo vio mal el alcalde, que accede a la petición, así que el féretro se embarca en Santander rumbo a Estados Unidos, encargándose de todas las gestiones el cónsul norteamericano en la ciudad. En octubre de 1924 llega a San Agustín la histórica reliquia. Pero en la cabecera del ataúd faltaba el escudo de armas del Adelantado que, en 1924, se había extraído del mismo. Pocos años más tarde fue solicitado también por el señor Stetson. Avilés accede a la cesión y, tras una pequeña restauración, el escudo de armas fue entregado a la ciudad de San Agustín en 1934. Estos dos recuerdos del Adelantado son hoy en día seña de identidad de la ciudad y están depositados en el museo dedicado a Menéndez en San Agustín.

El regalo de las placas de bronce por Mr. Stetson, Jr.

En 1927, el señor Stetson, Jr. encargará dos placas de bronce a modo de «memorial», en las que se graban los nombres de las personas que formaron parte de la delegación norteamericana que visitó Avilés en agosto de 1924. En las placas se recuerdan también las causas que motivaron la formación y el viaje de esa delegación. En el texto se destaca la labor civilizadora de España en América, especialmente en Florida y en el territorio de Estados Unidos. Una placa es donada a la ciudad de San Agustín y está colocada, no sin sufrir curiosos avatares, en la parte trasera del pedestal que soporta la escultura gemela de Pedro Menéndez, delante de su Ayuntamiento. En Avilés, la placa se colocó en la antigua iglesia parroquial de San Nicolás, en la pared, al lado izquierdo del mausoleo donde reposan los restos del Adelantado. En julio de 1928, con motivo de la colocación de la placa en Avilés, acude a los actos el embajador Ogden Haggerty Hammond, que será el segundo embajador estadounidense que visite Avilés.

El nuevo traslado

En agosto de 1956 tuvo lugar un nuevo traslado de los restos de Pedro Menéndez desde la actual iglesia parroquial de San Nicolás, antiguo convento franciscano, donde habían sido depositados tras la Guerra Civil, a su sitio en el mausoleo que había construido el artista Garci González en la vieja parroquia. A los actos, celebrados con gran solemnidad, asistieron, además del alcalde de Avilés, Francisco Orejas Sierra, y otros miembros de la corporación, el gobernador de la provincia, señor Garicano Goñi, el comandante de Marina, el rector de la Universidad, el conde de Revillagigedo y el director de relaciones culturales del Instituto de Cultura Hispánica, Manuel Fernández Shaw. Por parte norteamericana acudió a los eventos el embajador en España, señor John Davis Lodge, acompañado del comandante del buque de guerra norteamericano *Sperry*, que fondeó en el muelle avilesino exprofeso para la

ceremonia. Una compañía de marines de dicho navío desfiló por las calles de Avilés escoltando la procesión realizada con motivo del traslado.

El hermanamiento entre las dos ciudades

En junio de 1961, el pleno del Ayuntamiento de Avilés, presidido por el alcalde, Francisco Orejas Sierra, a propuesta de este acuerda por unanimidad nombrar villa hermana a la ciudad de San Agustín de la Florida. En 1963 se produce la primera visita de un alcalde de la ciudad de San Agustín a Avilés. Fue James S. Lindsley, que recibió como regalo de la ciudad de Avilés una réplica de las espadas de Menéndez que hoy se guardan en la Casa Municipal. Fue este alcalde el que propuso a la ciudad de San Agustín que adoptase también el acuerdo de declarar a Avilés ciudad hermana de San Agustín. La propuesta fue aprobada por el Ayuntamiento de San Agustín el 10 julio de 1967.

El cuarto centenario de la fundación de San Agustín

En 1965 se celebra el cuarto centenario de la fundación de San Agustín, y con ese motivo visita nuestra ciudad, en el mes de julio, una delegación de la ciudad hermana presidida por su alcalde, John Bailey, a quien acompañaba Mr. Earle W. Newton, director de la Comisión Oficial del IV Centenario, así como el mayor míster Henry W. Mac Millan, representante del estado de Florida. Hacen entrega a la ciudad de Avilés de una medalla conmemorativa de esa celebración, e invitan a una delegación de la ciudad del Adelantado a participar en septiembre en los eventos que han de celebrarse en S.^t Augustine. Fernando Suárez del Villar será el primer alcalde de Avilés que visite San Agustín, en septiembre de 1965. También una representación del gobierno de España, con el ministro Manuel Fraga a la cabeza, visita San Agustín para conmemorar ese cuarto centenario.

El regalo de la estatua de Pedro Menéndez

En 1969, el día 17 de agosto, se entrega una réplica de la estatua de Pedro Menéndez a la ciudad de San Agustín. Fue enviada a Florida en el mercante *Liana*, al mando del capitán José Ángel de Martino Pena, natural de Gijón. También hizo la travesía, como jefe de máquinas, el avilesino René González Blanco. Una comisión avilesina, al frente de la cual estaba el alcalde, Fernando Suárez del Villar, formada por quince personas fue la encargada de hacer la entrega oficial. La escultura fue colocada frente al edificio del Alcázar, habilitado en aquellas fechas como nueva sede del Ayuntamiento de San Agustín, por el alcalde de la ciudad, señor Upchurch

Lindley, si bien la inauguración oficial tendría lugar tres años después, en septiembre de 1972.

El regalo del ancla del galeón Nuestra Señora de Atocha

A partir de esas fechas, aunque hubo algunos contactos más, las relaciones quedaron dormidas hasta que, en 1995, el entonces alcalde de Avilés, Santiago Rodríguez Vega, se desplazó a Estados Unidos y reanudó con su colega de San Agustín, Mr. Gregorio Baker, esa relación de fraternidad.

Desde entonces, la comunicación ha sido continua y, fruto de la misma, en 1997 se produce la visita a Avilés de una nueva delegación norteamericana, encabezada por el alcalde, señor Len Weeks. La Corporación avilesina, presidida por Agustín González Sánchez, ofreció a los invitados un concierto en el Conservatorio Julián Orbón. También se firmó, en el salón de recepciones del Ayuntamiento, el acta de recepción y cesión al Museo Philippe Cousteau de Salinas del ancla del galeón *Nuestra Señora de Atocha*, que sería entregada dos años después. La ciudad de San Agustín había adquirido el ancla en 1995 y, tras su restauración en el castillo de San Marcos, la ofrece como regalo a la ciudad de Avilés. El 12 de octubre de 1999 se inaugura en Salinas un monumento de coquina, especialmente transportada de Florida, sobre el que se coloca el ancla del galeón. En el acto están presentes los alcaldes de Castriellón, José M.^a León Pérez; de Avilés, Santiago Rodríguez Vega, y de San Agustín de la Florida, señor Len Weeks, así como el presidente de la Cofradía de la Buena Mesa de la Mar, entidad creadora del Museo, José Luis Vigil. El alcalde norteamericano, al que acompañaba una representación de su ciudad, también suscribió, con su homólogo avilesino, un protocolo de colaboración cuyo objetivo fue desarrollar el hermanamiento entre las dos ciudades. Este protocolo es ratificado en San Agustín en febrero del año 2000.

La visita a San Agustín de los reyes de España en el año 2001

La sustitución del alcalde Len Weeks en el gobierno de San Agustín paraliza momentáneamente el desarrollo de los acuerdos de hermanamiento. En febrero del año 2001, la delegación avilesina que visitaba la ciudad norteamericana hace una nueva propuesta para desbloquear la situación. Las intervenciones del comisionado Bill Lennon, presentándola al pleno de San Agustín, y del propio Len Weeks, defendiendo la misma, van a ser decisivas. El nuevo alcalde, Mark Alexander, asume los acuerdos y nombra a Len Weeks embajador para España de los asuntos de San Agustín. En estos hechos fueron muy importantes el asesoramiento y el apoyo del entonces cónsul español en Miami, Javier Vallauré. La labor y gestiones del cónsul y de la ciudad de Avilés hicieron posible la concreción de la primera visita de un rey de España a San Agustín. Fue en abril de 2001, cuando SS.MM. don Juan Carlos y doña Sofía visitan la ciudad floridana. Acompaña a los monarcas en la visita el

alcalde de Avilés, Santiago Rodríguez Vega. En el mes de agosto de 2001 se sustanciará la realización del primer intercambio de estudiantes, con la participación por parte española de alumnos y profesores del IES Carreño Miranda.

Primeras publicaciones bilingües sobre la relación de ambas ciudades (2001)

Las publicaciones de los primeros libros sobre las dos ciudades, en ediciones bilingües, fueron el espaldarazo definitivo en las relaciones entre ambas tras el hermanamiento, al que siguieron intercambios de pinturas, de investigadores y otras actividades.

En diciembre de 2001 se publica un magnífico libro titulado *Avilés-S.ª Agustine*, con textos del cronista Justo Ureña y fotos de Nardo Villaboy sobre ambas ciudades, que fue patrocinado y distribuido por los Ayuntamientos de Avilés y S.ª Agustine.

Los murales de cerámica con la epopeya de la conquista de Florida, 2002-2003

Desde la Escuela de Cerámica de Avilés, un grupo de artistas avilesinos, coordinados por Ramón Rodríguez, confeccionaron dos murales con azulejos de cerámica representando la epopeya de la conquista de Florida. Uno fue colocado en febrero de 2002 en San Agustín, y el otro, en Avilés en 2003. Junto con los murales se elaboró un catálogo en castellano y en inglés describiendo todo el proceso de producción.

Otros momentos importantes en la relación de Avilés y San Agustín

El bicentenario de la Constitución de Cádiz en 2012; en 2013, el quinto centenario del descubrimiento de la Florida por Ponce de León; en 2015, el 450.º aniversario de la fundación de San Agustín, son eventos que ambas ciudades celebran también juntas. Las visitas de delegaciones oficiales y de grupos y personas particulares a ambas localidades se sucederán en todos estos años.

El galeón San Pelayo y el monolito de la Constitución de Cádiz

En 2015, con motivo del 450.º aniversario de la fundación de San Agustín, se producen dos intercambios significativos. Una réplica del galeón *San Pelayo* por parte de Avilés a la ciudad de San Agustín, entregado por la alcaldesa de la villa asturiana, doña Pilar Varela, a la ciudad hermana, y la entrega a Avilés de una réplica del monolito conmemorativo de la Constitución de

Cádiz, que se ha colocado en el paseo central del parque de las Meanas. La entrega la realizó una delegación de la ciudad de San Agustín presidida por la vicealcaldesa Roxanne Horvath.

En septiembre estuvieron presentes en las celebraciones del 450.º aniversario de la fundación de San Agustín SSMM los reyes de España, don Felipe VI y doña Leticia, una representación de la ciudad de Avilés, el gobernador de Florida y una importante representación del gobierno federal norteamericano.

El intercambio de estudiantes

Además de estar ambas ciudades situadas en la diana central de la relación de España con Estados Unidos, el fruto más importante de las relaciones entre Avilés y S.^t Augustine es el intercambio de estudiantes que, desde 2001, se ha estado celebrando cada verano hasta el año 2015. En torno a una decena de chicos, norteamericanos y españoles, avilesinos y agustinianos, conviven durante un mes, quince días en Avilés y otros quince en San Agustín o viceversa, estableciendo unos lazos de amistad personal que ya son imperecederos. Se trastoca así el rumbo de la Historia, y lo que un día fue un enfrentamiento armado en el que jóvenes de ambos países se mataron en una guerra que confrontó a ambas naciones, hoy se torna en convivencia y amistad, compartiendo ilusión y futuro. Y todo ello sobre las bases que se pusieron hace ya un siglo y que continúan hasta hoy. Avilés y San Agustín, San Agustín y Avilés, merced a la figura de Pedro Menéndez y a la historia de España en Florida, son hoy el centro de las relaciones entre Estados Unidos y España y seguirán siéndolo en el futuro. Por eso, el hermanamiento entre estas dos pequeñas ciudades no es un hermanamiento más; es algo especial, profundamente querido por los vecinos de ambas ciudades, que se sienten identificados y verdaderamente partícipes del nexo que les une. Es una relación estratégica, y por ello fundamental, que debe ser mimada, cultivada y potenciada por las autoridades, de todos los niveles, de ambas naciones.

En este 500.º aniversario del nacimiento de don Pedro Menéndez, está bien que recordemos esa relación entre Avilés y San Agustín, basada en la insigne figura que nos une desde 1565, don Pedro Menéndez de Avilés.

